NOSOTROS

Revista mensual de Literatura - Historia - Arte - Filosofía

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi — Roberto F. Giusti

AÑO III — TOMO IV

BUENOS AIRES

1909

KRAUS REPRINT
Nendeln/Liechtenstein
1968

Reprinted by permission of Roberto F. Giusti
KRAUS REPRINT
a Division of
KRAUS-THOMSON ORGANIZATION LIMITED
Nendeln/Liechtenstein
1968

Printed in Germany
Lessingdruckerei Wiesbaden

NOSOTROS

ECCE HOMO

COMO SE LLEGA A SER LO QUE SE ES

INTRODUCCIÓN (1)

Presentando hoy al público francés, el último escrito de Federico Nietzsche, obedecemos sobre todo á un deber de piedad. Durante las semanas que precedieron á su enfermedad, una de las preocupaciones dominantes del filósofo, fué, en efecto, la de ver "Ecce Homo" publicado en lengua francesa. Estaba cansado de verse desconocido y negado en su propia patria, y cansado de predicar continuamente en el desierto. "Tengo lectores en todas partes, escribía entonces, en Viena, en Copenhague, en Estokolmo, en París y en San Petersburgo, menos en el país amorfo de Europa, en Alemania"... y deseaba conjurar la opinión del mundo civilizado, para que ella decidiera de su genio.

Veinte años han transcurrido, desde que Nietzsche escribió este alegato autobiográfico que debía hacer conocer su nombre en Europa. Comenzado el 15 de Octubre de 1888, en el año cuarenta y cuatro de su nacimiento, "Ecce Homo" fué terminado á penas tres semanas después, el 4 de Noviembre. Escrito inmediatamente después de "El caso Wagner", "El crepúsculo de los ídolos", los "Ditirambos á Dionisos" y "El

(1) Esta traducción es de Henri Albert y corresponde á la traducción francesa de *Ecce Homo* que este distinguido traductor de la obra entera de Nietzsche, ha comenzado á publicar en el *Mercure de France*, en el número correspondiente á la segunda quincena de Noviembre del año próximo pasado.
N. del T.

Anticristo", labor formidable de escasos meses, esta obra refleja en sus comienzos, el sentimiento de paz y de serenidad, que había nacido en el filósofo, á su llegada á Turín. Dividida en cuatro partes: "Porqué soy tan cuerdo", "Por qué soy tan proclive", "Porqué escribo libros tan buenos", "Porqué soy una fatalidad", constituye un documento inapreciable para el estudio de Nietzsche. En ella se encontrará no sólo un análisis psicológico de su carácter, sino también una de las interpretaciones más originales de su obra.

"Provocará un asombro sin igual", decía él mismo en una carta á su editor, y mientras se empezaba á imprimir el libro, ya se preocupaba de hallarle traductores. "Soy de su opinión, de que la edición de "Ecce Homo" no pase de 1000 ejemplares. En Alemania, el número de 1000, para una obra de estilo elevado, parecerá aún, un poco atrevido. En Francia, creo que la edición puede oscilar entre 80.000 á 10.000 ejemplares". Hipólito Taine, le había recomendado como traductor al señor Juan Bourderau, pero éste luego de haberse enterado de las obras que Nietzsche le dirijía, declaró que no tenía tiempo para vertirlas al francés. Nietzsche entonces concibió la singular idea de confiar la traducción de "Ecce Homo", al escritor sueco Augusto Strindberg.

Con la más perfecta lucidez de espíritu multiplicaba las gestiones que creía oportunas, para procurar á su obra la publicidad necesaria, y asegurarle la mayor repercusión. Al propio tiempo se preocupaba de difundir sus demás obras. Como la publicación de "El Caso Wagner", acababa de indisponerle con su editor principal, meditaba aventurarse en una empresa comercial, editando sus escritos por su propia cuenta. El éxito que estos obtuvieron en los últimos años, demuestra que el filósofo, no se hallaba muy equivocado en sus cálculos. Este detalle, de apariencia insignificante, basta quizás para probar que hasta la catástrofe final, Nietzsche había conservado toda la lucidez de su espíritu.

Sin duda, "Ecce Homo", refleja, en ciertos lugares los indicios de una nerviosidad excesiva. Pero es preciso recordar todo lo que este hombre había sufrido, todo lo que había pensado, todo lo que había escrito, para comprender esa exaltación. No olvidemos un sólo instante que quien habla es el autor de "Zaratustra". Uno de los más bellos libros de la literatura se había perdido en el silencio...

"Desde la época en que tengo mi "Zaratustra", sobre la conciencia, escribía Nietzsche á su amigo Overbeck, soy como un animal perpétuamente herido, y mi herida consiste en no haber oido una sola respuesta, ni siquiera el hálito de una respuesta... Este libro está de tal modo alejado, ó más bien di-

cho, de tal modo más allá de todos los libros, que es para mí una tortura haberlo creado..."

Y más adelante agregaba:

"La dificultad de encontrar una distracción que sea suficientemente fuerte, se me hace cada día más grande. Como puedes suponerlo, me defiendo con mucha ingeniosidad de ese exceso de sentimientos. Mis últimos libros son parte esos medios de defensa. Son más pasionales que todo lo que he escrito antes. La pasión "adormece". Me hace bien. Me hace olvidar un poco..."

No explicaremos aquí, porqué "Ecce Homo", cuya impresión fué comenzada en 1888, tuvo que aguardar veinte años antes de ser publicado íntegro. La edición reducida, y ya agotada, que se ha hecho últimamente en Alemania, puede, en rigor, corresponder á las últimas voluntades de Nietzsche.

Y ahora, nosotros, presentamos esta obra al público francés, es decir, á ese público europeo, cuyo testimonio solicitaba el filósofo en su favor, y tenemos confianza en su fallo.

PREFACIO

I

En previsión de que dentro de poco, someteré la humanidad á una de las más duras exigencias que hasta ahora le hayan sido impuestas, creo indispensable decir aquí "quién soy yo". En el fondo, no se necesitaría de él, pues yo no he vivido sin evidenciarme. Pero el desacuerdo entre la grandeza de mi labor y la "pequeñez" de mis contemporáneos, se ha manifestado por el hecho de que no se me ha visto, ni aún entendido. Vivo sobre el crédito que me he hecho á mí mismo. y sobre la creencia de que vivo, lo que quizás es sólo un prejuicio!... Me basta hablar con cualquier hombre "culto", que venga á pasar el verano en la Engadina superior, para convencerme de que no vivo... En tales circunstancias, existe un dolor, contra el cual se revela en el fondo mi reserva habitual y, más aún, la altivez de mis instintos. Es el deber de decir: "Escuchadme, pues yo soy tal. Ante todo, no me confundais con otro!!!

II

De ningún modo soy, por ejemplo, un cuco, un monstruo moral,—soy, más bien, una naturaleza contraria á esa casta de hombres que han sido venerados hasta ahora como modelos de virtud. Entre nos, creo precisamente que esto puede ser para mí un objeto de altivez. Soy un discípulo del filósofo Dio-

nisos; y antes prefiero ser considerado como un sátiro que como un santo. ¡Que se lea, pues, este libro! Quizás he logrado expresar en él, ese contraste de una manera serena y benevolente; quizás al escribir no tenía otra intención Querer hacer una humanidad "mejor", sería la última de las cosas que prometería. No exijo ídolos nuevos; ¡pero que aprendan los viejos lo que cuesta tener los pies de barro! "Voltear" ídolos—llamo así toda especie de ideal—es ya una buena tarea, y es la mía. En la misma medida en que se ha imajinado por una mentira el mundo ideal, se ha quitado á la realidad su valor, su significación, su veracidad... El "mundo—verdad", y el "mundo—apariencia", es decir, el mundo "inventado" y la realidad... La mentira del ideal ha sido hasta ahora la maldición suspendida sobre la realidad.

La humanidad misma, á fuerza de impregnarse de esa mentira, ha sido falseada hasta en sus instintos más profundos, hasta la adoración de los valores "opuestos" á aquellos que garantirían, el desarrollo, el porvenir y el derecho superior al porvenir.

III

El que sabe respirar la atmósfera que reina en mi obra, sabe que es una atmósfera de las alturas, que el aire es allí vivo y fuerte. Es preciso haber sido creado para esta atmósfera; de otra manera, hay peligro de helarse. El frío está cerca y la soledad es enorme—¡pero ved, con qué tranquilidad todo reposa en la luz! ¡Cómo se respira libremente! ¡y cuántas cosas siente uno debajo de sí!

La filosofia, tal como yo la he vivido, tal como yo la he entendido hasta ahora, es la existencia voluntaria en medio del frío y de las grandes montañas—la persecusión de todo lo que es extraño y problemático en la vida, de todo lo que hasta ahora ha sido desterrado por la moral. Una larga experiencia, que me viene del viaje á través de todo lo prohibido, me ha enseñado á considerar de otra manera de la que podría desearse, las causas que hasta el presente han impulsado á moralizar y á idealizar.

La historia oculta de la filosofia, la psicología de los grandes nombres que la han ilustrado, me fueron revelados.

El grado de verdad que "soporta" un espíritu, la dosis de verdad que un espíritu puede "osar", es lo que me ha servido cada vez más, para dar la verdadera medida del valor. El error, (es decir, la fe en el ideal), no es la ceguedad; el error es la "cobardía".

Toda conquista, cada paso hacia adelante en el dominio del conocimiento, tiene su origen en el coraje, en la dureza para consigo mismo, en la pureza de las relaciones consigo mismo.

No refuto un ideal; me contento con tratarlo obsequiosamente... "Nitimur in vetitum"; mi filosofía será un día victoriosa por este signo, pues hasta ahora sólo la verdad ha sido prohibida por principio.

IV

En mi obra, mi "Zaratustra", tiene un lugar á parte. Con él he hecho á la humanidad el más hermoso presente que jamás se le hizo. Ese libro, con el acento de su voz que domina millares de años, no es solamente el libro más alto que exista, el verdadero libro de las alturas—el conjunto de hechos que constituye "el hombre", se encuentra por debajo de él, á una distancia enorme—pero es también el libro "más profundo", nacido de la más secreta abundancia de la verdad, pozo inagotable, al cual no desciende ningún cubo, sin volver á la luz, desbordante de oro y de verdad. No es un "profeta" quien habla allí, uno de esos horribles seres híbridos, compuestos de enfermedad y voluntad de poder, llamados fundadores de religiones. Es preciso, ante todo, "oir", sin engañarse, la palabra que sale de esta boca,—un grito alciónida—para no desconocer lamentablemente el sentido de su sabiduría. "Son palabras silenciosas que traen la tempestad; ideas que vienen en los dedos de las palomas, dirijen el mundo".

"Los higos caen del arbol, son buenos y dulces, y al caer se desgarra su piel purpurina.

"Yo soy un viento del norte para los higos que están maduros.

"Y así, semejantes á los higos, mis enseñanzas caen hasta vosotros: bebed, pues, su zumo, y comed su carne tierna.

"Al rededor de nosotros está el otoño, la upreza del cielo, y del medio día".

No es un fanático quien habla; aquí no se "predica"; aquí no se exije la "fe". De una infinita plenitud de claridad, de una fuente de felicidad, la palabra cae gota á gota. Una lentitud tierna es el porte de ese discurso. Tales cosas no llegan sino á los oídos de los más elejidos. Es un privilegio sin igual el de poder escuchar aquí; nadie está libre de comprender á "Zaratustra..." ¿Pero en todo eso Zaratustra no es un "seductor"?... ¿Qué dijo al volverse por la primera vez á su soledad? Exactamente lo contrario de lo que dirían en un caso análogo un "sabio", un "santo", "un salvador del mundo" ó algún otro decadente... Y no sólo habla diferentemente, sino que él es también diferente...

"Discípulos: ahora me voy solo. Vosotros también partiréis solos. Lo quiero así.

"En verdad yo os digo: alejaos de mí y defendeos de Za-

ratustra. Aún más: avergánzáos de él. Quizás os haya engañado.

"El hombre que persigue el conocimiento, no debe solamente saber amar á sus enemigos, sino también odiar á sus amigos.

"Se tiene poco reconocimiento para un maestro cuando sigue siendo su discípulo. ¿Porqué no queréis destrozar mi corona?

"Vosotros me veneráis; ¿pero que sería si vuestra veneración se desvaneciese un día?. Estad alertas para que no seáis muertos por una estatua.

"¿Decis que creis en Zaratustra? pero ¡pero que importa Zaratustra! Vosotros sois mis creyentes, pero ¡qué importan todos los creyentes!

"Todavía no os habíais buscado, cuando me encontrasteis. Así hacen todos los creyentes y por eso la fe es tan poca cosa.

"Ahora os ordeno que me perdais y que os encontreis vosotros mismos, y solo cuando todos me hayais renegado, estaré de nuevo entre vosotros".

En este día perfecto en que todo llega á madurez, en que el racimo de uvas, no es la única cosa que se colora, un rayo de sol acaba de caer sobre mi vida: he mirado detrás de mí, he mirado delante de mí y nunca ví tantas cosas buenas á un mismo tiempo; no envano he enterrado hoy el año cuarenta y cuatro de mi vida, porque tenía derecho á enterrar—lo que él era viable, ha podido ser salvado y es inmortal. El primer libro de ""La transmutación de todos los valores", "Los cantos de Zaratustra", "El Crepúsculo de los ídolos", mi tentativa de filosofar á golpes de martillo—todo ello son presentes que me ha hecho este año, ó mejor aún, el último trimestre de este año. ¿Porqué, pues, no estaré agradecido á mi vida entera?

Por eso me cuento mi vida á mí mismo.

POR QUÉ SOY TAN CUERDO

La felicidad de mi existencia, lo que quizás constituye el carácter único de ella, está subordinado á la fatalidad que le es inherente: Estoy, para expresarme en una forma enigmática, ya muerto como prolongación de mi padre; lo que tengo de mi madre todavía vive y envejece. Este doble origen derivado en cierto modo del escalón superior y del escalón inferior de mi vida, proceden á la vez de lo "decadente" y de alguna

cosa que está en su "comienzo", explica, mejor que todo, esta neutralidad, esta independencia de todo "parti pris", en relación al problema general de la vida, que es uno de nuestros signos distintivos. Tengo una percepción más sutil que cualquier otra, de los síntomas de una evolución ascendente ó de una evolución descendente. En ese terreno soy un maestro por excelencia. Conozco las dos y á las dos encarno.

Mi padre murió á la edad de treinta y seis años. Era delicado, benevolente y mórbido, como ser que está predestinado á pasar evocando más bien la imagen de un recuerdo de la vida, que la vida misma. Su vida declinó á la misma edad que la mía: á los treinta y seis años llegué al punto inferior de mi vitalidad. Vivía aún, pero no era capaz de ver á tres pasos delante de mí. En esa época—era en 1879—abandoné mi profesorado en Bâle, y como una sombra viví en Saint Moritz; y el invierno siguiente, el invierno más pobre de sol de toda mi vida, en Naumbourg. Entonces llegué á ser "realmente" una sombra. El mínimum de mí.

Escribí "El viajero y su sombra", y sin duda, tenía entonces autoridad suficiente para hablar de sombras... El invierno que vino enseguida, mi primer invierno en Génova, esa especie de suavización y espiritualización, que es casi una consecuencia de una extrema pobreza de la sangre y de los músculos, produjo "Aurora". La completa claridad, la disposición serena y una como exhuberancia de espíritu que refleja esta obra, concuerdan, no solamente con la más profunda debilidad filosófica, sino también con un exceso de sufrimiento. En medio de las torturas provocadas por dolores de cabeza que duraban tres días, acompañados de vómitos difíciles, poseía una lucidez de dialéctico por excelencia y reflexionaba muy friamente sobre ciertas cosas que si mi salud hubiera sido mejor, me habrían encontrado desprovisto de refinamiento y de frialdad, sin la indispensable audacia del hombre que escala las montañas.

Mis lectores saben quizás, hasta qué punto considero la dialéctica como un síntoma de decadencia, por ejemplo en el caso más célebre: el de Sócrates. Todos los trastornos mórbidos del intelecto, aún esa semiletargía, acompañada de fiebre son para mí, hasta el presente, cosas perfectamente desconocidas y á menudo he tenido que ilustrarme en las obras especialistas, sobre la naturaleza y la frecuencia de ellas. Mi sangre circula lentamente. Nadie ha podido comprobar la fiebre en mí. Un médico, que me atendió largo tiempo, por una enfermedad nerviosa, concluyó por decir: "Vuestros nervios no están enfermos, soy, yo, simplemente, quien está nervioso". Hay, decididamente en mí, alguna degeneración local, que no puede ser comprobada; no tengo enfermedad de estómago que afecte mi organismo, aunque sufro, á consecuencia de un ago-

tamiento general, de una extrema debilidad del sistema gástrico. El mal de los ojos, que amenaza frecuentemente degenerar en ceguedad, no es nada más que un efecto, no una causa, de manera que cada vez que mi fuerza vital aumenta, las facultades visuales recobran su ejercicio hasta un cierto punto

Una larga, demasiado larga serie de años, equivale á la curación, pero ella significa también, desgraciadamente, la regresión, la descomposición, la periodicidad de una especie de decadencia. ¿Tengo necesidad de decir, después de todo, que no me falta experiencia en todo lo que concierne á la decadencia? La he deletreado en todo sentido del principio al fin y del fin al principio. Este arte del filigrana mismo, ese sentido del tacto y de la comprehensión, ese instinto de las tonalidades, esa psicología de los desvios y todo lo que me es más particular, ha sido aprendido entonces y representa el verdadero presente que me ha hecho esa época, en que todo llegó á ser para mi más sútil, tanto la observación, como los órganos de la observación. Observar concepciones y valores "más sanos", poniéndose en el punto de vista de un enfermo, é, inversamente, consciente de la plenitud y el sentimiento de sí que aporta la vida más abundante, bajar la mirada hasta el laboratorio secreto de los instintos de decadencia—esa fué la práctica en que me ejercité por más largo tiempo, y es en eso en lo que poseo una verdadera experiencia, pues si en algo he logrado la maestría, es sin duda en ese terreno. Hoy poseo el golpe de mano, conozco la manera de "trocar las perspectivas": primera razón que quizás para mí sólo ha hecho que una "Transmutación de valores", fuera posible.

II

Sin contar que soy un decadente, soy también lo contrario de un decadente. He hecho la prueba, entre otras, de elegir instintivamente el remedio "apropiado" al mal estado de mi salud; mientras el decadente ocurre siempre al remedio que le es funesto. En mi totalidad me he hallado sano, pero en el detalle, como caso especial, he sido decadente. La energía que tuve al condenarme á una soledad absoluta, al desasirme de todas las condiciones habituales de la vida, la decisión que puse en práctica de no dejarme cuidar, mimar, "medicamentar", todo eso demuestra que poseía una certeza instintiva y absoluta de lo que entonces me era necesario. Yo mismo me sometí á mi tratamiento y yo mismo me curé. La condición de lograr tal curación—enteramente fisiológica—"es la de que uno en el fondo se encuentra bien". Un ser de un tipo netamente mórbido no podrá sanar y menos curarse á sí mismo. Para el sujeto sano, por el contrario, la enfermedad, ha-

ce el oficio de un estimulante enérgico que pone en juego y sobrexcita su instinto vital. Es en efecto, bajo este aspecto, que me aparece ahora ese largo período de enfermedad que he padecido: en cierto modo he descubierto de nuevo la vida, y á mí mismo; he gustado de todas las buenas cosas y de las cosas fútiles, en un grado que otros difícilmente conocerán. De tal manera, que de mi voluntad de estar sano, de mi voluntad de vivir, he hecho mi filosofía... Nótese que los años en que mi vitalidad descendió á su mínimum, fueron aquellos en que dejé de ser pesimista. El instinto de conservación me ha prohibido practicar la filosofía de la pobreza y del desaliento... Ahora bien ¿en qué se reconoce la "buena conformación"? Un hombre bien conformado, es un objeto que place á nuestros sentidos; está hecho de una madera dura, tierna, y perfumada, á la vez. No halla gusto sino en aquello que le hace bien. Su placer, su alegría, cesan desde el instante en que pasa la medida de lo que le conviene. Adivina los remedios contra todo lo que es perjudicial; hace volver en provecho propio las malas circunstancias y lo que no le hace perecer le hace más fuerte. De todo lo que ve y oye, de todo lo que le ocurre, sabe extraer una suma conforme á su naturaleza; él mismo es es un principio de selección; deja pasar muchas cosas sin retenerlas. Gusta de su propia sociedad, aunque pueda frecuentar libros, hombres ó paisajes: honra "eligiendo, aceptando, creando confianza". Reacciona lentamente á todas las excitaciones, con esa lentitud que le viene por disciplina, de una larga circunspección y de una altivez voluntaria. Exa- Examina la seducción que se acerca y se guarda muy bien de salir á su encuentro. No crée ni en la "mala suerte", ni en la "falta": en cuanto á esto, sabe concluir consigo y con los otros: sabe "olvidar". Es bastante fuerte para que todo acabe necesariamente, en su provecho.

Y bien, yo soy lo contrario de un decadente, puesto que es á mí á quien acabo de describir.

III

Esta doble serie de experiencias, este acceso fácil á mundos separados en apariencia, se repite en mi naturaleza, bajo todos los puntos de vista. Soy mi propio sosias; poseo la "segunda" vista tan precisa como la primera; puede ser "también" que posea la tercera... Mis orígenes me autorizan á echar una mirada más allá de todas las perspectivas puramente locales, puramente nacionales; nada me cuesta ser un "buen Europeo". Por otra parte, soy quizás más alemán que lo que pueden ser los alemanes de hoy, los Alemanes que no son sino Alemanes del imperio, yo que soy el último "Alemán antipolítico".

Sin embargo, mis antepasados eran gentilhombres polacos. Tengo de ellos mucho instinto de raza y ¿quién sabe? quizás también el "liberum veto". Cuando pienso que muchas veces me ha ocurrido en viaje, que se me dirijiera la palabra en polaco y por polacos; cuando pienso que pocas veces he sido tomado por Alemán, puede antojárseme que sólo estoy "mosqueado" de germánico. Sin embargo, mi madre. Francisca OEhler tiene algo de muy alemán, lo mismo que mi abuela en linea paterna Erdmuthe Krause. Esta última vivió durante su juventud en el excelente Weimar de antaño, y estuvo en relciones con el círculo de Goethe. Su hermano. el profesor de teología Krause, en Koenigsberg, fué llamado á Weimar en calidad de superintendente general, después de la muerte de Herder. No sería difícil que su madre, mi abuela, figurase en el diario del joven Goethe, bajo el nombre de "Muthgen". Casóse en segundas nupcias con el superintendente Nietzsche, en Eilenbourg. El 10 de Octubre de 1813, el año de la gran guerra y el día en que Napoleón entró con su estado mayor en Eilenbourg, ella tuvo un hijo. Siendo sajona tuvo sin embargo una gran admiración por Napoleón; y pudiera ser, que hoy todavía, yo participe de ella.

Mi padre, nacido en 1813, murió en 1849. Antes de tomar posesión de su curato en la comuna de Roecken, no lejos de Lützen, pasó algunos años en el castillo de Altenbourg, donde le fué encomendada la educación de cuatro princesas. Sus discípulas eran, la reina de Hanovre, la gran duquesa Constantina, la granduquesa de Oldenbourg y la princesa Teresa de Saxe-Altenbourg. Estaba poseído de una piedad profunda hacia el rey de Prusia Federico Guillermo IV, el cual le concedió su parroquia. Los sucesos de 1848, le acongojaron enormemente. Yo mismo, nacido el día aniversario del mencionado rey, el 15 de Octubre, recibí como era justo, los pronombres de "Federico Guillermo", usados en la casa de Hohenzollern.

La eleción de ese día, tuvo, en todo caso, una ventaja: durante toda mi juventud mi aniversario coincidió con un día de fiesta.

Pienso que fué para mí un privilegio extraordinario tener tal padre; creo que de ahí, se explica todo lo que poseo de privilegiado á excepción de la vida, de la gran afirmación de la vida. Le debo ante todo esta facultad de no necesitar de una intención especial, sino simplemente de cierta expectativa para entrar voluntariamente en un mundo de cosas superiores y delicadas. En eso me siento en mi propio dominio. Mi pasión más íntima se siente entonces liberada. Que haya pagado ese privilegio casi con mi vida, no es ciertamente un negocio de tonto.

Para poder comprender algo de mi Zaratustra, quizás es

necesario hallarse en una condición análoga á la mía, con un pie "más allá" de la vida...

IV

Jamás he tenido habilidad en el arte de prevenir á alguno contra mí—esto también se lo debo á mi incomparable padre—aún cuando tenga interés en ello. Y ni siquiera tengo prevención contra mí, aunque esto pueda parecer muy poco cristiano. Se puede examinar mi vida en todo sentido y no se encontrará sino muy raramente, quizás una sola vez, un indicio de agena mala voluntad á mi respecto; más á menudo se hallarán muestras de excesiva buena voluntad.

Las experiencias que tengo hechas, aún con aquellos que burlan á todo el mundo, hablan más bien en favor de ellos. Domestico todos los osos y á los mismos fantoches vuelvo cuerdos. Durante los siete años en que enseñé griego en la clase superior del liceo de Bále, jamás tuve ocasión de hacer efectiva una punición; conmigo los más perezosos trabajaban. Estoy siempre á la altura de las circunstancias; es preciso que yo no esté preparado para ser dueño de mí. Cualquiera que sea el instrumento, aunque se halle tan desacordado como el instrumento "hombre", puede serlo, si yo no estoy enfermo, es casi seguro que lograré arrancarle un sonido digno de ser escuchado. Me ha ocurrido oir decir por los instrumentos mismos, que hasta entonces no habían producido sonidos iguales. Quien me lo dijo de una hermosa manera, fué quizás ese Enrique de Stein, muerto imperdonablemente joven, Enrique de Stein que llegó una vez más á Sils María, y obtuvo permiso para pasar allí tres días, declarando á todo el mundo que no había venido para ver la Engadina. Ese hombre excelente que se había aventurado con toda la impetuosa ingenuidad de un aguilucho prusiano, en el pantano wagneriano—(¡y también en el charco de Dühring!) fué, durante tres días, como transformado por un huracán de libertad, semejante á uno que se siente elevado súbitamente á una altura, y allí siente que le crecen alas. Le repetía constantemente que era sólo el buen aire que le transformaba, y que lo mismo le ocurría á todo el mundo, pues no envano estaba á 6000 pies sobre Bayreuth... Pero él no quería creerme...

Si apesar de eso, he sido objeto de algunas grandes y pequeñas infamias, no es preciso buscar la causa de ellas en la "voluntad", y menos todavía en la mala voluntad. Más bien tendría motivo para quejarme de la buena voluntad que ha causado á mi vida bastantes perjuicios. Mi experiencia me autoriza á desconfiar de una manera general de todo lo que se llama instintos "desinteresados", de ese "amor al próji-

mo", siempre presto á socorrer y á dar consejos. Considero ese amor como una debilidad, como un caso particular de incapacidad para reaccionar contra las impulsiones. La "piedad", es una virtud sólo en los decadentes. Reprocho á los misericordiosos que fácilmente falten al pudor, al respeto, á la delicadeza, y que no sepan guardar las distancias. La compasión adquiere en un cerrar de ojos el olor del populacho y se parece á las malas maneras de un modo casi idéntico. Las manos piadosas pueden tener una acción destructiva sobre los grandes destinos; se dedican á una soledad herida, al "privilegio" que da una gran falta. Superar la piedad es para mí una virtud "noble".

He descripto bajo el título "La tentación de Zaratustra", el caso en que un gran grito de desesperación llega á los oidos de Zaratustra, en que la compasión le asalta como un último pecado para hacerle infiel á sí mismo. Entonces, es necesario sostenerse dueño de sí, entonces es necesario conservar la "altura" de su tarea, libre de la conquista de todas las impulsiones mucho más bajas, que obran en lo que se llama las acciones desinteresadas. Esta es la prueba, quizás la última prueba de Zaratustra—la verdadera demostración de su fuerza.

V

Existe también otro terreno en el cual no soy sino el igual de mi padre, y en cierto modo, su prolongación después de una muerte demasiado precoz. Como todos aquellos que no han vivido jamás entre sus semejantes y en los cuales la idea de las "represalías", es tan desconocida como la de los 'derechos iguales", yo me prohibo en los casos en que se me ha causado una ofensa ligera ó un gran perjuicio, toda medida de seguridad ó de protección, y como consecuencia, toda defensa, toda "justificación". Mi réplica consiste en que lo más rápidamente posible á la torpeza siga una malicia. De esta manera, uno logra quizás alcanzarse de nuevo. Para explicarme en imagen: arrojo un puñado de confituras para librarme de la acidez.

Conmigo no hay nada que "arreglar". Se puede estar seguro de que tomo mi revancha. Encuentro siempre, tarde ó temprano, una ocasión para expresar mi agradecimiento á un "malhechor" (y en caso necesario por su mala acción) ó para "pedirle", alguna cosa, que en ciertos casos obliga más que dar... Creo también que las palabras más impertinentes, la carta más insolente, tiene algo más cortés, de más honrado que el silencio.

Los que se callan carecen casi siempre de sutilidad y cortesía de corazón. El silencio es una objección; tragar su despecho es una prueba de mal carácter—daña el estómago. Todos los que se callan son dispépsicos.

Como se vé, no quisiera que se estime la impertinencia como algo muy bajo. Es, en mucho, la forma más humana de la contradicción y en medio del exceso de debilidad moderna, una de nuestras primeras virtudes Puede ser quizás una verdadera felicidad, cuando se es suficientemente rico para ella. Un Dios que llegara á la tierra no debería hacer otra cosa que injusticias. Tomar sobre sí, no el castigo, sino la "falta", sería realmente divino.

VI

La ausencia del resentimiento, la claridad sobre la naturaleza del sentimiento, ¡quién sabe si al fin y al cabo no las debo también á mi larga enfermedad! El problema no es ciertamente, simple: es preciso haber hecho la experiencia, partiendo de la fuerza y partiendo de la debilidad. Si se puede hacer valer alguna cosa contra el estado de debilidad, contra el estado de enfermedad, es que el verdadero instinto de curación se debilita y en el hombre ese instinto es un instinto de defensa. No se llega á desembarazarse de nada, no se llega á arrojar nada de sí. Todo hiere. Los hombres y las cosas se acercan demasiado é indiscretamente, todos los acontecimientos dejan señales; el recuerdo es una llaga purulenta. Estar enfermo es realmente una forma de resentimiento. Contra todo eso, el enfermo no posee sino un sólo gran remedio, que llamo el "fatalismo ruso", ese fatalismo sin rebeldía de que está animado el soldado ruso, que encuentra la campaña muy dura, y concluye por acostarse en la nieve. No tomar nada, renunciar á ingerir cualquier cosa,—no reaccionar más de ninguna manera... La razón profunda de ese fatalismo que no es siempre la entereza de la muerte sino frecuentemente la conservación de la vida, en las circustancias en que la vida está más en peligro, es el descenso de las funciones vitales, el retardamiento de la desasimilación, una especie de voluntad de amodorramiento. Avanzad algunos pasos en esta lógica y llegareis al fakir que duerme durante semanas enteras en una tumba.

Porque uno se desgastaría rápidamente si reaccionara, uno no reacciona. Es la lógica que lo exige así. Y nada os hace consumir más lijero que el resentimiento. El despecho, la susceptibilidad enfermiza, la impotencia de vengarse, la envidia, la sed de odio, son terribles venenos, y para el ser agotado son sin duda, las reacciones más peligrosas. De aquí proviene un desgaste rápido de las fuerzas nerviosas, una recru-

descencia mórbida de las evacuaciones dañinas, por ejemplo, los derrames de bilis en el estómago. El enfermo debe evitar á toda costa el resentimiento, que le es perjudicial por excelencia, pero que es también, desgraciadamente, su tendencia más natural.—Buda, que era un profundo fisiologista, lo ha comprendido así. Su "religión", que más bien podría llamarse una "higiene", para no confundirla con una cosa tan miserable como el cristianismo, subordina sus efectos á la victoria sobre el resentimiento. Librar el alma del resentimiento es el primer paso hacia la curación. "No es por la enemistad que la enemistad concluye; es por la amistad que la enemistad concluye"—esto se encuentra en el principio de la doctrina de Buda. No es la moral que habla así, sino la higiene.

El resentimiento nacido de la debilidad, no es perjudicial sino á los séres débiles.

Cuando uno se encuentra en presencia de una naturaleza "abundante", entonces es un sentimiento ,'supérfluo", un sentimiento del cual es preciso hacerse dueño para demostrar su fuerza. Aquel que conoce la importancia que concede mi filosofía á la lucha contra los sentimientos de venganza y de odio, persiguiéndolos hasta en la doctrina del "libre arbitrio"—la lucha contra el cristianismo no es más que un caso particular de ella—comprenderá porqué me preocupo en poner á luz mi posición personal, la 'seguridad de mi instinto", en la práctica. En los momentos de decadencia, me he defendido contra esos sentimientos, porque los consideraba perjudiciales, pero desde que la vida se hacia para mí bastante abundante y bastante altiva, me los prohibía firmemente porque los hallaba "por debajo de mí". Ese "fatalismo ruso", de que he hablado, se ha manifestado en mí, por el hecho de que me he aferrado durante años, á situaciones, á sociedades casi insoportables, conforme el azar me las presentaba. Valía más no cambiarlas, no "sentir" la posibilidad de cambiarlas, antes que sucumbir en un movimiento de rebelión... Entonces odiaba á muerte á aquel que me turbaba en ese fatalismo, á aquel que quería despertarme bruscamente. Y, he dicho, existía cada vez un peligro mortal. Considerarse á sí mismo como una fatalidad, no querer constituirse "de otro modo", de como se es, en condiciones semejantes, es la "razón" misma.

VII

La guerra, por el contrario, es otra cosa. Tengo por naturaleza las aptitudes guerreras. El ataque es en mí un movimiento instintivo. "Poder" ser enemigo, ser enemigo—puede suponer quizás una naturaleza vigorosa; de todos modos es una condición que se encuentra en toda naturaleza vigorosa. Esta tiene necesidad de resistencia, por consiguiente "busca"

la resistencia. La tendencia á "ser agresivo", forma parte de la fuerza tan rigurosamente como el sentimiento de venganza y de odio pertenece á la debilidad. La mujer, por ejemplo es rencorosa; se debe á su debilidad, lo mismo que su sensibilidad ante la miseria extraña.

La fuerza de la agresión puede medirse á la cualidad del adversario más poderoso, de un problema más duro, pues un filósofo que es belicoso, sostiene la lucha aún con los problemas. La tarea no consiste en superar las dificultades de una manera general, sino en superar dificultades que permitan emplear su fuerza entera, toda su habilidad, toda su maestría, en el manejo de las armas—para hacerse dueño de adversarios que sean iguales... La igualdad ante el enemigo—primera condición para que un duelo sea "leal". Cuando se desdeña, no se "puede" hacer la guerra; cuando se manda y se siente uno en presencia de alguna cosa que está por debajo de sí, no se "debe" hacer la guerra.

Mi práctica de la guerra puede resumirse en cuatro proposiciones:

En primer lugar: sólo ataco las cosas que son victoriosas; y si es preciso espero que lo sean.

En segundo lugar: sólo ataco aquellas cosas contra las cuales no tendré ningn aliado, en que estoy sólo para combatirlas y solo para comprometerme... No he hecho públicamente un solo paso que no me haya comprometido. Este es para mí el criterio de la verdadera manera de obrar.

En tercer lugar: no ataco nunca á las personas; me sirvo de ellas como de un vidrio de aumento, por medio del cual se puede hacer visible una calamidad pública, todavía oculta y difícilmente alcanzable. Por eso ataqué á David Strauss, ó mejor dicho, al éxito que tuvo en el público alemán culto, un libro caduco. Hecho esto me encaré con esa "cultura", alemana... Por eso ataqué á Wagner, ó más exactamente, al carácter mentiroso é híbrido de nuestra "civilización", que confunde lo que es refinado con lo que es abundante; lo que es tardío, con lo que es grande.

En cuarto lugar: No ataco nada más que las cosas en que toda diferencia de personas está excluída, en que falta todo plan antecedente de experiencias enojosas. Al contrario, atacar es en mí una prueba de benevolencia; en muchos casos es aún testimonio de agradecimiento. Rindo homenaje, distingo, uniendo mi nombre á una cosa, á una persona—que sea para defenderla ó para combatirla, después de todo, no tiene importancia—Si hago la guerra al cristianismo, creo poderla hacer, porque de su parte no he sufrido jamás ningún disgusto, ningún impedimento. Los cristianos serios, siempre han estado dispuestos favorablemente á mi respecto. Yo mismo, aunque soy, por principio un enemigo del cristianismo, estoy le-

jos de malquerer á los individuos á causa de una cosa que es la fatalidad de muchos miles de años.

VIII

¿Me atrevería á indicar aquí un último rasgo de mi naturaleza, que en mis relaciones con los hombres, me ha creado algunas dificultades? Estoy dotado de una impresionabilidad absolutamente inquietante del sentido de la nitidez, de suerte que apercibo fisiológicamente el acercamiento, ó más bien, la intimidad de la naturaleza más oculta del alma que tengo delante. Yo la "olfateo". Gracias á esta impresionabilidad, tengo como antenas psicológicas por medio de las cuales puedo palpar toda clase de misterios: toda la podredumbre "oculta" que se amontona en el fondo de ciertas naturalezas, pero que quizás tiene su origen en algún vicio de la sangre, disimulado por la educación, yo la apercibo casi siempre desde el primer contacto. Si he observado bien, ese género de naturalezas, incompatible con mi sentido de la nitidez, adivina generalmente la desconfianza que me inspira mi repugnancia. Pero eso no les hace tener mejor olor...

Tanto se ha apoderado de mí este hábito—una pureza absoluta en mí y alrededor de mí, me es una necesidad vital, y que desfallesco en condiciones de existencia dudosas—tanto que en cierta manera me baño y nado perpétuamente en agua clara, ó en cualquier otro elemento perfecto, transparente y lleno de claridad. Por eso las relaciones que tengo con los hombres, ponen sin cesar mi paciencia á prueba; mi "humanidad" no consiste en simpatizar con mi prójimo, sino en soportar que lo sienta junto á mí. Mi humanidad es una perpétua victoria sobre mí mismo.

Tengo necesidad de la "soledad", quiero decir de la vuelta á la salud, de la vuelta á mí mismo; tengo necesidad de un aire ligero que corra libremente. Mi "Zaratustra", entero es un ditirambo á la soledad, ó si se me ha comprendido bien, á la "pureza"... Felizmente eso no es á la "pura locura"—aquel que posea ojos para ver los colores, dirá que es de diamante.

La "repugnancia" que me inspiraban los hombres, la "chusma", fué siempre el mayor de mis peligros. Escúchese este discurso en el cual Zaratustra habla de su liberación de la repugnancia:

"¿Qué me ocurre, pues? ¿Cómo me he librado de la repugnancia? ¿Quién ha rejuvenecido mis ojos? ¿Cómo me he elevado á las alturas donde no hay canalla sentada junto á la fuente?

"¿Mi repugnancia misma me ha creado las alas y las fuer-

zas que presentían las fuentes? ¡En verdad he debido volar muy alto para hallar la fuente de la alegría!

"¡Yo la he hallado, hermanos míos! ¡Aquí, en lo más alto, mana para mí la fuente de la alegría! ¡Y existe una vida donde uno puede apagar su sed sin la canalla!

"Tú brotas casi con demasiada violencia ¡fuente de la alegría! ¡Y á menudo vuelcas la copa al querer llenarla!

"Es preciso que aprenda á acercarme á tí, más modestamente: con demasiada violencia mi corazón sale á tu encuentro: Mi corazón donde se consume mi estío, ese estío breve, cálido, melancólico y bienaventurado: ¡cómo mi corazón estival desea tu frescura, fuente de la alegría!

"¡Ha pasado la hesitante aflicción de mi primavera! ¡Ha pasado la maldad de mis copos de nieve de Junio! ¡Todo yo soy estival, todo mediodía de estío!

"Un estío en las más grandes alturas, con fuentes frías y una bienaventurada tranquilidad! ¡venid , amigos mios, que esa calma ascienda en felicidad!

"Pues eso es "nuestra" altura y nuestra patria: nuestra morada es demasiado alta y demasiado escarpada para todos los impuros y para la sed de todos los impuros.

"¡Derramad, pues, vuestras miradas puras en la fuente de mi alegría, oh, amigos! ¿Cómo podría turbarse? Os sonreirá con "su" pureza.

"Edificaremos nuestro nido sobre el arbol del porvenir ¡á nosotros los solitarios, las águilas nos traerán el alimento en el pico!

"¡En verdad, que no serán alimentos de que los impuros puedan participar! ¡Pues, los impuros se imaginarán devorar fuego y quemarse la garganta!

"¡En verdad, nosotros no prepararemos aquí moradas para los impuros. ¡Nuestra felicidad parecerá glacial á su cuerpo y á su espíritu!

"Y nosotros queremos vivir por encima de ellos, como los vientos fuertes vecinos de las águilas, vecinos de la nieve, vecinos del sol: así viven los vientos fuertes.

"Y parecido al viento un día soplaré entre vosotros; á su espíritu cortaré la respiración con mi espíritu: así lo quiere mi porvenir.

"En verdad, Zaratustra es un viento fuerte para todos los bajos fondos; y él da este consejo á sus enemigos y á todo aquel que escupe y vomita: "Guardaos de escupir "contra" el viento".

FEDERICO NIETZSCHE.

(Continuará).

LA RESURRECCIÓN DE LAZARO

Has de saber, amigo vulgo, que importa darte cuenta de quién soy.
AGUSTÍN DE ROJAS (*El Viaje entretenido.*)

Lector, si has leido El viaje entretenido *de Agustín de Rojas, aconséjote que no leas este cuento, pálido reflejo del* raconto *que el autor pone en boca de Ríos en el Libro I de su obra* (1). *Si no has leido* El viaje *y eres capaz de entenderlo por tu ilustración y conocimiento del idioma, aconséjote también que pases de largo este cuento y acudas á su fuente. Pero, si no eres capaz de leer con provecho la antigua literatura y te fastidia buscar los párrafos de más substancia en los largos libros arcaicos y penetrarte de su intención, trata de entrar en mi cuento. Acaso él te pueda dar alguna idea de los encantos de la obra de Rojas, llamado el* Caballero del Milagro, *y de los desencantos de la vida de los farsantes castellanos á fines del siglo* XVI *y principios del siguiente.*

Tan extraña era la facha del farsante que venía á contratarse en la compañía, que Rojas, entonces su autor y director, no pudo menos de preguntarle:

—¿Cómo os llamáis? ¿De dónde venís?

—Ríos me llamo—repuso el farsante—y del otro mundo vengo.

—¿Seréis acaso un resucitado?—tornó á preguntar Rojas.

—Si no lo soy, á un resucitado he venido persiguiendo hasta esta ciudad de Zaragoza, y como no le hallo (Dios le habrá llevado al cielo ó al infierno los demonios), deseo refugiarme en vuestra compañía...

Temeroso de que el postulante encareciera su conocimiento del oficio y sus habilidades de farandulero, interrumpióle Rojas:

—Ya tendremos ocasión de conoceros como representante, y de decidir sobre vuestro deseo de trabajar con nosotros. Por ahora dignaos explicarme cómo veníais persiguiendo á un resucitado, según decís, ya que no puedo comprender tan raro y sorprendente caso...

---

(1) *El viaje entretenido*, de Agustín de Rojas, natural de la villa de Madrid. (Reproducción de la primera edición completa de 1604, con un estudio crítico por don Manuel Cañete), Madrid, MCMI. Libros primero y segundo, pág. 121 y sigts.

—Larga sería la historia y mis fuerzas desfallecen. Dadme antes, si os place, insigne autor y noble caballero, algo de comer y de beber...

Hízole traer Rojas una azumbre de vino, una hogaza de pan y unas lonjas de cerdo salado, rogándole que hablara...

—No se puede á la par, comer y rascar—repusó Ríos, mascando á mandíbula batiente y sorbiendo como una esponja...

Cuando concluyó, escarbóse la dentadura, sentóse en el suelo á la usanza árabe, y, no sin su profesional gracejo de comediante, narró la siguiente historia:

*
* *

" A pesar de mi talento de farsante, por circunstancias que no es ahora del caso contaros, caí, con otro compañero que se llamaba Solano, en la penosa condición de bogiganga. Ya sabéis que así llamamos á los cómicos que de á par representan. Juntos hacíamos los dos, para ganarnos la vida, pasos y loas. Cerca de Valencia, nos perdimos y llegamos á un lugar de noche, molidos y con ocho cuartos entre los dos, sin las asaduras. Y, como caminar á pie y cargado es negocio muy enfadoso, fuimos á un mesón á pedir cama. Dijeron que no la había ni se podía hallarla, pues el lugar estaba de feria. Usé entonces de una industria. Escondí como pude el bulto de la ropa que debía servirnos para representar, pensando encontrarla fácilmente más tarde cuando la necesitara. Fuíme á una posada y dije que era un mercader indiano (que ya véis que lo parezco en el rostro). Preguntó la huéspeda si traíamos cabalgaduras, y respondí que veníamos en un carro, mandándole, mientras llegaba él con la hacienda, preparar dos camas y aderezar la cena.

Fuíme después á ver al alcalde, y díjele que una compañía de recitantes, allí de paso, solicitaba licencia para hacer una obra. Preguntóme si era tocante á lo divino. Respondíle que sí. Dióme él la licencia, volvíme á casa, y avisé á Solano que repasase el auto de *Caín y Abel,* para representarlo esa noche.

Entre tanto, fuí á buscar un tamborino, hice una barba de un pedazo de camarro, y salí por el pueblo pregonando mi comedia. Como había gente en el lugar, acudieron muchos, y Solano se puso á cobrarles por adelantado...

Pregonada la comedia, guardé el tamborino, me quité la barba, volví á la posada, y dije á la huéspeda que, como ya venía mi mercadería, me diese la llave de la puerta de mi aposento, para encerrarla. Preguntóme qué era, y respondí que especería. Dióme ella la llave. Y yo tomo las sábanas de la cama, descuelgo un guadamecí viejo y dos ó tres arambeles, hago un envoltorio, lo echo por la ventana, y escapo por la puerta...

Llamóme el huésped, que estaba en el patio, y me dijo:

"Señor indiano, ¿quiere ir á ver una comedia de unos farandu-leros que han venido poco ha, porque es muy buena?" Díjele que sí, riéndome en mis adentros de mi industria para proporcionarnos alojamiento y ropa.

Pero el hombre propone, y Dios dispone. Cuando volví á buscar el envoltorio que arrojara por la ventana, no pude hallarlo. La desgracia era cierta. Podíaseme acusar de delito suficiente para visitarme las espaldas. ¡Había que huir! Corro adonde estaba Solano cobrando para la representación, avísole de todo lo que había, deja él la cobranza y vámonos con la moneda. Considerad ahora como todos quedarían. Los unos, en la posada, sin mercaderes ni sábanas; los otros, en el pueblo, sin la moneda ni la comedia...

Ricos íbamos, y no poco temerosos. A cosa de una legua, descubrimos una choza. Llegados á ella, unos pastores nos recibieron con vino en una calabaza, leche en una artesa y pan en unas alforjas.

Almorzamos, partimos y llegamos aquella noche á otro lugar, determinados á ganar allí para comer. Pedí licencia, busqué dos sábanas, pregoné la representación, procuré una guitarra, convidé á la huéspeda, y díjele á Solano que cobrara. Llena la casa de nuestro auditorio salgo á cantar el romance de "Afuera, afuera; aparta, aparta". Acabada la copla, métome adentro y queda la gente suspensa. Luego Solano, enmendando la falta de música, dice una loa.

Terminada la loa, comienza nuestra farsa de *Caín y Abel.* Vestímonos Solano y yo con sábanas. Envuelto en una abierta por las barbas y llena de orujo, hizo primero Solano de Dios Padre, con una vela en la mano. Al verlo, temí morirme de risa.

Sorprendido el vulgo, dejó pasar esto. Hice yo mi entremés de bobo, dije la coleta del huevo, y llegóse el punto de matar al triste Abel, ahora representado por Solano. Como me había olvidado del cuchillo, quitéme la barba postiza, y con la barba le degüello. Levántase entonces la chusma y empieza á darnos grita. Roguéle que perdonara nuestras faltas, porque aún no había llegado la compañía, y con Solano nos refugiamos en la cocina. Entra allí el huésped y nos dice que, rebelada toda la gente, nos quieren moler á palos. Con este aviso, escapamos y pusimos tierra en medio, con no más de cinco reales que se habían cobrado.

Penosísima fué después nuestra vida errante y harto tristes nuestras desventuras. Vendido lo poco que nos quedara, cominos muchas veces de los hongos que cogíamos por el camino, dormimos tendidos en el suelo, andábamos descalzos por no tener ya zapatos. Algunas veces ayudábamos á cargar á los arrieros, dábamos agua á los mulos, y más de cuatro días nos sustentamos con nabos.

Sutilmente llegamos una noche á una venta, donde nos

dieron, entre cuatro carreteros que allí estaban, veinte maravedíes y una morcilla porque les hiciésemos allí la comedia...

Al fin de nuestra jornada habíamonos convertido, de farsantes, en pícaros. ¡Y qué facha más desastrosa era la nuestra! Solano iba en cuerpo y sin ropilla, por haberla dejado empeñada en una venta, y yo en piernas y sin camisa, con un sombrero grande de paja, unos calzones sucios de lienzo y un coletillo muy roto y acuchillado. Viéndome en situación tan propia para amasar harina, determiné servir á un pastelero, sin que Solano se decidiese por oficio alguno...

En eso estábamos, cuando oímos tañer un tamborino y á un muchacho pregonar la comedia de los *Amigos trocados* que se representaba esa noche en las casas del Cabildo. Era la compañía de Martinazos. Conocióno el muchacho, soltó el tamborino y empezó á bailar de contento. Pregúntele si tenía algún dinerillo reservado, y sacó lo que llevaba envuelto en un cabo de la camisa. Compramos pan, queso y una tajada de bacalao, que lo había muy bueno, y pasamos á ver á Martinazos. Como nos vió tan pícaros, no sé si le pesó de vernos. Al fin nos abrazó, nos admitió en su compañía, comimos, y nos dijo que nos espulgásemos, para que no se le pegasen muchos piojos á los vestidos con que habíamos de representar.

Concertóse con nosotros á pagarnos tres cuartillos por cada representación y diónos á estudiar la comedia de *La resurrección de Lázaro*. Tocóle á Solano el papel de muerto resucitado. Necesitábase para este papel un buen traje, que el autor, Martinazos, sacaba en la ocasión del vestuario y prestaba á Solano, recomendándole que no le pegase ningún piojo. A mí dábame medias, zapatos y sombrero con muchas plumas. Después de representar devolvíamos las prendas y de nuevo nos endosábamos nuestros pobres vestidos viejos.

Anduvimos en la compañía poco más de cuatro semanas, comiendo poco, caminando mucho, con el hato de la farsa al hombro y sin conocer cama. Habiendo llovido torrencialmente una vez, tuvimos que llevar á la mujer de Martinazos, por su orden, Solano y yo, en una silla de manos. Resguardaba ella su tez del sol y la intemperie con una barba postiza. Otros farsantes llevaban entre tanto el hato de la comedia, y el muchacho el tamboril y las demás zarandajas.

Llegamos de esta suerte á un lugar, hechos mil pedazos, llenos de lodo, y yo y Solano medio muertos, por servir de asnos. Pidió el autor licencia y fuimos á hacer la farsa de Lázaro. Escondióse Solano en el sepulcro, simulado detrás de unas tablas, que ocultaban una ancha zanja de desagüe seca á la sazón. Llegado el momento, el autor, que hacía de Cristo, dijo y repitió una y muchas veces las sacramentales palabras: "¡Levanta, Lázaro!... ¡Lázaro, levanta!..." Pero nadie se movía. Creyóse entonces que Solano se hubiera dormido en su

escondite... Levantáronse las tablas, miróse al sepulcro... ¡y se vió que Lázaro había resucitado en cuerpo y alma y desaparecido del mundo! El autor quedó atónito, sospechando pronto que el farsante escapaba con su vestido... Alborotóse el pueblo, creyendo que había milagro.... Y yo, viendo el pleito malparado y que Solano era ido sin avisarme, hago que salgo en su seguimiento, y también en la manera que estaba... Así nos munimos de trajes sin quererlo y como verdaderos pícaros..."

*
* *

Rióse hasta desclavijarse Rojas con la singular historia de Ríos. Su gesto de sinceridad le inspiró confianza, á pesar de las picardías que narrara. Comprendió que ese hombre, contra las apariencias, no era en el fondo un mal hombre. Y, con esa amistad fraternal y tan propensa á la ayuda recíproca propia de todos los que ejercían el peligroso oficio de farsantes, dispensóle protección y le admitió en su compañía.

No tardó mucho en presentársele Solano, el mismísimo Lázaro resucitado. Admitido también éste como su antiguo compinche, juntos comentaron muchas veces sus penurias y desventuras, felicitándose de pertenecer ahora á una compañía seria.

Y Rojas no pudo menos de insertar, en el largo diálogo de su *Viaje entretenido*, la regocijada historia de los dos antiguos bogigangas.

CARLOS OCTAVIO BUNGE.

Buenos Aires, Diciembre 17 de 1908.

SONETOS

LA VEJEZ DEL SÁTIRO

Oculto por las hojas de los rosales viejos,
Y refrenando impulsos de lujurias extrañas,
Pasar ví la theoría de nupciales cortejos
Al són de alegres músicas de tímpanos y cañas.

¡Cómo la luz bañaba las fértiles campañas!
Cantaban los arroyos fugaces, á lo lejos,
Y yo sentí la envidia morderme las entrañas
Y deshojé las rosas de los rosales viejos...

El doble enigma aclaro que mi envoltura encierra:
Mi origen es divino: mi pié me ata á la tierra.
Y por mi sangre corren los gérmenes altivos.

Por eso, cuando cruzo del bosque por las abras,
Me miran dulcemente las trepadoras cabras
Y síguenme saltando los voluptuosos chivos.

PENTÁMETROS Á HERMES TRISMEGISTO

Dios tres veces grande, sagrado en el tiempo infinito,
Que riges la marcha y orientas el carro nocturno:
Da la previsora, pujante consciencia del mito
A los que nacieron bajo el signo fatal de Saturno.

Dios sagaz y múltiple en el Bien, la Verdad y el Delito,
Que llevas dos alas, como Ariel sobre el áureo Coturno:
Haz invulnerables en los hondos misterios del rito
A los que nacieron bajo el signo fatal de Saturno.

Dios que mira el fondo del Futuro, el Pasado, el Presente
Alumbra el espíritu negador de la ignara gente
Que vive en tinieblas, como en el Báratro infernal;

Enciende una antorcha en cada vida subterránea
Y con la triple Hécate, haz una aurora simultánea
De inteligencia y luz, sobre la barbárie ancestral!

SUB-UMBRA

Era el anochecer. En la llanura
Tendió la sombra su ropaje lento,
Y habló la fatigada voz del viento
Con palabras de insomnio y amargura:

"—Atraviesa, también, tu Selva Obscura
Oh triste, lacerado pensamiento;
Lleva tu carga de Odio y Sufrimiento;
Tu cilicio de Ensueño y de Locura...

"Atraviesa el infierno de la vida,
Oprimiendo los bordes de tu herida,
Para que tu Dolor más alto vuele;

Y sé como el errante Gibelino
Cuando, al final de lóbrego camino,
Empieza el alma *a riveder le stelle!*"

GLEYRE [1]

Pintor de las dolientes "Iusiones Perdidas",
Que, del bajel en flores, por aguas adormidas,
Haces llorar las ténues flautas entristecidas
Con el lamento lánguido de Náyades heridas!

Bellos pages y damas en la gentil galera
Van deshojando rosas de la pasión postrera,
Y en la tarde opalina, fugaz y lastimera
Flota como el sollozo de antigua primavera...

Al compás de los remos, en la barca de oro,
Sobre las muertas ondas va desgranando el coro
De flautas harmoniosas su cristalino lloro.

Pages y bellas damas, con el rostro velado
De honda Melancolía, saludan al Pasado...
Y una sutil tristeza flota en el mar callado.

LEOPOLDO DÍAZ.

---

(1) Autor del bellísimo cuadro «Les Illusions Perdues», que está en el *Salón Carré* del Museo del Louvre.

EL ESPÍRITU DE GOETHE

El más alto, perfecto y típico ejemplar de vida progresiva, gobernada por un principio de constante renovación y de aprendizaje infatigable, que nos ofrezca, en lo moderno, la historia natural de los espíritus, es, sin duda, el de Goethe. Ninguna alma más cambiante que aquélla, vasta como el mar, y como él libérrima é incoercible; ninguna más rica en formas múltiples; pero esta perpetua inquietud y diversidad, lejos de ser movimiento vano, dispersión estéril, son el hercúleo trabajo, de engrandecimiento y perfección, de una naturaleza dotada, en mayor grado que otra alguna, de la aptitud del cultivo propio; son obra viva en la empresa de erigir lo que él llamaba, con magestuosa imagen, la "pirámide" de su existencia.

Retocar los lineamientos de su personalidad, á la manera del descontentadizo pintor que nunca logra estar en paz con su tela; ganar, á cada paso del tiempo, en extensión, en intensidad, en fuerza, en armonía; y para esto, vencer cuotidianamente un límite más; verificar una nueva aleccionadora experiencia; participar, ya por directa impresión, ya por simpatía humana, de un sentimiento ignorado; penetrar una idea desconocida ó enigmática; comprender un carácter divergente del propio: tal es la norma de esta vida, que sube en espiral gigantesca, hasta circunscribir el más amplio y espléndido horizonte que hayan dominado jamás ojos humanos. Por eso, tanto como la inacción que paraliza y enerva, odia la monotonía, la uniformidad, la repetición de sí mismo, que son el modo como la inercia se disfraza de acción. Para su grande espíritu, es alto don del hombre la inconsecuencia, porque habla de la inconsecuencia del que se mejora, y no importan las

---

Respondiendo á un nuestro pedido, José Enrique Rodó nos anticipa gentilmente estas bellas páginas de su nuevo libro *Proteo*, en prensa, páginas de prosa serena, luminosa y henchida de pensamiento, como toda la del ilustre maestro.—N. DE LA D.

contradicciones flaqueza, si son las contradicciones del que se depura y rectifica.

Todo en él contribuye á un proceso de renovación incesante: inteligencia, sentimiento, voluntad. Su afán infinito de saber, difundido por cuanto abarcan la naturaleza y el espíritu, aporta sin descanso nuevos combustibles á la hoguera devoradora de su pensamiento; y cada forma de arte, cada manera de ciencia, en que pone la mano, le brindan como en arras de sus amores, una original hermosura, una insospechada verdad. Incapaz de contenerse en los límites de un sistema ó una escuela; reacio á toda disciplina que trabe el arranque espontáneo y sincero de su reflexión, su filosofía es, con la luz de cada aurora, cosa nueva, porque nace, no de un formalismo lógico, sino del vivo y fundente seno de un alma. Cuanto trae hasta él, al través del espacio y del tiempo, el eco de una grande aspiración humana, un credo de fe, un sueño de heroismo ó de belleza, es imán de su interés y simpatía. Y á este carácter dinámico de su pensamiento, corresponde idéntico atributo en su sensibilidad. Se lanza, ávido de combates y deleites, á la realidad del mundo; quiere apurar la experiencia de su corazón hasta agotar la copa de la vida; perennemente ama, perennemente anhela; pero cuida de remover sus deseos y pasiones de modo que no le posean sino hasta el instante en que pueden cooperar á la obra de su perfeccionamiento. No fué más siervo de un afecto inmutable que de una idea exclusiva. Agotada en su alma la fuerza vivificadora, ó la balsámica virtud, de una pasión; reducida ésta á impulso de inercia ó á dejo ingrato y malsano, se apresura á reivindicar su libertad; y perpetuando en forma de arte el recuerdo de lo que sintió, acude, por natural arranque de la vida, al reclamo del amor nuevo. Sobre toda esta efervescencia de su mundo interior se cierne, siempre emancipada y potente, la fuerza indomable de su voluntad. Se dilata y renueva y reproduce en la acción, no menos que en las ideas y en los afectos. Su esperanza es como el natural resplandor de su energía. Nunca el amargo sabor de la derrota es para él sino el estímulo de nuevas luchas; ni la salud perdida, la dicha malograda, la gloria que palidece y flaquea, se resisten largamente á las reacciones de su voluntad heróica. Tomado á brazo partido con el tiempo, para forzarle á dar capacidad á cuantos propósitos acumula y concierta, multiplica los años con el coeficiente de su actividad sobrehumana. No hay en su vida sol que ilumine la imitación maquinal, el desfallecido reflejo, de lo que alumbraron los otros. Cada día es un renuevo de originalidad para él. Cada día, distinto; cada día más amplio; cada día, mejor; cada uno de ellos consagrado, como un Sísifo de su propia persona, á levantar "otro Goethe" de las profundidades de su alma, nunca cesa de atormentarle el pensa-

miento de que dejará la concepción de su destino incompleta: ambicionaría mirar por los ojos de todos; reproducir en su interior la infinita complejidad del drama humano; identificarse con cuanto tiene ser; sumergirse en las mismas fuentes de la vida...; y llega así al pináculo de su ancianidad gloriosa, aún más capaz y abierta que sus verdes años, y espira pidiendo "más luz", y este anhelo sublime es como el sello estampado á su existencia y su genio, por que traduce, á la vez, el ansia de saber en que perseveró su espíritu insaciable y la necesidad de expansión que acicateó su vitalidad inmensa.

Montevideo.

José Enrique Rodó.

ACLARACION

En el conceptuoso estudio crítico que el distinguido literato cubano Arturo R. de Carricarte consagró á mi libro "Alma Nativa"—y el cual vió la luz en el último número de esta revista—ha señalado como una coincidencia curiosa, el hecho de que la narración titulada "El tiro de gracia" tenga el mismo argumento que el cuento "Una esperanza" de Amado Nervo.

Y si bien adelantándose á la suposición maliciosa de que pudiera existir plagio, hace notar que la fecha de la publicación de mi libro, en Buenos Aires, es la misma que la de la obra de Nervo en Madrid el año 1906; pero agrega como una nueva coincidencia, que Fortuné Boisgobey había publicado hace cerca de cincuenta años uan novela cuyo desenlace es idéntico al argumento de estas dos "nouvelles".

Juro lo necesario en derecho—como reza una vieja fórmula de los juristas — que ignoraba la existencia de las mencionadas obras de Boisgobey y de Nervo, que no las conozco hasta el presente y que talvez no leeré jamás. Pero cuando un escritor erudito como Carricarte hace una afirmación tan rotunda, existirá posiblemente la similitud de argumentos que ha señalado "como una mera coincidencia, pero en puridad sin importancia."

En cuanto al argumento de "El tiro de gracia"—que publiqué por primera vez en el número 56 de "Caras y Caretas" correspondiente á Octubre 28 de 1899—está basado en un episodio rigurosamente verídico de nuestra guerra civil, y se refiere á la matanza de un grupo de oficiales prisioneros mandada ejecutar por el general Oribe después de la batalla del Arroyo Grande en Entre Ríos, cuya referencia escuché de los labios de uno de los testigos de aquella bárbara escena.—mi padre.

Además, el ambiente en que se desarrolla el episodio es típicamente nuestro, de manera que no ha dejado de sorprenderme esa identidad de argumentos ó desenlaces que ha creí-

do encontrar el crítico cubano. El hecho de que el oficial encargado del fusilamiento de un prisionero, cuya vida se propone salvar, y contra su voluntad, por circunstancias imprevistas se vé obligado á ser su verdugo, bien puede repetirse en la vida, porque no se trata de nada sobrenatural, y haber servido á la vez á escritores de distintos países y en distintas épocas como tema de un trabajo literario, sin que esa coincidencia casual implique plagio ni imitación siquiera, porque cada uno de esos escritores afanados sinceramente por hacer obra original habrá impreso al asunto el sello de su personalidad.

Nada hay nuevo bajo las estrellas. En el arte como en la vida, los hechos humanos se repiten al infinito puesto que son su reflejo. Pero lo que caracteriza y dá indiscutida paternidad á las producciones es la inspiración, son las irradiaciones del propio sér que el autor sincero y honrado imprime á su obra para darle vida interior.

Tal es lo que ha ocurrido, sin asomo de duda, en el caso ocurrente.

Sin embargo, quiero señalar una circunstancia singularísima en que tal vez el distinguido crítico no ha reparado. Entiendo que según las ordenanzas y prácticas militares, no es el oficial que manda el pelotón de soldados encargado de la ejecución sino el sargento quien da el tiro de gracia.

Pues bien, deliberadamente, para dar al desenlace de mi cuento toda la trágica y ruda barbarie de la época, yo hago que sea el oficial encargado de la ejecución, bajo el implacable mandato de su general allí presente, quien da al prisionero el pistoletazo que le destroza el cráneo.

¿Habrán empleado idéntico procedimiento Nervo y Boisgobey?... Lo ignoro, porque no conozco sus producciones. Pero se me ocurre pensar que sería muy difícil que además de esa particularidad, el episodio central y la época por ellos pintada sea exactamente igual á la cruenta y salvaje guerra de exterminio y á las prácticas empleadas por las seides del tirano Rozas en las matanzas de prisioneros.

Si el oficial encargado de la ejecución no es el que da el tiro de gracia al prisionero—como ocurre en mi cuento—el desenlace no es entonces idéntico como se ha dicho, porque en esa circunstancia radica cabalmente toda la trágica dramaticidad del episodio, la originalidad de mi narración.

Y es del caso añadir que esta página escrita ahora doce años, evocando una memoria cara, con ese amoroso afán del verismo y del colorido local perseguido en todas mis modestas producciones, mereció ya otra imputación de vaga similitud.

En un brillante y efusivo parabien que desde las columnas de "El Diario" dedicó Juan Antonio Argerich á la aparición de "Alma Nativa", refiriéndose á "El tiro de gracia", dijo que tenía cierta semejanza con el desenlace de "Tosca".

El cargo era antojadizo. En el drama de Sardou, Scarpia el esbirro impasible y feroz, engaña á la enamorada Tosca después de la escena brutal de la tortura del pintor Mario, prometiéndole á cambio de una hora de amor que salvará la vida de su amante haciendo un simulacro de ejecución, cuando en realidad lo manda fusilar por sus soldados.

En mi cuento, el oficial designado para fusilar á los prisioneros, tocado en lo más íntimo de su ser por la desgracia de un bravo que va á dejar en el infortunio á su anciana madre y á una hermana paralítica, se propone salvarlo á toda costa y les manda á sus soldados tirar con cartuchos cargados con pólvora únicamente, pero la fatalidad se combina y hace que el general vencedor haya venido á presenciar la ejecución y al notar que el prisionero no está muerto, fríamente, sin un solo movimiento de piedad, para que no pene, ordena que el oficial le dé el tiro de gracia...

No existe, como se vé, ninguna semejanza con la obra del famoso dramaturgo francés, en ese desenlace. En el drama de Sardou es el cálculo frío, el engaño perverso que manda matar por odio político y por celos. En mi cuento es el destino que trunca el noble impulso que iba á salvar la vida de un enemigo.

MARTINIANO LEGUIZAMÓN.

Febrero 1909.

FRAGMENTO DE CRÓNICA

Un menestral del Rhin, "que sabía leer en los libros", aún en los de Alejandría, puso en romance paladino la triste aventura del rey Salomón, claro de sabiduría y maravilloso de buenos dichos, que por arrestar los sentidos en hembra de corazón podrido, padeció mucho en la tierra. Pero ahora estará en Santas Flores, regocijando por las edades su alma, en el ruido de las santísimas cítaras que suenan los serafines de seis alas. Porque, aquel que padece tribulación bajo las estrellas pálidas, á su hora tendrá el consuelo.

Casi todas las mujeres son malas por que como no tienen alma casi no sienten los golpes que reciben y por lógica instintiva prestan idéntica insensible pasividad á los otros seres, como los hombres y los gatos. Ellas empañan el entendimiento, tuercen la justicia y se ponen como nubes negras entre los buenos

---

NOTA.—Muchos personajes de las antiguas eras, fueron héroes socorridos de los romances y gestas medioevales, pero tan trocados en sus obras, dichos y figuras, que nosotros no los reconocemos desde que estamos auxiliados por la crítica histórica. Los que figuran aquí, Salomón y Morolf, ó Marcón, como me place llamarlo, aparecen primitivamente en un diálogo latino que creemos fué puesto en romance vulgar por un menestral ó más verosímilmente por un monje alemán "osado á escribir obra tan profana por emplear sus ocios en cualquier cosa antes que cayesen en maldad". Parece que más tarde se hizo una prosa con sus protagonistas, más Salomé. Los autores de las dos obras son desconocidos. Nada ganaríamos en conocerlos porque los hombres son todos iguales.

La Salomé que apareció en esas prosas como esposa de Salomón está ciertamente por su caracter bien lejos de la lánguida danzarina que abrió los siete velos ante los ojos palpitantes de Herodes, y los labios del profeta besó con los suyos preñados del fuego maldito. El rey sigue llenando los tiempos con el prestigio de su palabra pero mucho ha perdido su imponencia divina; y ese Marcón más que de consejero real, tiene de Bertoldo, el villano ingenioso.

He deseado que esta prosa tuviera un poco del sabor de otra edad y he puesto paramentos medioevales sobre hombros bíblicos, derramando el anacronismo con la ingénua prodigalidad de aquellos juglares y troveros que tenían más corazón que ilustración y eran, por consiguiente, más creadores que reconstructores.

A tanto llegaba esa confusión de edades y hermanamiento de costumbres que para el dulce Berceo un apóstol es *una lanza fardida;* y así en el Poema de Alexander, el conquistador macedonio tiene su corte de Pares como el rey Arthur de la Tabla Redonda, ó como Carlos, el gran monarca de las barbas en flor. Una leyenda alemana asegura que Salomón oía misa rodeado de sus minnesingers. Si ahora le hago devoto cristiano y tal vez le pongo en un medio de caballeros andantes, no seré yo el primer reo, ni lo seré en mucho, porque un pecado repetido se hace costumbre perdonable, lo mismo que un error repetido, se hace verdad.

varones y las pías contemplaciones. Si todavía se las ama es porque muchos creen que el apogeo de la felicidad les florece al pie del vientre; pero sabed, compañeros, que esta creencia es vanísima. Oid aquello que dice Epicuro, un dulcísimo hermitaño de los herejes: "Con un puñado de cebada y un cántaro de agua, me atrevo á discutir de la felicidad con el mismo Júpiter". Y hay todavía quien la finca en cimientos más viles, como el pobrecito cordero de Dios, San Francisco: "Si temblorosos de frío y blancos de nieve y apuñaleados por el hambre, llamásemos á la puerta del convento, y el Hermano portero, en lugar de conducirnos á la tibieza y al reposo, nos dijera: "Fuera de aquí, pícaros y ladrones"; y nos allenase de insultos, y aún nos diese de bofetadas y nos arrojara al suelo: si nosotros sufrimos todo eso, y más, con suavidad de ánimo, yo os digo que allí está la perfecta felicidad"

Por eso los Santos Padres, joyas del nombre humano y ánforas de justicia y sutil ingenio, abominaban de las mujeres, tanto, que llevados al amor, porque eran hombres, unos amaron una paloma, y otros una golondrina.

Maravillámosnos, dicen las gentes, que el rey Salomón que tanto sabía y dialogaba así:

Salomón—Qui veut mesurer
L'eau de la mer
Il est plein de rage,
Marcón—Qui tient en la main
La foy de putain
Il a mauvais gage,

Se entregase simple y cauto á las malas artes y dañina fe de una mujer, como la reina Salomé, que era mala en su piel, en su carne y en sus huesos.

II

Dicen los libros, escritos por quien más sabe, que por oir las palabras del rey, vinieron de luengas comarcas toda suerte de peregrinos: emperatrices montadas en blancas hacaneas; abades gordos como gorriones en primavera; caballeros andanandantes tan limpios y excelentes como Tristán y Lanzarote, y también niños de rizos nacientes.

Salomón era pío. Nunca le cegó la riqueza, ni la vanidad, madre de la mentira y abuela del crimen, le hizo nido en el pecho fuerte. Oía la Santa Misa con unción de Hermano, y repartía próvidamente el diezmo de su haber en hermitanias y leproserías, pues no obraba á guisa de los hombres de hoy, que aspiran á salvar su alma sin mengua de las arcas.

Levantó sobre el polvo un templo pulquérrimo de cedro y ébano y columnas de marfil con pulseras de oro. De su blanco pan gustaban muchos trovadores, pues el rey sabía que todo lo que se da á estos pajarillos de la primavera, los ángeles lo devuelven.

Tenía en sumo horror la felonía. Y así como á veces los pájaros en celo, hieren en sus revuelos vibrantes y clamorosos el rostro de los pastores, así las patrañas de los malsines le pegaba en el corazón. Pero su sién no se alteraba. Tanto era sereno.

Salomón reinó en Paracita, villa tan guarnecida de limoneros y con tantos azahares, que por los anocheceres de estío parecía que se acostaba en un lecho de vías láteas. Sus vasallos vivían en gran contentamiento y paz de alma, pues aún las leyes no se grababan en el bronce de los templos, ni los filósofos torturaban el seso propio y el alma agena. Así raras veces sufrieron de hambres ó sedes ó de flajelos divinos. Y sí pecaron, no nos preocupemos, porque desde aquella época hasta hoy, muchas generaciones han rogado por los pecadores.

III

Salomé desertaba el tálamo regio por andarse con gente de los caminos y también con los asnillos del desierto. El sabio Marcón que vino del mismo vientre que sostuvo al rey Justo, publicó con notable descaro las malas artes de la reina; pero como era un sabio que nunca había hecho milagros, nadie le creyó y muy pocos le entendieron porque hablaba á la manera de los libros. Sin embargo, como se acercaba la época de los calores y la chusma necesitaba espectáculos, Salomón lo condenó á perder la cabeza si no le probaba paladinamente sus dichos tremendos. Y Marcón probó la verdad, con gran desconsuelo de todo el mundo. De esta guisa: Un día de otoño se puso al acecho en la torre mayor. Con sus ojos de gavilán veía la cámara y el patio real, de losas blancas y negras, donde los paladines jugaban al ajedrez y volteaban tablados Con ellos estaban los chambelanes y el buen obispo don Gaudio, predicador de palabras sin saña. Y vió entrar un peregrino, con su bordón de sándalo y sus hombros sembrados de nácares, en las alcobas del rey. En las alcobas del rey dormían también dos frailes, pero el peregrino aquél nunca fuera ordenado. Con apagadas voces Marcón llamó al rey, y de él seguido bajó á la cámara. Junto al peregrino dormía la reina, murmurando en los labios temblorosos y húmedos el nombre de Edwigo. Ya encendido en saña mandaba al rey á sus hombres que llevasen la reina alevosa á voluntad de leprosos, cuando advirtió entre los dos durmientes la espada desnuda

de los caballeros que respetan la flor de lis de la doncellez. Y patriarcalmente reportado, volvió á la sala del banquete donde sonaban las harpas.

Y Marcon: Mal hacéis en guardar la paz del justo, cuando os ensucian las barbas emperatrices.

Sonaban las harpas.

IV

Siendo pascuas floridas, la reina huyó del palacio. Soltaron heraldos y mastines de presa, más no dieron con ella en ninguna heredad. Una vieja que recogía sarmientos, dijo que vióla huir con el peregrino en una nave azul.

De esto tuvo el monarca apuñaleante pesar, porque amaba á la viperina tanto como á la lumbre de sus ojos. Y vino triste como el otoño. Hizo callar las cítaras, inundar los parques y colgar la flor y nata de los paladines. Estaban su alma como las nubes de la tormenta. Arrojó de sí a los obispos de palabras mansas y por eso los sembrados menguaron el trigo. Ya no dijo aquel los dichos de granada sabiduría, y cierta vez le desconcertó este enigma de la reina de Saba: Una flecha de oro y una flecha de plata tras un gavilán. No supo que la flecha de oro era el Sol y la flecha de plata la Luna y el gavilán la Tierra.

Y hubo un día en que Marcón dijo, simple y dulcemente como hablan los niños: Te traeré la reina. Marcón que había leído mucho entendió por el vuelo de las cornejas donde estaba la yegua huída. Caminó VII años, hasta que un día, de gran mañana, después de haber orado el laudeamus, dió con un alcázar de maravillosa labor. Los muros eran de seda olorosa y las puertas de alas de zorzales. Al acercarse el venido, las alas se agitaron y sonó el llamamiento. Y asomó la reina por un ventanillo. Marcón llevaba saya de mendigo y báculo de caminante y en los hombros cuatro llagas de clemátide.

—Dadme del pan blanco y si no le tenéis, dadme del pan moreno.

Y la reina, bella como Arminda, como Morgana, los labios húmedos de besos:

—Id á los monasterios; á los monasterios id.

—Adios, ruín entraña, te traía una sortija del rey Salomón.

(¡Dios, qué bella sortija que traía!)

—Hola, mis barones, corred tras Marcón.

Mucho corrieron los barones; cuanto corrieron ¿quien lo diría? pero al hombre mendigo no alcanzaron.

Vieron un mancebo al pie de una encina.

—Mancebo ¿no visteis un hombre mendigo?

—Yo le ví, caudillo, id por la siniestra. Y siguió sonando una caña musical.

Mucho corrieron los barones, pero al hombre mendigo no alcanzaron.

—Sólo un mancebo, señora, un mancebo rubio, vimos de camino.

—Corred, mis barones, el mancebo rubio es el sutil Marcón.

Y corrieron.

Vieron un leñador asando castañas; asando castañas vieron un leñador.

—¿No sabéis, buen hombre, de un mancebo rubio?

—Le ví por el valle cantando una copla.

Mucho corrieron los barones, pero al mancebo rubio no alcanzaron.

—¡Oh, nuestra bella dama! sólo un miserable leñador hallamos.

—Corred, mis barones, el leñador era el pérfido Marcón.

Y corrieron.

Llegaron á un prado de paradisíaco frescor.

—Amigos, dice el caudillo, la carrera es larga; paremos los bridones y reposemos los cuerpos.

Bajo un roble lleno de nidos, los XII paladines desnudáronse de sus armaduras y con sus buenos alfanjes en las blancas manos, se rinden al Sueño, sembrador de ilusiones.

Y Marcón que se guardaba oculto, vino quedamente y vistió la armadura mejor, y en el mejor corcel voló por el prado.

Al ruido de los cascos, despiertan los ilusos durmientes.

Mucho corrieron los barones, pero á Marcón, del bello ingenio, no alcanzaron.

Cuando Marcón llegó al alcázar, las puertas, conociendo la armadura del caudillo, se abrieron sin ruido.

Ya dice á la reina:

—¡Oh, luna de las reinas, alegrad los ojos y llenaos de sonrisa! ya prendimos al leñador huyente: atado á un roble XXI caballeros le guardan las farsas.

La dama floreciendo en gozo, quiso que la llevaran á donde el felón, de prisa, no de vagar, para hundirle en los hígados el puñal ponzoñoso.

Ya están de camino Sobre el alfaraz corredor van la reina y el falso dux. A los dos hacía mudos la dulce venganza, fraguadora de héroes. Luego de andar mucho camino, pérfidamente dice Marcón:

—Te traía una sortija del rey Salomón:

¡Qué saña hirviente y rápida la que entró en el pecho de la reina! La dama engañada quería morir. La rabia le bajaba á las uñas. Pero los fuertes brazos no le daban desahogo Y en

vano revolvía el cuerpo hermoso, y en el cuerpo hermoso alzando carne se le erguían las venas, como víboras en la testa de Medusa Anguícoma.

Mucho anduvieron, ¿quién lo podría decir? mucho anduveron. Y Marcón de aguijar el corcel y Salomé de llorar, de llorar...

Ya entraban en los huertos de limoneros. Dos veces un tiro de jabalina y fueran en la villa del rey. Y Salomé de llorar... Cuando oyeron un ruido de trompetas bárbaras.. Marcón alzó los ojos y vió que en la torre, como un trapo, Salomón colgaba de la horca.

Sus propios vasallos lo colgaron. Y fué de esta manera, que cuento fielmente, porque fielmente la contaron otros: una noche, paseando en una barca de ébano, estrangulaba los cisnes del estanque; entonces sus remeros lo prendieron y lo entregaron á la chusma, indecisa aún si lo mataría, no porque fué sabio, sino porque fué tirano.

¡Oh, miserable rey, rey justo, rey sabio; como rama que está en el viento temblaba tu corazón en la mujer y por eso caiste en el vértice de la locura violenta, y en sus delirios fué tu bondad estrujada como un puñado de espuma; y por eso perdiste la magestuosa sabiduría y con ella su hija más dulce: la Serenidad!

Ahora dice la historia, que á Marcón asaltado del susto y la sorpresa, le falleció en aquel punto la firmeza de los brazos. Y la reina deslizándose de ellos, al tocar el suelo se tornó raposa.

Por eso cuando ven alguna, los pastores cantan una copla que la hace huir:

Eh! raposa, raposa:
¿qué quieres en la era, raposa?
¿buscas entre el lino en sazón
el anillo de Salomón?

VI

Pidamos el Paraíso para el justo rey Salomón. Aquí acaba la fábula. Deo Gratias. Si os digusta perdonadme por la cortesía de un espíritu suave; y si os place, enviadme dineros.

ENRIQUE J. BANCUS.

LEYENDAS VIEJAS...

En el confín del horizonte abierto
se extinguía la luz adormecida,
y ensayaban su rápida caída
las hojas de los árboles del huerto.

De una sombría palidez cubierto
presentía la eterna despedida.
La visión de la tierra prometida
me arrebataba á mi destino incierto.

Y en el silencio de la tarde triste,
evocando otros días más risueños,
como una blanca aparición surgiste,

Mientras inmensamente desolada
una sutil constelación de ensueños
flotaba en el adios de tu mirada...

LEOPOLDO VELASCO.

Córdoba.

LOS FRAGMENTARIOS

(PRÓLOGO)

El mundo, curado al fin de la enfermedad que le inoculó Schopenhauer, está lleno de alegría. Y como la alegría es siempre agresiva (Barbey d'Aurevilly sabía algo de estas cosas), hoy se hace la guerra á todo sin preocuparse del dolor de la guerra. Es esta una época ardorosa. El espacio está en toda su extensión ornado de pendones. Los pendones son símbolos de ideas. La alegría que agita al mundo estalla en entusiasmos redentores, preanuncios de quien sabe qué grandores. "Los pensadores que han nacido antes que yo no son de pensamientos, ungidos por la gracia del arte, olorosa á eternidad, comienzan á dar frutos muy bellos. Es tiempo de cosechas magnas. Un ansia innovadora, es decir, creadora, en la más alta acepción del adjetivo, aqueja á los arquitectos de las cosas del espíritu. La tierra rebosa de innovadores. "Los pensadores que han nacido antes que yo no son sino mis precursores", se dice cada uno de los que sufren del ansia sagrada. Todo quiere renovarse. *Ser original ó perecer* — es el grito que lanzan á los vientos todos los ambiciosos, esa hermosa casta que ha vestido en nobleza al universo.

Yo estoy del lado de los innovadores. Este libro (cuyos capítulos aparecieron por primera vez en esa elevada tribuna que es "La Nación" de esta ciudad) es una pequeña piedra aportada al edificio de singular magnificencia que

---

NOTA—Este es el prólogo del libro *Los fragmentarios*, que dentro de unos días verá la luz, editado por NOSOTROS.—Su autor es el joven literato colombiano, aquí residente, Pedro Sondereguer, que ya se ha ganado un merecido renombre en América por sus obras anteriores *Cóndor* y *Crítica del genio*. Constituirán *Los fragmentarios* cinco brillantes y eruditos estudios sobre Pascal, Marco Aurelio, La Rochefoucauld, La Bruyére y Leonardo de Vinci, que acreditan la dedicación entusiasta de su autor á las cuestiones filosóficas y á los problemas morales. Por cierto que, en esta tierra donde tan raras son las obras de la índole, NOSOTROS no puede menos que felicitarse de agregar *Los fragmentarios* á la galería de los libros por ella editados, siempre escogidos con el mayor esmero.

N. DE LA D.

ha empezado á alzar esta ardiente revolución de las ideas. Por sus páginas he dejado deslizarse el pensamiento alrededor del cual giran actualmente, como mariposas, todas mis cerebraciones. Pienso que nada hay más antinatural ni más opuesto, por consiguiente, al perfeccionamiento humano —puesto que el hombre sólo puede superarse procediendo de acuerdo con su naturaleza—que la moral que ahora rige nuestros destinos. Ese pensamiento, que es una convicción, es lo que ha puesto la pluma en mi mano.

Esta es una obra de polémica y, como tal, va en busca de almas que conozcan el agridulce sabor de las meditaciones, que estén templadas al suave calor de la dialéctica, que sean ideoclastas, ideíferas, audaces. Espero que esas almas, cuyo número, sea con franqueza dicho, no es muy grande en nuestra América, la acojan como el mejor presente que en este momento de mi vida puede hacerles mi vanidad de escritor. Frutos más jugosos podré ofrecerles en futuras estaciones. Para mí es época de siembra.

PEDRO SONDERÉGUER.

LA MUSICA EN FRANCIA

Julio Combarieu, distinguido musicógrafo francés, director de la "Revue Musicale" de París, escribe (1): "Por su claridad, por su gracia, su poesía muy superficial, y su retórica sentimental, durante tanto tiempo fiel á la romanza, nuestro teatro lírico refleja alguna de nuestras cualidades amables y algunos de nuestros defectos."

Es que la música es la más fiel fisonomía de las épocas en que florece.

"Se opone á la sinfonía germánica, continúa Combarieu, como una obra del espíritu de sociedad se opone á las manifestaciones de una fuerza de la naturaleza."

Este párrafo señala á mi ver con precisión y claridad la más íntima naturaleza del arte francés, sus cualidades y sus defectos.

Como la música corresponde siempre á una medida de sentimiento, de calor, de "medio", nos parece interesante transcribir también las siguientes líneas:

"El baile de corte en el siglo XVII, con su mitología galante y sus falsas pastorales, es un documento precioso sobre el antiguo regimen; y si se nos diera una reconstrucción exacta del "Triunfo de Baco" ó de aquel baile en que debutó Luis XV como danzante, sacaríamos de ellos tanto provecho como de una visita á los salones de Versailles ó de Chantilly. En el siglo XVIII el sentido poético, ausente de la literatura, se refugió en la música y en la pintura: y si, para juzgar de esta época, sería imprudente olvidar á Watteau y Natier tanto lo sería olvidar á Rameau".

Nótase también un evidente paralelismo entre las costumbres brillantes, pomposas y vacías del reino de Luis Felipe ó del segundo imperio, y el estilo italo-germánico, híbrido, facticio, de las óperas de Auber y de Thomás.

Es que cada pueblo posee siempre el arte que se merece.

---

(1) «El arte musical en Francia y la ley de los monumentos históricos» en el volumen VII de la *Rivista Musicale Italiana*.

Francia es un pueblo eminentemente intelectual y asimilador, incapaz de sentimientos profundos y serios, y que en consecuencia ha producido una música encantadora á veces pero siempre superficial. En realidad, Francia, á pesar de un Saint-Saens, de un Rameau ó de un Gounod, no es un país musical, porque carece de esta fantasía sentimental y de esta profundidad de sentir que ha permitido sintetizar en la voz de un Bach ó de un Beethoven la vida emocional de un pueblo ó de una época; porque le falta igualmente esta actitud al canto y á la alegría que nace, bajo el sol meridional, del predominio de las fuerzas físicas y de esta sensibilidad tumultuosa que es el rasgo saliente del temperamento italiano.

No puede considerarse á Francia como un pueblo musical por la simple razón de que no ha producido músicos poderosos y de elevado vuelo, comparables á los alemanes y á muchos italianos. Esto se debe á que el defecto esencial de la raza francesa es precisamente su falta de idealismo (1), rasgo predominante del carácter germánico y germen de todas las artes líricas. El arte francés brilla por cualidades eminentes de orden, de claridad, de verdad lógica; pero está desprovisto de profundidad emotiva, de sensibilidad fecunda, satisface más á la razón que al sentimiento, convence pero no conmueve, se dirige á las facultades reflexivas del espíritu y no á las intuiciones del corazón.

---

(1) Paul Bourget. *Etudes et Portraits* v. 1. *Reflexions sur le theatre.*

Esta falta de idealismo que hace hoy de Francia la madre del mundo intelectual, se acusa con toda evidencia en el caracter de su poesia. Stendhal que conocia mucho á su pueblo, decia: «El amor es una especie de locura muy rara en Francia. Nada más prosaico que nuestras poesias. Todo el calor de que es capaz el alma francesa está en su prosa» El sagaz autor de «*De l'amour*» establece asi una relación innegable, evidente, entre el valor de la literatura de un pueblo y su concepción del amor y de las mujeres. Y si el amor no se ha elevado en Francia más allá de las tíbias regiones de una galantería sensual, oid lo que opina de la mujer francesa, uno de sus escritores más eminentes: «Una parisien enamorada desmiente su naturaleza y falta á su primordial función que es ser de todos, como una obra de arte: Y es una obra de arte, la más maravillosa que la industria del hombre ha producido. Es un prestigioso artificio, debido al concurso feliz de todas las artes mecánicas y de todas las artes liberales, es la obra común, es el bien común. Su deber es parecer. (a)» Leed enseguida á los mejores poetas franceses, ojead la antología de poetas contemporáneos debida á L. L. Lacomblé y vereis como vuestra impresión general, si es sincera, corresponde á esta falta esencial de idealismo. Los poetas franceses son un conjunto de impecables versificadores y estilistas y sus poesias obras de cinceladura, obras maestras de habilidad en el manejo del verso, excepcionales prodigios de «savoir-faire», pero, aunque raras y encantadoras por las finezas de las ideas y de los matices del decir exentas de emoción y de alma.

No es oportuno citar las variadas piezas que apoyarían esta opinión y que la historia de las ideas, de la crítica y de la literatura en Francia nos suministran abundantemente; pero me permitiré, por su significación y alcance, transcribir el juicio que el poeta nacional por excelencia, y le á uno de sus más grandes admiradores, también poeta: «Notad desde luego, y esto es una opinión más moderada, que Victor Hugo no fué un poeta, sino un orador. Es el más grande orador lírico cuyo verbo tumultuoso hayan oído los hombres. Dueño soberano de las palabras y de las cadencias, músico de tempestad, órgano prodigioso, fué un magnífico pintor verbal, un Miguel Angel de oceanos y batallas

Juan Jacobo Rousseau introduce en la literatura de Francia el amor de la naturaleza, que el siglo XVII había perdido en sus espirituales diálogos sobre Descartes ó Port-Royal, sobre la moral, la metafísica, Dios y otras muchas cosas que no podemos conocer. Saint-Pierre, Chateaubriand, Stael, la revolución, concluyen por despertar en el alma francesa este elemento lírico que produjo el movimiento romántico; pero el espíritu francés no pierde sus cualidades esenciales: la claridad armoniosa, el amor de la precisión y de la realidad. Cualidades eminentes, sin duda, pero que, sobre todo en el dominio de la música, hacen imposibles muchas cosas grandiosas.

Esta preocupación de la claridad apareja el cuidado exclusivo de los detalles y mata la armonía del conjunto; y es así que el espíritu francés no conoce la obra de aliento amplia y profunda. Se manifiesta magistralmente en las formas breves y elegantes, espirituales y ligeras y sus obras maestras son joyas purísimas, pero de pequeñas proporciones. Son estas cualidades preciosas, su cultura superior y refinada, su amor del verbo y de la verdad expresiva, lo que hace de los prosadores franceses los primeros del mundo y de la lengua francesa, tal como la han hecho sus grandes escritores, el instrumento de comunicación más maravilloso y claro. ¿Qué otra literatura puede presentar un grupo de escritores como Montaigne, Rabelais, Pascal, Chamfort, Vol-

---

de abismos y de cimas. Era un oído era un ojo; era una pompa; no era ni una lira ni una siringa En otros términos; el poeta fes un emotivo; Hugo no tuvo más qae sensaciones, pero las tuvo todas y á todas las tradujo en una lengua de una perfecta belleza oratoria. No hay en su obra diez versos que un enamorado pueda decir á su amada; no hay diez tampoco que una mujer haya leído dos veces». Esta apreciación se puede extender en general á toda la poesía francesa, y da una exacta idea de lo que es. Es una trompa, es música, pintura verbal, belleza oratoria, admirables miniaturas; pero no es poesía simple y humana, el Gœthe de las Baladas, el Heine del "Libro de Canciones".

a) Anatole France. *Le lys rouge.*

El desconocimiento de las lenguas extranjeras y la universalidad del francés son causa de los errores más nefastos de apreciación. Para la mayoría de los hombres de habla española no hay más que un arte el francés y una sola literatura la de Francia. No sospechan los tesoros y las artes que los pueblos del oriente podrían oponer victoriosamente á los productos de la cultura refinada é intelectual de Francia. Nuestra experiencia musical del arte extranjero termina en Wagner. Que son para nosotros sino simplemente nombres: Korsakof, Borodine, Kovarovic, Mahler, Tinel y Bruckner, para citar solo á músicos universales? Ignoramos por completo toda la escuela posterior alemana la joven escuela vienesa, el "grupo de los cinco" grandes rusos y la pléyade de artistas que arrancan de estos, el arte tchéque, los músicos belgas y—para decirlo todo de una vez—todo lo que no ha nacido en Francia ó en Italia. Una simple lectura al piano de algunas obras notables de estos músicos basta para sentir las pasiones encadenadoras de sus almas casi vírgenes, la frescura de sus pasiones, la poesía natural y expontánea de su inspiración. La vulgarización de estas artes, sacudiría y rejuveneceria las sensibilidades occidentales atosigadas y envenenadas de ideas. Hay en estas músicas, en la rusa, en la tcheque, en la húngara, un soplo poderoso de vida, una sabia fresca y fecunda, una profundidad de sentir inebriativa, un dolor y una alegría que arrancan de lo más hondo del corazón. ¿A este arte verdadero que puede oponer la Francia musical? Muy poco como lo vamos á ver.

taire, Balzac, Taine, Renán, Maupassant, Lemaitre y Anatole France? Y si, en este sentido, innegable es que un cuento de Voltaire, una novela de Maupassant, ó un capítulo de Anatole France, valen mucho más que cientos y cientos de obras alemanas, inglesas, italianas ó españolas tomadas en conjunto, también es cierto que las mejores obras musicales francesas no son más que verdaderos mosaicos, conjuntos de detalles encantadores, técnica perfecta y falta absoluta de columna vertebral. Las óperas de los mejores compositores franceses, Gounod ó Saint-Saens, por ejemplo, son series de romanzas y aires elegantes y triviales elegancias femeninas. banalidades abundosas, delicadezas menudas, puntillas finas que esconden poca carne. habilidad de escritura y de factura y cierta elocuencia sonora como la de Cyrano de Berjerac.

En la reseña histórica que va á seguir verá el lector que el patrimonio musical de Francia, en su mayor parte, se lo han dado manos extranjeras, y en la evolución del arte, de sus formas, de su espíritu, y en la adivinación de sus fuerzas desconocidas y virtuales ningún músico francés interviene con el poder del genio, ni de ninguna manera eficiente y positiva. Sólo á fines del siglo pasado parece despertarse en Francia un sentido profundo de la música y de sus virtudes, pero veremos á tiempo lo que este movimiento vale y puede significar. Hasta esta fecha Francia es de una infecundidad musical, que parece haber quedado explicada, justificada, en las razones aducidas en la primera parte de este escrito.

El cardenal Mazarino, que era un verdadero diletante, tanto para distraerse como para formar quizá el gusto de la nación, hizo llegar á Francia, en 1645, una compañía de cómicos italianos que reperesntaron en el palacio del Pequeño Borbón, ante el rey, la reina y la corte, una especie de ópera bufa de Strozzi, titulada la "Finta pazza". Otros vinieron en 1647 é hicieron oir el "Orfeo y Eurídice", que obtuvo un éxito enorme. El cardenal ministro quedó tan satisfecho que hizo venir nuevos cómicos para festejar las fiestas esponsales de Luis XIV.

Había nacido al mismo tiempo el teatro lírico francés. Porque tal fué el entusiasmo que despertaron estas primeras representaciones, que en todos fué vivo el deseo de apropiarse esta nueva forma del arte dramático. Después de los tanteos obscuros que siempre preceden el florecimiento de una nueva actividad, el abate Perrin y el organista Cambert hi-

cieron representar en París, en marzo de 1661, una especie de drama musical titulado "Pomone" y que debe ser considerado como la primera ópera francesa. Luis XIV los protegió con la idea de crear un arte nuevo en Francia y encargóles de la organización de la famosa academia nacional de música. En este tiempo aparece Lulli.

Juan Bautista Lulli, (1633-1687), de origen noble, galopín de cocina, poeta satírico, violinista de talento, bailarín y cómico celebradísimo, era sobre todo ambicioso é intrigante. Boileau le llamaba "pícaro tenebroso". Era, pues, casi un genio. De otro modo no habría molestado á nadie y esta fecunda pluralidad de talentos se habría encauzado en la marcha normal de alguna función obscura, honorífica y provechosa. Por influencia de madame de Montespan recayeron sobre él los honores discernidos á Perrin y á Cambert, y fué nombrado compositor de la Corte, obteniendo todos los favores de Luis XIV. Hizo venir del fondo del Languedoc las mejores voces que pudo encontrar, instruyó á sus cantantes y músicos y debutó en noviembre de 1672 con su ópera las "Fétes de l'amour et de Bacchus", con la que obtuvo un triunfo completo. Escribió luego unas veintidós obras más, de diferentes géneros, y que le valieron el honor de ser considerado como uno de los grandes creadores del drama lírico. Lulli, no olvidemos decirlo, era italiano.

Después de Lulli hubo muchos músicos distinguidos, Campra entre otros, que escribieron melodramas según sus modelos. El más eminente de todos fué Juan Felipe Rameau, francés éste, cuyo nombre va unido á la fundación de la teoría de la armonía. Escribió música "eminentemente francesa", por su delicado y espontáneo impresionismo, pero sus óperas no marcan una etapa en la evolución del arte lírico francés. Hay que esperar hasta 1774 para asistir á una nueva transformación de la gran ópera francesa, y este nuevo avance se realizó bajo la influencia de un alemán, Gluck.

El caballero Gluck, Wagner de los tiempos pasados, tenía alrededor de sesenta años cuando se instaló en París en 1774. Siendo alemán está demás decir que había reflexionado mucho sobre la naturaleza de su arte, del que tenía ideas sensatas. Empezó como Lulli por aleccionar á sus cantantes y músicos para presentar á París su "Ifigenia en Aulide", cuya partitura había escrito en Viena, que obtuvo un triunfo colosal. Después de estos éxitos París se dividió inmediatamente en dos bandos. Los detractores de Gluck opusieron al suyo, el nombre de Piccini, célebre en Italia por haber firmado más de sesenta óperas. En estas célebres disputas artísticas intervinieron grandes damas y princesas de la corte, abates y artistas, nobles, poetas y filósofos, teóricos del arte, aristó-

cratas y el pueblo, y de todo hubo: panfletos, caricaturas, silbidos, palos, intrigas, protecciones reales.. París fué presa de la más rabiosa locura wagneriana antes de Wagner, y á fin de cuentas resultó que el caballero Gluck, hizo avanzar al drama lírico francés un gran paso hacia la verdad expresiva y la verosimilitud dramática.

El sistema de Gluck, que, continuando la influencia de la "tragedia lírica" concebida por Lulli, quiso romper la tiranía de los sopranistas y de las "prime donne", que reinaban por entonces, como en los tiempos presentes, sobre el teatro lírico con yugo ignominioso (más avanza el mundo y siempre más es la misma cosa), y que mostró prácticamente cómo la música, negándose á sí misma, debía ser la intérprete fiel de la situación dramática y del sentimiento por ella determinado, este sistema, que en sus proposiciones esenciales es en todo la doctrina wagneriana, enriquecido con números de conjunto más nutridos y con desenvolvimientos mayores de la orquesta, atravesó la revolución y perduró más ó menos intacto hasta el año de 1826, que marca en la historia del teatro lírico francés el luminoso advenimiento de Rossini. El más ilustre representante de este sistema, el verdadero sucesor de Gluck, fué otro italiano, Spontini, autor de "La Vestale", que reinó en la Opera de París cerca de veinte años, eclipsando totalmente á Mehul, el mejor músico francés de entonces.

Rossini aparece en seguida y "Guillermo Tell" realizó la fusión del elemento musical y de la verdad lógica, resolviendo el problema que había preocupado á gluckistas y piccinistas. Fué en aquel tiempo el modelo más admirable de la gran ópera francesa. Sin embargo, he aquí lo que cuenta Eugenio Checchi en su interesante librito sobre Rossini:

"Otra vez Biaggi (no recordamos aquí quien era este Biaggi) cayó en casa de Rossini convulsionado de indignación. Había asistido el día antes á una representación de "Guillermo Tell", tan incompleta y mal dada, que debió dejar el teatro á la mitad de la función (los empresarios han sido siempre los mismos).

—Debríais impedir estos sacrilegios, gritaba Biaggi, y citar ante los tribunales á los profanadores.

—Dejadlos, repuso plácidamente el maestro, me he acostumbrado á estas cosas. Con todo me fastidiaría mucho que hicieran con "El Barbero" lo que hacen con "Guillermo"; porque "Guillermo Tell", á decirte la verdad, se pueden escribir muchos todavía, pero un "Barbero de Sevilla", no lo escribe ni Dios".

"El Barbero de Sevilla", la ópera más admirable que se

ha escrito después del "Don Juan", no representa una conquista sobre el fenómeno sonoro, pero es la nota más animosa después de Beethoven, del último canto del siglo XVIII como diría Nietzsche, y contiene toda la vivacidad alegre y espiritual del genio de Rossini. Esta alma rebosante de viva alegría, pletórica de esta energía sensual y de este espíritu juvenil de su país, se enseñoreó del alma europea cuando Europa vivía aún abrasada por el fermento napoleónico, despedazada por los ejércitos, las batallas y los desastres; se puso á cantar y en la risa brillante y sonora de sus dulces melodías y de sus ritmos, parecía burlarse un poco de la locura humana, á la vez que parecía caer del cielo para recompensar á los hombres de sus fatigas y hacerles olvidar un tanto sus dolores. Después de Rossini el teatro lírico en Francia decae hasta la ópera lamentable y cosmopolita del judío Meyerbeer.

¿En esta reseña no parece que hablamos del arte de cualquier parte menos de Francia? No es un país musical, lo hemos dicho. Sólo dió al mundo una hija legítima, linfática, sin energías propias, descolorida y triste, á pesar de su alegría aparente: lo que se ha llamado ópera-cómica y su padre, Gretry, tampoco era francés! Sus continuadores más distinguidos, como Isouard, Dalayrac, (que en menos de veintiocho años escribió 61 óperas que nadie recuerda ya), Boieldieu, Auber, Adam, Herold, Thomas, han sido, el que más ó el que menos, músicos fáciles y vulgares, sin genio, que no elevaron muy alto sus pretensiones y cuyo estilo igualó casi siempre su limitada ambición, copiando los modelos y los autores italianos. Y lo más interesante del caso es que el género más francés, más parisien, la opereta, fué creada y dada á los franceses por un alemán de Colonia!

Fácil es concebir que un país tan culto é intelectual como Francia, refractario á los caprichos y vuelos de la fantasía y de la aspiración de lo infinito, que no tienen freno en Alemania, haya sido de una fecundidad tan manifiesta en el arte esencialmente lírico. Hemos visto que la historia de su teatro melodramático, es la biografía de músicos extranjeros. Vamos á ver ahora que en el campo exclusivamente "musical" Francia es de una infecundidad paralela.

Algunos aires de violín, las sonatas para piano de Couperin y de Rameau fueron las únicas piezas en boga durante la primera mitad del siglo XVIII.

Francisco José Gossec (1734-1829) músico "belga"!, fué

el primero en Francia que se aventuró en el género sinfónico, y, hecho muy digno de tenerse en cuenta, sus tentativas que tuvieron lugar alrededor de 1754, coincidieron más ó menos con la aparición de la primera sinfonía de Haydn, el verdadero creador del género (1).

La obra de Gossec, que en el género particular que nos ocupa se compone de veintinueve sinfonías á gran orquesta, merece ser estudiada con respeto por la crítica y considerada como una obra de significación y de valor intrínseco por quien desee estudiar los primeros pasos de un arte que nos ha dado la Novena con coros. Pero lo que me importa hacer notar es que si la misma época, por una curiosa casualidad, ha visto nacer la sinfonía en Francia y en Alemania, sólo en este país esta forma esencialmente lírica, resultado de la emancipación, ó por mejor decir, de la "secularización" de los intrumentos, debía alcanzar su desenvolvimiento supremo.

Mientras la Alemania creaba este poema de los tiempos modernos, llevándolo á alturas no igualadas, mientras Italia se limitó á dar algunos creadores de genio como Frescobaldi ó Allegri, ¿qué hizo Francia del cuadro hallado por Gossec? Onslow y Reber,—conocido éste por composiciones ligeras, finas y espirituales en que imita á los viejos maestros franceses Rameau y Couperin,—encontraron el cuadro de la sinfonía demasiado grandioso para sus inspiraciones ingénuas y sin amplitud.

Héctor Berlioz (1803-1869) parece presentar derechos á un puesto de importancia en la historia de las formas sinfónicas. Quiere arrebatar á los alemanes el cetro que dejara Beethoven, y después de mucha confunsión y abundantes polémicas, su obra ha quedado definitivamente juzgada. Fué uno de los creadores del poema sinfónico, y transportó á la música los procedimientos de la literatura, como para que correspondiera á un músico francés el honor de renegar de la música en su esencia y en su finalidad. Romántico y literato perdido en el arte sonoro, su influencia que fué grande sin duda, vale sobre todo por razones negativas. Jean Marnold, tan "chauviniste" como crítico ilustrado y competente, juzga así la obra de Berlioz: "Berlioz fué un hombre extraordinario bajo todo respecto, y—hay que acordarlo—como músico á lo menos no fué un caso ordinario. Pero, si en este carácter no pudo con frecuencia dar pruebas más

(1) La defensa de Gossec que Miguel Brenet hace en su libro "Historia de la Sinfonía" (pp. 83-45) es débil. Sostiene, contra la opinión de todos los musicógrafos, que Gossec escribió antes que Haydn sus sinfonías. Sería, pues, Gossec el creador del género. Esto nada importaría, pues Francia no pudo elevarse nunca en este género á las alturas á que lo llevó el genio alemán. En cambio el Diccionario de Grove dá á Gossec como un escritor posterior á Haydn.

que de las intenciones irrealizadas de la impotencia, ejerció sin embargo la influencia fecunda del genio. Al considerar su obra ocurre preguntar por qué extraña fantasía se le ocurrió hacerse músico; más al considerar los efectos de su influencia se siente todo lo que hubiera sufrido el arte "musical" si Berlioz no hubiera existido." (1).

La obra de Berlioz es la exageración sistemática de una teoría falsa. Sus efectos los hemos apreciado ya en los conciertos de la Sociedad Orquestal Bonaerense y con la "Condenación de Fausto". Transportó la literatura á la música. Quiso traducir por grupos de acordes, combinaciones de sonidos y de ritmos los fenómenos del mundo exterior, y llevó á tales extremos la práctica de estos principios que, por el abuso de los colores y de las descripciones materiales, comprometió el éxito de una renovación que habría sido fecunda en el arte sonoro. De estas exageraciones deriva su influencia, porque obrando así aportó en el dosage de las sonoridades, en el empleo combinado ó contradictorio de los timbres, en el agenciamiento del instrumental, algunas importantes innovaciones y beneficios de que supieron aprovecharse todos los músicos venidos después de él. Un músico "francés" sólo podía aportar ventajas en el "arte de escribir" y en los medios de expresión. Con todo, aparece Berlioz en su misma esencial "amusicalidad", y tal vez por esto mismo, como un tipo característico del genio francés. Dice Marnold: "Podría conferirse tal vez á la monodia de Berlioz por su precisión, un carácter bastante "nacional". Su romanticismo es bien "francés" si este adjetivo implica necesariamente algo de Voltaire. Su inspiración no es jamás puramente "lírica". Poco ó mucho dramatiza siempre la expresión del *melo*. No canta para sí; habla ante su auditorio y á él se dirige; escribe, persuade, subyuga."

La manera y los defectos de Berlioz hallaron imitadores ardientes que no merecieron conquistar la notoriedad de este curioso "innovador". J. M. Josse, Douay, L. Lacombe y Felicien David fueron conocidos apenas de sus generaciones y por los miembros del Instituto (2). La misma gloria de Berlioz fué póstuma. Mientras en Alemania, gracias á la propaganda activa de Liszt, y en Rusia sus obras eran apreciadas con justicia, en su patria se le negaba y se le combatió con una indiferencia que halló su contra golpe en las iras exasperadas y en la paradojas insolentes de Berlioz crítico.

---

(1) Jean Marnold. Hector Berlioz "músico", en el Mercure de France, núms. del 15 de Enero y del 1° de Febrero 1905.

(2) Hay que hacer una excepción con David cuyo poema "El Desierto" contiene páginas de alto valor.

Las literaturas romántica y naturalista—Hugo, Dumas, los Goncourt, Gautier, Balzac—de acuerdo y en la lógica del espíritu público, fueron completamente refractarias á la música. De 1840 á 1870 Francia sufre más aún de su natural debilidad del sentimiento músico. Después de 1870, diríase que con el dolor de la derrota, penetró este arte de ensueño y de idealidad. A lo menos el público respondió á los esfuerzos de algunos buenos espíritus que fundaron en 1871 la Sociedad Nacional de Música y en 1873 los Conciertos de la Asociación Artística.

Desde esta fecha más ó menos se asiste en Francia á un florecimiento del arte musical, demasiado móvil y cambiante para que tengamos la pretensión de describir precisamente su fisonomía en sus rasgos inequívocos. Nos ayudaremos con la misma bibliografía francesa y completaremos nuestra información delineando en sus rasgos generales esta renovación del espíritu musical francés.

La prosperidad de los conciertos Colonne y la fundación posterior de los conciertos Lamoureux, facilitaron el conocimiento de la inmensa obra wagneriana, que combinada á la influencia de César Franck, ha pesado sobre la conciencia de los músicos franceses hasta los tiempos presentes.

César Franck (1822-1890) fué un músico belga, radicado en París y del que tomaron lecciones los mejores compositores que constituyeron más tarde la Sociedad Nacional de Música. Esta asociación cuya divisa fué "Ars Gallica" tuvo por objeto popularizar y favorecer la producción de los nuevos músicos franceses. Desde su primer concierto que tuvo lugar en 25 de noviembre de 1871 dió á conocer las obras del mismo Franck, de Saint-Saens, Vincent d'Indy, Chabrier, Lalo, Bruneau, Charpentier, Chausson, Debussy, Dukas, Lekeu, Magnard, Ravel y otros, en su mayor parte discípulos de Franck.

El caso Franck en la música francesa guarda cierta similitud con el caso Verlaine de la literatura. Ambos fueron proclamados jefes de partido, cabezas de movimientos artísticos más ó menos claros, sin que nunca hubiera sido esta su ambición. Dicen sus biógrafos que Verlaine acogía con desconfianza y escepticismo á los que le proclamaban príncipe de la poesía simbolista. ¿Qué habría dicho Franck, cuya alma fué toda modestia y toda dulzura, si hubiera sabido el uso que de su nombre harían sus discípulos más ó menos legítimos, inscribiéndolo como bandera de una escuela que quiere oponerse al movimiento musical de la Alemania?

Así como Verlaine escribió con la infalibilidad inconsciente del genio algunas piezas perfectas que son poesía hu-

mana, substancial, de todos los tiempos; del mismo modo César Franck, como quien sigue las imperiosas exigencias de una necesidad natural, escribió algunas obras—la sonata de piano, la sinfonía en ré—de música imperecedera por la generalidad de su expresión, por el acento personal y por la perfección de las formas, sin preocuparse de escuelas ó partidos. Cantó como cantan los pájaros, porque para eso había nacido. Conocemos casi toda su obra, gracias á los meritorios esfuerzos de don Alberto Williams, su único discípulo americano, y, sin duda, su figura, si no nos atrae con profunda simpatía, si no vibramos siempre al unísono de esta alma religiosa y esencialmente mística, nos impone en cambio con la originalidad y la fuerza del genio, á pesar de ciertas influencias visibles en sus mejores obras de Liszt y de Wagner. Se dirá que ahí está el genio para que, como aconsejaba Emerson, las jóvenes generaciones sigan su ejemplo ó la dirección que él indica. Sí; pero el mejor maestro es aquel que nos ayuda á encontrar nuestro propio fondo, nuestra personalidad virtual. Los jóvenes músicos franceses, en nombre de Franck, se han constituído en cenáculo y han fundado una escuela, la "Schola Cantorum", que se opone á la enseñanza oficial del conservatorio, se han declarado á sí mismos únicos representantes del espíritu francés en música, los únicos músicos quizás de los tiempos presentes, y han lanzado excomuniones á los cuatro vientos, sintiendo ante el recuerdo de los músicos italianos ascos sagrados y furores divinos, y armándose en santa cruzada contra toda especie humilde ó pretenciosa de músico alemán, el enemigo originario. Este grupo de músicos, los franckistas, que en pocos años llegó á reinar sobre la Sociedad Nacional, es juzgado como se va á leer por uno de los espíritus más exactos, serenos y mejor informados de la crítica francesa: "Desde hace treinta años la Sociedad Nacional es un cenáculo, en que se ha formado un arte de cenáculo y una opinión de cenáculo, del que han salido algunas de las obras más profundas y más poéticas de la música francesa, como la música de cámara de Debussy; pero la atmósfera en este cenáculo se hace cada día más irrespirable. Esto es un peligro. Es de temer que este arte y este pensamiento queden absorvidos definitivamente por las sutilidades decadentes ó el pedantismo escolástico, peligros de todo cenáculo." (1).

Baumann, en su interesante libro sobre "Las grandes formas de la música", escribe: "La exaltación wagneriana ha dado en Francia sus resultados. Los músicos franceses son

(1) R. Rolland. *Musiciens d' aujourd' hui.*

los que se han sentido más conmovidos con Wagner. En muchos encontró el estado mental que preparara en parte César Franck y en que flotaron hace quince años los poetas simbolistas: una necesidad de indefinido, de profundidad, de intensidad compleja; el ímpetu hacia los extremos, el horror de los yugos tradicionales. Parece por esto que debieron marchar hacia la pura música instrumental. En cambio se siguió á Wagner en lo que tiene de más incompatible con las tendencias francesas...: La leyenda, lo irreal trágico, la hipérbole de las pasiones, la melopea pura, las orquestaciones desbordantes, la unidad compacta. Estos sinfonistas han olvidado, abandonado, la ordenación de los grupos instrumentales para combinar mezclas, claros-obscuros indistintos. El simbolismo de los poemas sinfónicos ha decaído en la charada; han pretendido introducir en el drama lírico filosofías confusas y cosmogonias; los cornos y los violoncelos se han puesto á predicar y en cada papel el inevitable "motivo conductor se ha plantado como el confidente de las viejas tragedias, con la ilusión de realizar entre el drama y la música una penetración total." (1).

Los efectos del wagnerismo no se detuvieron aquí solamente. Cierta tendencia marcada y sonante del poema dramático francés deriva de una mala interpretación de las teorías del maestro de Bayreuth sobre la concordancia de las palabras y de la música, sobre el misterioso paralelismo de la inspiración poética y de la inspiración musical. Dice Maurice Kufferath, indiscutible autoridad en esta materia, en su libro sobre "Tristan é Iseo" (nota en las páginas 224-25): "De la mala interpretación de las teorías estéticas de Wagner derivan estos "pueriles efectos de imitación", que se encuentran en tantas composiciones actuales, particularmente de los jóvenes compositores franceses que se ingenian, por artificios de instrumentación, en traducir musicalmente todo lo que "dicen" las palabras. En verdad, en ciertas ocasiones se pueden producir sorprendentes efectos por medio de artificios de esta especie, pero reducir toda la función de la música á ser de tal modo la sirviente de la palabra es desconocer á la vez su poder expresivo propio y trasgredir con su ley estética natural. Obras tales como el "Cazador maldito" de César Franck, la "Rueca de Onfalia", la "Juventud de Hércules", la "Danza macabra" de Saint-Saens, y la "Trilogía de Wa-

(1) Todo el estado mayor de la crítica francesa está conteste en reconocer la filiación directamente wagneriana, tanto por su concepción total como por las fórmulas armónicas y procedimientos de estilo del «Sigurd» de Reyer, de la «Givensoline» de Chabrier, de «L' Etranger», «Fervaal» y «Le Chant de la Cloche» de Vicent d' Indy. Y estas son las mejores obras de los más «importantes» músicos de la actualidad.

llenstein'' de D'Indy, entre tantas obras de igual género, pueden interesarnos por la ingeniosidad de los detalles, el espíritu de las aplicaciones musicales; pero, en el fondo, no son propiamente musicales. Su punto de partida está fuera del arte de los sonidos, en la literatura.''

La escuela ''franckista'', según sus mismos críticos, está formada, pues, por un grupo de jóvenes músicos franceses de positivo talento, que, bajo la sugestión del clasicismo de Bach, de la obra de Franck y del polifonismo filosófico de Wagner, han perdido sus cualidades francesas, para dedicarse á escribir obras pedantes sin ninguna especie de espíritu nacional. Es la caída inevitable de todos aquellos que quieren, bajo la sugestión de la grandeza ajena, violar la belleza, olvidando que el principio esencial de todas las artes, y lo único divino como decía Goethe, es la personalidad.

Una sola audición al piano de cualquier obra de D'Indy, el maestro eminente de la escuela, basta para mostrar los defectos de esta música escrita con la frialdad del cálculo, con la cabeza y no con los ímpetus y las intuiciones del corazón. El defecto esencial de la música de D'Indy, como de las obras de todos los músicos de su tendencia, es su falta absoluta de espontaneidad, de naturalidad. Es demasiado buscada, demasiado calculada, lo que en arte produce siempre deplorables efectos, y esta impresión deriva del recargo, inmotivado siempre, de sus alteraciones, de sus retardos, de sus caprichosas apoyaturas armónicas y de su sistemático deseo de evitar las resoluciones naturales. Resultan así obras obscuras, alambicadas, profundamente aburridoras por su falta de lógica, de concordancia en el discurso, y de atención á las leyes naturales del fenómeno sonoro. Por necesidades de oficio he leído con atención los juicios de la prensa diaria y técnica de París y Bruselas, aparecidos á raíz de la publicación ó ejecución en los grandes conciertos de las obras más interesantes de este músico, prototipo de la inutilidad de la ciencia profunda. A Henri de Curzon, Jean Marnold, Emile Villermoz, Camille Mauclair, Romain Rolland, Raymond Bouyer, Maurice Kufferath y discípulos de D'Indy como este pedante Dr. Luis Laloy, que dirigía el ''Mercurio Musical'', á todos ellos, al tener que hablar de la ''Segunda Sinfonía'' del ''Segundo Cuarteto'' de la ''Sonata para piano y violín, del ''Día de verano sobre la montaña'', les ha faltado el valor de un juicio decididamente favorable y entusiasta. Esto revela por lo menos, tratándose de periodistas franceses, la sinceridad de su impresión, y esta impresión no puede ser más fatal á la obra práctica de los directores de la ''Schola''. No hacen más que editar alabanzas del carácter de D'In-

dy, fino aristócrata, de la afabilidad de su trato, de su escrupulosa conciencia, y de la sinceridad de su profunda fe católica que le ha dictado las más estupendas opiniones sobre la evolución orgánica de su arte (1). Me parece que no puede ser esta la tarea de ninguna especie de crítica que pretenda llamarse musical. Admirase también sus tendencias clásicas, su profunda técnica y la ciencia de su "Cours de Composition"; pero es el caso de decir que un poco de inspiración clara y simple, la "Canción de la tarde" de Schumann, vale mucho, mucho más que todas estas cualidades, sin duda alguna, muy meritorias.

Al lado de esta escuela, de este grupo de músicos que pretenden continuar la gran tradición conservadora y clásica, que afirma un culto exagerado de las complejidades de estructura, una marcada inclinación á lo que se puede llamar la "expresión filosófica" en música y que practica severamente la polifonia más sabia, existen otros músicos que han revelado cualidades brillantes en el drama musical y en el cuadro pintoresco, Bruneau y Charpentier.

Otra tendencia importante, representada por individuos y no por grupos, es la determinada con la palabra "debussismo" y que tiene una concepción de la música independiente de toda intervención del pensamiento. Es precisamente lo contrario de lo que busca la escuela d'indista. Con el "debussismo" se trata del abandono completo de las producpaciones clásicas y de forma, de anti-frankismo puro, de libertad anárquica en el procedimiento. Más que en el arte de Berlioz, aquí se admite todo lo que produce efecto; estamos, sobre todo, en el campo abierto del impresionismo musical, y á esta música serían absolutamente inaplicables las teorías estéticas de J. Combarieu sobre el pensamiento musical; porque en el "debussismo" ó más verídica y simplemente en la música de Debussy, autor de "Pelleas y Melisande", no se trata de pensamiento sino de evocar el misterio de la naturaleza y de las cosas, dar sensaciones y sugerir el "más allá" de las sensaciones.

Podríamos ahora poner punto final á esta sucinta reseña histórica de la música en Francia, si no creyéramos de nuestro deber oponer á este conjunto de músicos pedantes, sabios, raros ó refinados, el nombre glorioso de aquel que á nuestro jui-

(1) He leído en el primer libro publicado de su «Cours de composition musical» afirmaciones interesantísimas sobre la «Fe, la Esperanza y la Caridad» en música, sobre las siete facultades del alma que intervienen en la creencia artística, y algunas otras que revelan un estado espiritual curioso y difícil de clasificar sin irreverencia ó con seriedad.

cio representa las virtudes preciosas y eternas, de orden, de claridad y de elegancia expresiva del genio francés.

Camille Saint-Saens es olvidado, menospreciado por aquellos musicógrafos que á la aparición de "Pelleas y Melisanda" creyeron que el mundo iba á entrar en convulsiones. No es de sorprenderse que quienes tuvieron la audacia de afirmar públicamente que Wagner era ya cosa de los tiempos pasados, y que no debíamos tocar á Beethoven, urna votiva de nuestros deseos, sueños y desesperanzas, por que como el vaso del poeta, está ya rota, hayan usado de una desconsideración injusta y una ciega falta de juicio para juzgar de su obra.

Camille Saint-Saens ha vivido sereno en medio de una época histérica, ha escrito obras claras de estructura y de pensamiento, en medio de la marea ascendente del simbolismo exasperado, y cuando los músicos franceses, bajo la sugestión de Wagner, perdiéronse en la selva de las leyendas y de la metafísica, el autor de "Sanson y Dalila" mantúvose fiel á la pura tradición clásica y lo que es más importante, á la tradición del genio de su raza. El joven maestro que escribió su primera sinfonía á los diez y seis años, que, como decía Gounod en sus "Memorias", "hubiera podido escribir á voluntad una obra en el estilo de Rossini, de Verdi, de Schuman ó de Wagner", y, que, en realidad ha escrito en todos los estilos, en el estilo griego, de los siglos XVI, XVII y XVIII y en todos los géneros: misas, cantatas, oratorios, óperas, óperas-cómicas, sinfonías, poemas sinfónicos, música para órgano, de cámara y para voces, que se retiró del seno de la Sociedad Nacional de Música, que había presidido, cuando abrió sus puertas á los músicos extranjeros, hay que considerarlo por esta facilidad de asimilación de formas y de estilos del pensamiento ajeno, y por la adaptación perfecta que ha sabido hacer de ellos á un pensamiento fino, penetrante, y siempre en armonía con un fin, como el más interesante exponente del espíritu clásico francés en música.

En una obra tan enorme como la suya, muchas y fáciles de encontrar deben ser sus debilidades ó sus páginas defectuosas. Pero las debilidades y defectos del genio son fáciles de hallar. Lo que nos debe interesar es su unidad, su armonía, la parte que sintetizando en una línea los rasgos de su personalidad nos abra perspectivas sobre la fisonomía de su

(8) No olvidamos á Bizet á quien las paradojas de Nietzsche han dado una importancia gigantesca ante el espíritu impresionable de muchos. Su «Arlesiana» y su «Carmen» revelan muchas de las preciosas cualidades que damos como características del espíritu francés, pero de aquí á oponerlo á Wagner nos parece que hay un abismo que nadie sériamente se atreverá á saltar.

Fauré podría también tomarse, en un orden si no ménos importante más modesto, como un buen ejemplo del espíritu francés en música.

siglo ó de su raza. En su abundante producción ninguna obra satisface tanto este objeto como su "Sanson y Dalila". Desde el original preludio hasta que el templo cae en ruinas, la peroración de Sanson, el coro de bajos sin acompañamiento, el coro de las mujeres filisteas, el andante de Dalila, la exquisita danza de las sacerdotisas, el duo de amor, el aire lamentativo de Sanson en el acto tercero, el himno tratado en canon, toda la obra en una palabra, es un derroche de gracia, de dulzura, de ligera fantasía y de sencillez preciosa. Se requirían quizá algunas facultades de profundidad emotiva para tratar semejante tema bíblico, pero aquí no juzgamos de la obra dramática, sino simplemente de su espíritu musical. Este aparece dotado de las cualidades armoniosas y esenciales de la raza. "Sanson y Dalila", en medio de la manía wagneriana, vino á probar que en arte el valor de la inspiración sola, usando de las formas caducas, se sobrepone á todo; y su regularidad rítmica y más total, en sus formas esenciales y tradicionales, ha sido otro documento de la superioridad de la obra espontánea sobre la obra voluntaria. Saint-Saens en "Sanson y Dalila" es un perfecto escritor francés, distinguido, elegante, claro y conciso, más aun que en la alegre y encantadora obertura del "Timbre de plata", más sano y brillante á veces que en el magnífico concierto en sol menor para piano y orquesta, mejor instrumentador que en "El Diluvio" ó en la "Danza Macabra". Y concluyamos de pedir. El mayor elogio que podamos hacer á Saint-Saens es llamarle el mejor músico francés; pero Camille Saint-Saens ha nacido, no impunemente, en la tierra del "vaudeville", de Massenet y de Cyrano de Bergerac. Es el mejor músico francés, y es un compositor de segundo orden en la historia moderna del arte musical. Es muy apreciado en su país, y con excepción de algunos gansos enfermos del "debussismo", sus compatriotas lo aprecian en su justo valor.

Pierre Lalo escribe (1): "Hay que convenir que Saint-Saens es uno de los más grandes artistas del tiempo presente. Mas por profunda que sea mi admiración por él no amo por igual todo lo que ha hecho; ha escrito á veces obras que más le hubiera valido no publicar; hay en él una mezcla de cualidades y defectos. La sensibilidad le falta con frecuencia y en su obra brillante y elegante la emoción es rara. Pero tiene un espíritu claro, preciso, vivo, ordenado. Sus ideas melódicas no son siempre muy personales ni muy significativas, y parece dar más valor á la manera como dice las cosas, que á lo que dice. Expone sus ideas bastante indi-

(1) Folletin musical de «Le Temps» d l 29 de octubre de 1907.

ferentes, las varía, las renueva con la más ingeniosa y fecunda habilidad; las matiza, las transfigura por una instrumentación de una riqueza admirable; les presta, por el arte robusto y preciso de sus desenvolvimientos, un alcance, y un valor que no poseen en su propia substancia; á veces, por la amplitud y la solidez de la forma, alcanza la verdadera grandeza." Diríase que más que un análisis del talento de Camille Saint-Saens, hemos leído un análisis del verdadero espíritu de todo el arte francés.

Jean Marnold es más severo (1). "En despecho de la innegable nobleza de la inspiración, este arte de Saint-Saens suena á vacío, resulta ficticio, enclenque. Es que el arte de Saint-Saens, en el fondo, fué siempre intelectual. El músico no sacó casi nada de sí mismo, con excepción de la verba espiritual, elegante y á veces nerviosa de sus *melos,* en que se confina estrictamente el aporte de su sensibilidad. Su "clasicismo" subjetivo pide el resto á los demás. Se contentó con explotar no sin cierta genialidad desenvuelta, los recursos de un pasado y también de un presente que él mismo contribuyó á vulgarizar entre nosotros. Pero hoy conocemos demasiado á Bach, Mozart, Beethoven y Liszt, y poco nos cuesta encontrar los procedimientos correctamente amalgamados de sus gloriosos modelos. Para descubrir hoy en él otra cosa, seríanos indispensable comprobarle el don de suplirlos á la síntesis retardada de un Bach, el "pathos" de un Wagner, el contrapunto infuso y las extravagancias de un Ricardo Strauss"...

Para descubrir en la Francia un verdadero espíritu mu-musical, seríanos indispensable comprobarle el don de suplir todo el arte alemán y el arte italiano. No lo ha conseguido hasta hoy ni lo conseguirá nunca. Hay que confesar que gracia, espiritualidad, fantasía, abundancia, invención y dexteridad técnica, no bastan para hacer un gran músico.

La impresión que deja en el alma un andante de Beethoven, no es capaz de producirla las mejores obras de los músicos franceses. Un solo compás de Mozart nos habla de una alegría de dioses y de alas á nuestro pensamiento; Schumann nos embarga como si nuestras mejores aspiraciones quedaran repentinamente en suspenso; Beethoven despierta en

(1) Ver "Mercure de France" del 15 noviembre de 1907 p. 341.

el alma intuiciones de lo divino; Bach nos produce una alegría física plena y sin igual; y una página bien elegida de cualquiera de estos maestros vale en conjunto toda la música francesa.

En cambio los franceses se creen el pueblo más musical del mundo. Diríase que las naciones, como ciertos individuos, empéñanse en brillar por aquellas cualidades que más les falta. No se contentan con poseer una literatura maravillosa que ningún otro pueblo posee, y en afán de ser músicos y de creerse tales son un interesante ejemplo de que los pueblos como los individuos, sufren colectivamente las leyes de la sugestión y del desdoblamiento de la personalidad.

MARIANO ANTONIO BARRENECHEA.

POEMAS DEL CAMPO Y DE LA MONTAÑA

INVITACION A LOS HEROES DE LA VIDA

Labrador: abre el surco; sembrador: desparrama
Por los campos la estirpe que será la amaltea;
Leñador: troncha el árbol sin temor de la rama,
Y tú, pájaro, canta porque esa es tu tarea.

Sol: envuelve á la vida en tu vasto oriflama;
Noche: entrega á la vida tu profunda odisea;
Lluvia: apaga la sed del bosque ó la retama,
Y el pensador que observe para bien de su idea.

Tú, cóndor, carlomagno de valles y de alturas,
Para agitar las selvas, los pueblos, las llanuras,
Cuando llegue la hora desamarra los Vientos.

Y mientras en la tierra la vida se elabora,
Madres! que cada entraña sea germen de una aurora!
Hombres! en cada entraña sembrad vuestros alientos!

LOS RECUERDOS

Anunciaba la triste canción del caramillo
El habitual retorno del rebaño. Extinguida
La tarde, en las praderas se refugió una vida
Familiar y sutil como un amor sencillo.

Cristianizaba el angelus el pensar de las frentes,
La quietud de la brisa, la piedad de la hora,
Las palabras monótonas del torrente que llora,
Los espectantes álamos, los sauces reverentes.

Y hasta la vida misma!
Complicando esperanzas
Sobremanera lúgubres, cruzaban añoranzas
Alegres, entusiastas, fraternales, tranquilas.

Y desde el alma mía, al pasar de cada año,
Una voz recitaba mis poemas de antaño
Para todas las cosas que amaron mis pupilas!

LA MONTAÑA INMORTAL

Ya el gesto del crepúsculo presagió la odisea.
Aunque bajo el castigo del indómito viento
Doblen los anchos bosques su augusto encumbramiento,
La Montaña mantiene su actitud ciclopea.

Con pausada estrategia la tempestad bloquea
De amenazas el mudo pavor del firmamento
Y en la calma expectante, como un presentimiento
Fatal, sienten las cumbres palabras de marea.

Evasiones de cóndores desamparan la altura.
El relámpago en lívidas instantáneas fulgura
Esclareciendo el vasto bloque de la tormenta.

Y en el silencio trágico de cimas y de montes,
Rebasando los muros de los cuatro horizontes
En sonoros derrumbes el trueno parlamenta.

MARIO BRAVO.

Estos sonetos forman parte del libro «Poemas del campo y de la montaña» que, editado por la casa Arnoldo Moen y Hno., aparecerá en el próximo mes de Abril.

CONVERSACIONES DE ACTUALIDAD

Elogio de la democracia

—Un carro tiene cuatro ruedas. Las cuatro ruedas giran en el mismo sentido y sobre dos ejes iguales efectuando al unísono, el mismo número de rotaciones.

Así dijo el *starosta* de la aldea y Fedor Matifeievich esclamó:

—Entonces, es como una casa que anda bien.

Nicolás Gogol.

La solución de las cuestiones sociales se basa sobre cálculos. Pero el cálculo no es siempre lo previsto y por lo tanto es bello.

Brandés.

Á JOAQUÍN DE VEDIA

Aquella tarde, en casa de Ismael Ducet, los amigos se habían reunido para escuchar un trozo de música compuesto por éste y que á su juicio produciría—naturalmente—una revolución sensible en el arte.

Sentados en el patio, los contertulios del café Garibaldi discutían asuntos diversos. Leonardo Cruz, silencioso como de costumbre, alisaba su barba con indiferencia, y seguía con la imaginación la voz de la señorita Ducet, cuyo timbre límpido llenaba la sala cual si fueran acordes de piano. Su timidez aumentaba á medida que el recuerdo de la muchacha asumía en su espíritu una forma precisa ó le sugería una idea de realidad.

Hacía tiempo que su airosa figura le preocupaba. En el escritorio, mientras efectuaba las sumas de los acopiadores y contestaba las cartas de los cerealistas, el nombre de Elena Ducet se unía á los números y á las direcciones de las ciudades agrícolas de la república. No podía evitarlo. Por la persistencia del fenómeno se dió cuenta que la tranquilidad de su alma, alabada por los filósofos y cantada en los poemas sinagogales de Jehudas Alevi, se había desvanecido. Lejos de rehuir las visitas á la casa de la calle Arenales, vieja casa

patricia rodeada de muros lúgubres y embalsamada de acacias, buscaba pretextos para frecuentarla.

—Ismael, solía decir en el Garibaldi. ¿Tienes programa para mañana?

—No, Leonardo.

—Entonces, después de comer, nos reuniremos en tu casa y allí combinaremos algo.

Leonardo Cruz creía disimular su nerviosa impaciencia con recursos más ingénuos que hábiles. Ismael, que lo estimaba por su carácter y su bondad, no fué el último en advertir sus sentimientos y favorecerlos con discreción.

Esa tarde, después de haber ejecutado Ismael el trozo musical cuyas proporciones explicara minuciosamente en el almuerzo, la conversación declinaba en una languidez paulatina. Nadie afirmaba opiniones demasiado rotundas, y una pereza blanda les inducía á una tolerancia poco habitual. Un viento benigno movía las hojas de los árboles y traía al patio el perfume del jardín inundado de primavera.

—Como han visto ustedes, dijo Ismael, el plan de mi ópera es anárquico. La acracia, pienso yo, es la única ley que deben seguir los artistas.

En el mismo sentido habló Pedro Domínguez, á quien su amigo confiara la redacción del libreto. Hablaron todos menos Leonardo. La voz de Elena le tenía sugestionado desde la sala y apenas había entendido los argumentos expuestos. Apremiado, manifestó su desacuerdo en pocas palabras y otra vez sus oídos se llenaron con la melodía de aquella voz.

Elena apareció en el patio, bajo la parra familiar, y sentándose en la hamaca con un bordado en la mano, anunció la proximidad del té. Leonardo se animó y el deseo—seguramente—de llamar la atención de la señorita Ducet, le incitó á participar en la polémica.

—Ignoro, empezó, la técnica musical. Difícilmente distingo, un vals cualquiera de un trozo de ópera. Reconozco la "Marsellesa" por su ritmo acelerado y violento, y porque me incita, á pesar mío, á caminar como los soldados. Me siento héroe. Reconozco también el Himno Argentino por motivos idénticos y porque, junto con las horas de la escuela, trae á mi memoria el significado de su leyenda magnífica. Cuando oigo el Himno, mi espíritu se pone de pie...

—Y eres socialista, interrumpió Sandoz.

—Sí, contestó Leonardo. Como socialista verdadero soy republicano y patriota. Mi amigo, el sabio doctor Justo ya lo ha dicho: El socialismo es el buen nacionalismo.

—En total, intervino Ducet, según tus confesiones, entiendes poco de música: no la sientes.

—Tal vez, repuso Leonardo.. Sólo sé que en el teatro no permito á mis vecinos de asiento anticipar con tarareos los pasajes que se cantan, pues quiero recibir la impresión por mí mismo y esta—lo he notado—se relaciona siempre con la idea del autor. Sin poder repetir un aire de organillo por falta de oído, comprendo á Wagner; su obra pesada y maravillosa como las construcciones medioevales, me penetra y conmueve. Confieso sin avergonzarme que al par de la grandiosidad estupenda del arte wagneriano me gustan las óperas de Verdi, las canciones napolitanas y me transportan las vidalitas. Mi gusto no es disciplinado y por lo tanto carece de prejuicios.

—Pero, ¿por qué razón te opones á las ideas expuestas recién, al hablar de mi ópera?

Sirvieron el té y como Leonardo notara el interés de Elena por la conversación entablada, continuó en esta forma, respondiendo á la pregunta de Ismael:

—Porque, el anarquismo es ilógico y el arte obedece á leyes de lógica. Supongo que la música, como la poesía, la arquitectura y el dibujo, se basa sobre reglas, es decir, se atiene á un principio de simetría sin la cual la obra resulta imperfecta.

—¿No admites los revolucionarios? interrogó el periodista Domínguez.

—Los admito sin duda, pero es necesario notar que Wagner, para usar una técnica distinta—si es que es distinta—conocía profundamente la usual. No suprimió leyes sino las sustituyó por otras, que respondían mejor á su genio y á su época. ¿Acaso la reforma de un código implica la abolición de éste?

Cuando Darío y Lugones iniciaron entre nosotros la reforma literaria, cuya consecuencia más benéfica fué remover y ampliar el idioma más admirable del mundo, dotándolo de matices desconocidos y flexibilidades que alarmaron al conde de Cheste—Darío y Lugones, digo—no han destruído los preceptos de retórica: los enriquecieron. En el fondo, tanto Darío como Lugones son clásicos pero lo son de su tiempo, y no de Fray Luis de León, que era un versificador agradable sin ninguna cualidad de poeta. Los literatos mediocres, cuya abundancia debería reprimir un gobierno inteligente con medidas severas, interpretaron esa reforma al revés. Se creyeron libertados de toda imposición razonable é inundaron las revistas de los cenáculos y los periódicos sin suerte con sus producciones efímeras. La paradoja del verso libre les ofuscó. Explotaron en rimas sin ideas ni forma, copiando en la apa-

riencia exterior el movimiento gallardo de los dos iniciadores. Ingénuamente se creyeron iguales á Lugones y á Darío, quienes al rebelarse contra los moldes añejos de la poesía no han hecho más que adaptarlos á sus propias modalidades. Han podido, tanto el autor de "Prosas Profanas", como el de "Las Montañas del Oro" realizar esa innovación porque los clásicos les son familiares y del conocimiento de la didáctica antigua les ha sido fácil deducir cosas nuevas. El arte es matemático y las obras perduran si su plan obedece á límites exactos y proporcionados. Los genios adivinan teoremas no concebidos que están dentro de las reglas comunes de los cálculos. Por esta razón, el padre Secchi sostiene que los problemas más trascendentales de matemática superior están contenidos en las cuatro operaciones aritméticas.

Y prosiguió:

—Ello significa, que la anarquía en arte como en política, conduce al desastre. Lo único sólido es lo organizado y fijo. Es decir, lo que está fuera de la ley está fuera de la lógica, de los principios eternos de armonía. Por eso soy demócrata.

El pensamiento expuesto por Leonardo Cruz desazonó á Ducet. En cambio su hermana, bajo cuyas manos las flores adquirían á los ojos de Leonardo la forma de ramilletes encantados sobre la tela distendida en el bastidor, sonreía suavemente. Relacionó la teoría de Cruz con el bordado y comprobó su exactitud con el cálculo de los puntos de seda dispuestos en combinaciones ingeniosas y geométricas para producir la impresión de una flor ó la perspectiva de un paisaje.

Pedro Domínguez podía transigir con las ideas de disciplina en el arte, pero le era difícil aceptar el principio democrático, pues en esto, estaba de acuerdo con el escultor Sandoz en quien un modernismo exagerado desalojara todo concepto favorable á la democracia.

Los dos combatieron á Leonardo. Domínguez exhibió los inconvenientes del sistema republicano, y después de citar algunos casos de la historia argentina, como lo hiciera frecuentemente en sus artículos, agredió al inofensivo M. Falliéres.

—Sólo la república, dijo, pudo llevar al gobierno á un hombre tan tosco y vulgar cuya cara de abogado de provincia aparece ahora junto á la efigie de los reyes y de los emperadores.

—Eso se llama razonar, contestó Leonardo. M. Falliéres, persona inteligente y honesta, no tiene derecho á un aspec-

to vulgar. Tal privilegio posee exclusivamente Leopoldo de Bélgica, con su barba de mercader de tapices y sus aventuras de estanciero americano en París. Es porque Leopoldo II desciende en línea recta de seis generaciones de Leopoldos, y su vulgaridad tiene por lo mismo el prestigio solemne de la tradición. Su vulgaridad es tan augusta como la estupidez del czar Nicolás, ante quien M. Rostand se arrodilló en una oda pomposa. Sin embargo, en el ministerio del czar domina el artesano Stoleupin y en el gabinete del pobre M. Falliéres se destaca Georges Clemenceau, cuya oratoria no teme los más peligrosos floretistas de Florencia. En ese gabinete figura Arístides Briand, socialista, que, apenas posesionado de la cartera de Instrucción Pública, condecoró á Huysmans, atormentado poeta de la iglesia y enemigo de todas las personas sensatas.

—Yo soy anarquista, afirmó Ismael. Desapruebo del mismo modo el estado monárquico y el régimen republicano, que es el mónstruo de la sociedad socialista.

—Conozco, repuso Cruz, un ejemplo de organización anarquista, si es que estas dos últimas palabras pueden ir juntas sin ofender el buen sentido de los hombres. No les hablo de los modelos propuestos por los filósofos de ese partido, que son ante todo imaginativos como los poetas y sus planes se basan en el aire. Me refiero á una colonia que se fundó hace años en el país y no duró mucho. Regida por un comunismo Kropotkiniano, resultó una demostración elocuente contra la doctrina. Se llamaba Ciudad Libre. Sus fundadores eran personas bien intencionadas y sinceras, pero era numerosos y constituyeron un pueblo con sus variedades características. Quisieron aislarse de la civilización exterior y vivir de sus propios productos. Cultivaron la tierra, sembraron trigo, criaron ganado. formando gremios y oficios. No tardaron en surgir dificultades económicas y sociales. Insensiblemente, los vecinos de Ciudad Libre se subdividieron en grupos, vinculándose por simpatías é inclinaciones. Trabajaban menos los más hábiles y disfrutaban meejor su trabajo que consistía en el aprovechamiento disimulado de las tareas ajenas. Ciudad Libre reprodujo los vicios de la sociedad burguesa sin ninguna de sus ventajas. Por fortuna los ácratas carecían del dinero necesario para abonar las cuotas de la amortización del campo y el ensayo de régimen anarquista concluyó en poder de una empresa alemana.

En cambio las colonias bien organizadas progresan. En ella trabajan en idéntica forma los vecinos, pagan un tanto para sostener escuelas y el administrador, capataz ó alcalde, representa la autoridad, la dirección, sin la cual la vida colectiva, es un sueño de enfermos ó una utopía risible.

La democracia es, por otra parte, un sistema que sólo por singulares enredos de sofismas, puede oponerse á la existencia honda y alta de los espíritus superiores. Por más tiranía que haya en Rusia, ella no impide el florecimiento de generaciones escogidas. Los cosacos no han impedido escribir á Tolstoi como los concejales socialistas y republicanos de Madrid no son obstáculo para que Don Ramón del Valle Inclán hilvane prosas arcáicas, y teja, en pauta monótona, perversidades graciosas.

Así habló Leonardo Cruz. Como siempre, cuando empezaba á hablar, procedía por discursos, si bien no omitía oportunidad para denigrar la oratoria. Y aquella tarde, el patio de la calle Arenales, se mostraba más propicio que nunca á la emisión de sus ideas. La figura de Elena, inclinada sobre el invariable bordado, excitaba la elocuencia, y el deseo de ser oportuno en la frase, revelábale que su amor naciente necesitaba vencer imaginarios rivales á fin de sentirse en algo paladín ante su dama. Mirábala frecuentemente en el intervalo de los períodos, un poco largos de la disertación, y fruncía las cejas interrogándola. Ella sonreía. Con gracia sencilla alizaba su cabellera, mientras el sol encendía las amapolas del bastidor.

Como si recordara una idea vaga, hizo un ademán brusco y prosiguió:

—Los artistas ganan con la democracia porque en ella la belleza se exalta y difunde. La teoría, no sé si original, es por lo menos exacta. Las obras de arte de otras épocas, permanecían enclaustradas en las galerías del Vaticano, en los templos, en las cámaras de los reyes y los palacios de los grandes señores. Los Ticianos del príncipe Borghese y las telas incomparables de Leonardo da Vinci que adornaban los retiros amorosos del Sforza, valen hoy más que antes. Es por qué hoy no pertenecen á Borghese ó á Sforza, sino al estado y son más admirables porque las admira un número infinitamente mayor de personas. Y lo que digo de la Gioconda, suave milagro de arte, lo digo de Madame Pompadour, de las mujeres de la Leyenda y de la Mitología. El pueblo al ilustrarse se hace sensible á la belleza y ésta aumenta á medida que se agranda el por ciento de los que saben gozarla. Hay lagos diminutos, vistos tan solo por los habitantes de las aldehuelas que bordean sus pequeñas riberas. En cambio, los mares, los ríos, en cuyas costas se multiplican las ciudades populosas, ofrecen el espectáculo de sus maravillas, á millones de hombres, que ven en sus aguas reflejarse los colores eternos del cielo, "igual y distinto", según el verso del poema heineano. ¿Qué es el lago desconocido en presencia de la belleza universal y terrible del Atlántico y

del Mediterráneo? Así las telas del prodigioso maestro florentino, las modas de Madame Recamier, Homero y Dante, Samain y Darío. La estrofa recitada en asamblea es más bella que dicha en el círculo íntimo de los selectos, porque su belleza mece gran número de almas y las satura con su perfume. De este modo, la poesía de estéril se convierte en fecunda y cumple con amplitud sus designios augustos.

Domínguez, poco dispuesto á ceder, exclamó:

—La democracia me disgusta, porque su objeto es igualar á todos los ciudadanos.

—Es un error contestó Cruz. Así aseguraban los agitadores liberales hasta el tiempo en que la república en su forma más elemental y escueta implicaba una hipótesis arriesgada. Impregnados de teorías francesas, los conductores de muchedumbres creían realizable el concepto primitivo de la libertad y de la justicia. Creían en el advenimiento total del bienestar humano y confiaban en una transformación milagrosa. Ahora se sabe que la democracia no es la igualdad. No se pretende eso. Se busca simplemente dar á todos los hombres los mismos derechos é imponerles deberes idénticos. El zapatero de la república bien gobernada, no es igual, desde luego, á D. Domingo Faustino Sarmiento, pero á ambos señala el estado obligaciones parecidas que las realizan según sus capacidades. Uno escribe libros y otro cavetea zapatos.

De esta manera, instruído el mayor número de gente en la administración de los negocios públicos, se llega á un orden de cosas agradable, en el cual la vida se desliza tranquila. La justicia, equilibrada por la ausencia de odios y parcialidades siniestras, cobra prestigio y hace venerables las leyes. La justicia, en pró de cuya reorganización quiso fundar un partido Roberto Payró, observada de este modo, contribuirá á solucionar muchos conflictos de carácter diverso. Y reformándose las leyes á medida que se vive, se llega á la democracia plena y armoniosa. ¿Se acuerdan de la frase del buen Edmundo de Amicis?: "Vd. no lo cree, sus hijos lo creerán, sus nietos lo verán", etc...

Los amigos de Cruz opusieron á sus razonamientos tenaces, muchos ejemplos contrarios. Finalmente, Sandoz afirmó que la democracia sería un ideal si fuese posible creer en la perfectibilidad de la especie.

—Creo en el aumento de la cultura general, contestó Cruz. Eso basta. No quiero confundirme con los que piensan y sienten á la moda. Por fortuna no soy intelectual Sé que antes los hombres de letras, los artistas, los pensadores simpatizaban con los movimientos populares. El grito multánime repercutía en sus almas como en una vasta bó-

veda: Víctor Hugo cantaba al progreso con su voz formidable y monstruosa, y los demás oraban con Pelletan ante el mundo en marcha. Al entusiasmo de entonces, que era excesivo, sucedió la era escéptica. Produjo filósofos de pensamientos elegantes, sabios sin médula ni jugo, y á la actividad anterior, sucedió una indiferencia musulmana, que degeneró en el pesimismo exagerado que profesan algunas personas.

—El pesimismo, querido Leonardo, dijo Ducet, es obra de los sabios y de los experimentalistas.

—No me lo explico, Ismael. El pesimismo se justificaba, en la época del templo del Jerusalem y durante los primeros siglos cristianos. Los profetas anunciaban en parábolas foscas como tormentas, la destrucción del mundo. Los discípulos del Rabí, judíos como él, propagaron la palabra iracunda de los profetas y comunicaron sus creencias á las generaciones sucesivas.

Ahora bien; convencida la humanidad de su fin próximo, resulta en efecto, inútil el esfuerzo é insoportable el angustioso transcurso de los días. En tal situación, el afán es vano, según dice la boca amarga del Eclesiastés y las horas se prolongan como centurias.

Mas, la creencia judía, difundida hasta el terror por la iglesia católica, se desvanece ahora ante los descubrimientos científicos. Berthelot no era pesimista y lo son por sistema los redactores de "La Croix". Es necesario, sin embargo, hacer justicia á los judíos: la sabiduría hebráica inaugura con la venida de Mesías el reino paradisíaco de la dicha, reino humano y terrestre.

En una palabra, hasta que el planeta sea destruído, pasarán muchas eternidades y los hombres de hoy constituirán un vestigio fabuloso de barbaries lacustres. La Atlántida reaparecerá mil veces, los océanos se cubrirán de ciudades y las rocas de las montañas se convertirán en jardines magníficos. Los pesimistas deben ser aislados. Es la enfermedad de los espíritus lánguidos. Conspiran contra la patria y perjudican á la humanidad (1).

---

(1) Como se vé, Leonardo Cruz coincide con el profesor Max Nordau en su apreciación sobre los pesimistas. No conoce al Sr. Nordau sino por sus novelas, pero nada más sencillo que coincidir en materia filosófica. El autor de "La psicología del genio y del talento" quiere enviar á un hospital á los pesimistas. Leonardo Cruz, que razona como un simple ciudadano, desearía llevarlos á la Isla de los Estados. De todos modos, el punto es muy grave y el hecho de que un antropólogo piense del mismo modo que un ciudadano no implica la posibilidad de solucionarlo en la práctica. El pesimismo es la forma neurasténica del pensamiento, ¿quién podría suprimir la neurastenia?... Pero, ¿tienen derecho los neurasténicos á sostener que todos padecen sus fobias?

Cuando Leonardo Cruz hubo terminado su peroración, se pasó la mano por la frente; un soplo de viento le refrescó devolviéndole su mesura habitual. Sus amigos se levantaron y Cruz empezó á caminar por el patio en silencio. Sentía el vigor de sus músculos y el calor de su sangre; al fijarse en el sol que doraba los árboles apacibles, oyó la voz de Elena cuyo timbre asoció al espectáculo solemne de la naturaleza. Y con el poeta de Sión, pensó: "La mujer es la columna sagrada del universo, y el ritmo de sus caderas sostiene el mundo en el infinito de Dios."

Sin saber por qué, su alma se llenó de melancolía.

ALBERTO GERCHUNOFF.

EL ARTISTA

(De Oscar Wilde)

A Lugones.

Vino á su alma una tarde
El ardiente deseo de modelar una imagen:
Una imagen impura
Del *Placer que no dura*
Sino un breve momento.
Y por el mundo él entonce
Salió en busca de bronce, pues pensar sólo en bronce
Era todo su anhelo.
Mas el bronce en el mundo
Desaparecido había
Y el de la imagen sacra del *Dolor que sí dura*
Y dura para siempre, sólo hallar se podía.
Y esta imagen que él mismo
Modeló con sus manos
Colocóla piadoso
En la tumba querida
Del amor de su vida,
Como signo viviente del amor de los hombres
Del amor que perdura,
Como símbolo intenso del dolor de los hombres,
Del *Dolor que sí dura*
Y dura para siempre. Mas en el mundo entero
No se hallaba ya entonce
Otro bronce que el de esta santa imagen de bronce.
Y esta imágen que él mismo modelado la había
Con sus manos, á las llamas un día
Entrególa en el fondo de una enorme caldera.
Y del bronce sagrado de esa santa escultura
Del *Dolor que sí dura,*
Y dura para siempre, que es eterno tormento,
Modeló la figura
Del *Placer que no dura sino un breve momento.*

SAMUEL LÓPEZ G.

Bogotá.

OPINIONES DE UN SANJUANINO

SOBRE

ANATOLE FRANCE

á Martín Aldao.

Señor Director de NOSOTROS:

En esta ciudad de Chiniquita, en los confines de la provincia de San Juan, las obras literarias europeas, y especialmente las producciones de Anatole France, gozan de general popularidad.

Desde muy joven, me fué dado apreciar los placeres sutiles que proporciona el cultivo de las letras. Quizá por un exceso de celo y también algo de vanidad, mi padre trajo de Buenos Aires á este rincón perdido, un profesor francés que me proporcionó esmeradísima enseñanza. En consecuencia fuí á poco andar el niño más aventajado del pueblo, lo cual dió á mi querido padre no poca satisfacción. Mi profesor se empeñó en darme á conocer el carácter francés y la literatura de ese país. Todo esto, señor director, para convencerle á usted que he leído á Anatole France y recibido sobre él y sus obras, suficientes explicaciones para tratar el tema.

A mi juicio este es el autor que sintetiza con más precisión en la actualidad el temperamento francés moderno, tal cual lo ha forjado paulatinamente la civilización.

Fué para mí un placer, pasar de la lectura de sus obras, á la lectura entre líneas: tarea por medio de la cual, se advierte claramente el carácter de un autor y que en el presente caso suministra la clave de la obra y la explicación de su esencia.

A veces en las largas horas del campo, después de las faenas rurales, leía á mi padre algunos cuentos de Anatole France, y él por lo general no los entendía: me encontraba pues en presencia de dos espíritus totalmente incompene-

trables. Las ironías excedían el alcance de su espíritu. Cuando yo se las explicaba, no acertaba á comprender por qué ese francés no decía directamente las cosas con vigor y con altura cuando las pensaba, y siempre terminaba nuestras noches de lectura y mis vanos razonamientos, con un negativo meneo de la cabeza y la afirmación hecha con su poderosa voz, que "Sarmiento era hombre mucho más valioso que ese francés afeminado."

Y el contraste de esas dos naturalezas surgía con más precisión cuando mi padre se entusiasmaba, lo cual ocurría con frecuencia pues era un coloso de dos metros de alto, ancho de espaldas y de franco hablar.

—"Mirá aquella pampa grandiosa, decía él, ese mar inmenso que se confunde con el cielo, libre, llano, sin una casa; sin nada que limite la mirada. En su vida, tu francés ha conocido ó soñado tan incomparable visión. Es orgullo ser hijo y dueño de esta tierra, ¡el francés que sabe de ello! Escríbele, dile que venga á curar sus nervios, aquí gozará de cielo azul, y vida franca; conocerá sentimientos sinceros y la nobleza de nuestros pobres paisanos; le daremos un potro para que sepa lo que son fuerzas naturales, y sobre todo le engordaremos, porque creeme, mi hijo, un hombre que escribe así, es hombre débil y mal comido. Me dices que es poeta, lo llevaremos en las noches de luna á que contemple el espectáculo único, la unión estrellada de dos grandezas infinitas; aspirará en medio de esa admirable pampa solitaria, grandiosa y tranquila, el aire puro que lo abrazará fuerte y cariñosamente. Dile á tu francés que éste es un país de hombres y que volverá á su patria con músculos y miras amplias. En todos los cuentos que de él me lees, los franceses podrían ser mujeres. Los hay engañados y carecen de sangre para protestar. Los hay abofeteados y responden con tarjetas; para mí, la dignidad allá consiste en gestos; los hay que se casan, y nunca es por amor". Y mi padre seguía incansable en sus quejas contra el escritor francés.

Ante esos ataques dirijidos al carácter de Anatole France, ocurrióseme indagar cual fuera la génesis y la evolución de su estilo y la influencia de su temperamento al proyectarlo sobre éste. Estas líneas, señor director, no tienen otro objeto que el exponer el resultado de mis inquisiciones.

La infancia de Anatole France transcurrió en el ambiente apacible de la librería paterna. Adquirió quietud física y amó la inmobilidad. Leyó mucho. Observó. Descubrió mentiras y en un principio no les atribuyó importancia, pero luego opinó que eran lo único real. Escribió y su prosa gustó: era burlona, suave y pulida.

Abundan quienes afirman que á Anatole France le ins-

pira el mundo sincera y absoluta indiferencia; creo que este concepto encierra un error. Ha demostrado sobradamente el interés que toma por las cosas humanas, con la publicación incesante de nuevas obras. Todas son críticas y atacan por medio del ridículo; y al través de ellas circula una especie de sonrisa de apariencia benévola, pero córrase el velo y surgen perversidades ingénitas, despiadadas, inútiles. Su estilo de elegante hastiado, comunica á los lectores ingénuos la impresión que lo ha meditado, conocido, comprendido, alcanzado y agotado todo, instalado en una nube, desde la cual con un impertinente, juzga á los hombres con sonrisa desdeñosa.

Incomparable artista, cinceló sus pensamientos cual finas joyas, pero nada creó; le falta temperamento susceptible de abrazar uno que otro ideal. Su estilo peculiar constituye pues, un engarce artístico apropiado á la medida de su talento, y digno de sus producciones esencialmente estéticas y críticas.

Por lo que respecta á sus modalidades íntimas, considero que nada las revela con más claridad y precisión que el tipo del francés, tal cual lo ha pintado en sus obras; pues si los rasgos señalados son defectos, él padece de los mismos males, siendo un exponente típico aunque superior de la civilización contemporánea

Visto á través de Anatole France, el francés es prudente, espiritual, burlón, discutidor y débil. Por respeto al prójimo ha tomado la costumbre de usar guantes. Vive con ellos. Carece de coraje para imponerse ó hacerse temer. Es como las mujeres, cortés y amable y se asemeja al hombre de la época de Enrique III. Ha perdido todo gesto instintivo y se vanagloria de ello; la civilización le ha impuesto miles de frenos que paulatinamente se han incorporado al carácter de la raza. Ha perdido el poder de reacción; el gesto convencional reemplaza al gesto natural. Es indudable que la mujer francesa dominante, viva, insinuante, sensual y libre de prejuicios morales, ha contribuído á esa evolución y provocado las pequeñas amabilidades, las obsequiosidades, en una palabra, la dulzura masculina. Esa dulzura se hizo carne, y hoy si el hombre requiere demostrar carácter, no lo puede ya: su sonrisa usual no se lo permite, es salir de su registro, sus notas son agudas. Llora, gime, se indigna, hace el coqueto, perdona y obra como mujer; y confirman esta opinión el teatro moderno parisiense y la literatura contemporánea, dos fieles reflejos de los sentimientos de la época. La mujer no ha podido desalojar al hombre, pero lentamente le ha infiltrado sus modalidades, sus "gentillesses", su sensibilidad y su temperamento. La dulzura le ha quitado el amor á la lucha y la energía. Ante todo, suavidad!

Sus compatriotas no le guardaron rencor, aceptaron sus burlas, supieron vivir con ellas y ensalzaron el sortilegio seductor de su prosa.

Con el correr de los años, sus lectores le creyeron llegado al más allá del ingenio humano, y comparándolo con ellos era natural que así pensaran, pero él, él bien sentía la distancia que mediaba entre la obra realizada y la ambicionada, entre sus capacidades y sus aspiraciones, y del reconocimiento de su insuficiencia nació la amargura y la perversidad vengativa de su estilo. Por otra parte, no tardó en advertir que los homenajes incondicionales tributados por sus innumerables admiradores encerraban incondicional incomprensión. Los despreció. Supo en sus obras exteriorizar la sensibilidad que llenaba su alma en la misma forma calmosa y contenida con que un herido valiente y orgulloso se deja amputar un miembro, sin proferir un grito, pero estirando los nervios en tensión suprema, pero clavando hondamente las uñas en la palma de las manos, pero mordiéndose los labios hasta despedazarlos y sangrar.

Hoy sinembargo, el silencio ha cesado, la impasibilidad ha cedido, se van oyendo dolorosos gemidos y bajo los girones de la careta se traslucen los rasgos de su verdadera fisonomía moral, escondida, como también lo fuera el retrato de Dorian Gray.

Esto deja presumir que él no abriga ya esperanzas de alcanzar las satisfacciones que persiguiera. El estilo de sus últimas obras es el de un desesperado que calumnia la vida por no haber recibido todo lo que de élla esperaba. Sus ayes se leen entre líneas; deleitan á los enfermizos y chocan á los espíritus sanos.

La causa del antagonismo de mi padre quedaba, pues, definida con toda claridad; bastaba para ello haber comparado la robusta salud de "carácter" del ser primitivo con la sensibilidad mórbida y demás deficiencias fisiológicas del ser afinado y excesivamente civilizado. Y siguiendo esa corriente imaginativa, resulta interesante en verdad figurarse en presencia uno de otro, esos dos productos coexistentes que la civilización bien pudiera señalar como dos polos de la evolución humana y como expresiones simbólicas de dos generaciones francesas entre las cuales han goteado lentamente veinte siglos: en un extremo—mi padre—fiel imagen del antiguo "Gaulois", hombre primitivo, sencillo, franco, noble y enérgico; en el otro, Anatole France, espíritu del día, pensativo, complejo, vanidoso, lleno de dudas dolorosas, débil y triste.

¿Se hallará unida la evolución superior intelectual á la degeneración fisiológica?

Dejo al inteligente lector la dilucidación de este punto y saludo atentamente al señor director, agradeciéndole su indulgente acogida.

A ruego del Sanjuanino:

ROBERTO LEVILLIER.

CRONICA DE ARTE

«La Doute»

La autoridad comunal acaba de adquirir en París, una verdadera obra de arte titulada "La Doute", escultura destinada para adorno de nuestros jardines y al embellecimiento edilicio. Se prosigue así, un programa trazado ya en administraciones pasadas, revelador de nuevos gustos y tendencias, estímulo de artistas y notable coeficiente de la cultura general.

El autor Henry Cordier, es ventajosamente conocido en París, centro del arte y teatro de las glorificaciones universales. Representa el grupo una labor de seis años y ha sido acreedor á figurar en el Salón, con votos para el "prix", que no le fué adjudicado precisamente en el goce del gran triunfo, cuando todo se conmovía bajo "l'affaire" del momento, y la opinión se cristalizaba ante pasiones enardecedoras. Pues bien, Mr. Cordier alcanzó conjuntamente con el éxito en un concurso de notabilidades, el más crítico rechazo por sus ideas. Sugirió la consagración de principios antireligiosos, que alarmaron por curiosa analogía á un gobierno, ilógicamente opositor á la permanencia de las congregaciones religiosas.

"Escéptico y creyente", pudiera así denominarse á las dos figuras. La posición sedentaria parece á no dudarlo, la forma más adecuada; debe haber sido producto de una curiosa evolución de bocetos y que caracteriza nítidamente la expresión última del artista. No es creible haya preocupado al elegante cincelador, esta forma de exhibición, puesto que es la verdaderamente natural, sugerente de una calmosa discusión mantenida friamente y con el dominio ejercido por el primer personaje sobre el segundo. Es razón también la absorción

total del pensamiento que culmina sobre la forma externa, reveladora de una atracción particular de catecúmeno, al maestro que lo confunde. En el conjunto hay tanta inspiración como en el detalle. Una frente pensadora y un ceño arrugado, he aquí la gran síntesis! Toda la observación se reconcentra especialmente en la sonrisa sarcástica del filósofo y en la cara de preocupación del neófito evangélico. El fondo del asunto supera todas las formas, como he dicho, y sería difícil encontrar un entendido que se detuviese á explicar un rasgo cualquiera sin que inmediatamente orientara su opinión en el principio inspirador y el soplo de vida que anima al grupo.

Se me ocurre que en la figura de Voltaire el autor no ha querido ni remotamente inmortalizar la personalidad del célebre escritor, ha traducido más bien un símbolo—por cierto bien elegido—de una escuela que pretende revivir, como encarnación de la "duda" no desvanecida. Es magnífica la concepción artística en ese modelado de serenidad semi sonriente con la ironía en los labios finos, y el ademán franco del brazo derecho, en el cuerpo perfilado.

Dá la sensación de un aplastador interrogante que después de haber invitado á hablar, no origina siquiera el balbuceo en una contestación apropiada. Así Voltaire ha dejado de ser un ser humano para convertirse en un símbolo contemplativo.

La otra es creación no menos brillante.El mutismo ha sido exteriorizado con el golpe de remate de ejecución superior. Es una fisonomía que revela la impotencia y el agudo dolor de la negación, ó más bien la excitación aguda del creyente con fe inmensa, imposible de desarraigar, bebida con entusiasmo en las páginas admirables de la Biblia, y que yace á su izquierda abierta en el Nuevo Testamento. Ha sido consultada, tenida como el argumento definitivo y como el más puro y sincero credo de la maravillosa historia del mundo. El celo religioso se resiste á aceptar la tesis del moralista, pero el pálido adolescente no suficientemente instruido para esta polémica de gigantes, en desigual combate de contendores, enmudece bajo el peso del razonamiento refinadamente sutil de su adversario.

Para Mr. Cordier no hay más que la cuestión religiosa; ha puesto á contribución de su pensamiento todo su vigor artístico y magistral, determinante de uno de los más graves problemas que preocupan á la Francia. Ha intentado destruir el sentimiento religioso, saludando en el comentarista bíblico al reformador del siglo XVIII, conforme con un Dios y con la inmortalidad del alma en tanto significan una sanción del orden público. Combate la religión católica porque opina ha sido valla al progreso. Apostoliza la tolerancia al amparo de la palabra "humanidad", preconizada por Voltaire.

el primer carácter del ser pensante. Su volterianismo es de combate y como escultor ha buscado una manera bella, un ideal plástico. La estatua como manifestación de arte, goza todas las franquicias del libro ó del panfleto, abre las puertas y enseña con caracteres indelebles; así la pintura y la música, hermanas en los supremos goces del espíritu, se identifican y propagan influencia incontrarrestable.

El marmol de H. Cordier, viene preparado al efecto. Felizmente para nuestros gustos carece de la rigidez de la estatuaria egipcia, sólo explicada por la inmovilidad de los edificios para que era destinada. No busca siquiera las perfecciones de Policleto eternizadas en el Doríforo, la representación plástica de las proporciones humanas, modelo que hizo de su creador un rival de Fidias, según los antiguos. Todo lo contrario, es obra de una índole esencialmente moderna, particularmente audaz en su concepción.

Sugiere la obra, con la duda el misterio, lo incognoscible, pero está llena de vida y de movimiento. Hay comprensión de ideal, una emoción íntima para el que profundiza. Vése en la maravillosa debilidad del blanco mármol de grano fino, tanta magestad como gracia.

Es la imagen de un yo caviloso, el impulso de una genialidad rara, así como de una fuerte complexión cerebral. Es el ariete de la leyenda, el seudo-sabio pertinaz á fuer de fracasado que brega por desalojar la fe y las prácticas religiosas del corazón de los hombres. Se le antoja torturar una imaginación bondadosa y ahondar la vida del ser, deteniéndole en el camino del más allá. Reduce á la frialdad del marmol el temperamento ardiente del soldado de una religión inculcada en la cuna y solicitada en el lecho de la muerte á despecho de profanas y sacrílegas declaraciones participadas en la edad de todas las fuerzas.

El rasgo irónico de Voltaire obtenido con don extraordinario en el estiramiento de la comisura de los labios no es consuelo, ni es acariciadora su mirada penetrante. El buril de Cordier ha sido mágico para personalizar tanto orgullo, la idea de su perioridad avasallando la aparente modestia del filósofo. Realmente inspirado es acreedor al aplauso. Es tan fácil anticipar un juicio sobre el móvil de la ejecución, que basta decir que copia en todas sus partes la cabeza y el gesto facial de Houdon en su célebre Voltaire del Teatro Francés en Paris. No pues, Mr. Cordier da más importancia al fondo que á la forma. Lo que le pertenece en originalidad completa es la figura del religioso. En su finalidad alcanza con ella otro elemento de belleza: la "expresión",. El artista de suficiente sensibilidad, ha resumido infinitas ideas en un haz que las comprende á todas y que iguala en potencia á una exac-

ta impresión concreta ó como dice Jouffroy "lo invisible manifestado por lo visible".

Sin embargo á pesar de reunir tan brillantes calidades, esta obra está animada por un espíritu de engaño,porque no es la representación de algo verdadero, aunque persiga este propósito. Es que apetece la influencia del cartesianismo ó sea el proceso de la verdad á base de un despojo de tradición, resultando así concepción limitada, en tanto sólo compulsa un momento de la vida de Voltaire, tan sentida por el tallista, que evidencia aquí el secreto del natural.

Las ideas religiosas y su fuente bíblica han revivido y sobrepasado en altura las prédicas del célebre paniaguado del rey Federico II. Este mármol pareciera significar más bien un triunfo definitivo y hay en ello profundo error! Dentro de la lógica, la "duda" es la suspensión del juicio por la coexistencia de razones equivalentes y se opone á la "certeza", que es caracter subjetivo propio de la ciencia. Así mismo la ciencia tiene su caracter objetivo, la "verdad" opuesta á la ignorancia ó al error. De modo pues, que el artífice saca un exajerado partido de Voltaire, en quien vislumbra la antorcha del universo, olvidando que independientemente de la ciencia hay dos estados del espíritu relacionados con la verdad y son la "opinión" y la "fe" y es bien sabido que la religión tiene todos sus cimientos en esta última...

Después de lo expuesto, para concluir este breve apunte, procede formular una pregunta, y ella no ha de tener más alcance que conocer el sitio de ubicación para este monumento escultural.

En mi modesta opinión, dado el caracter eminentemente intelectual de la obra, no puede figurar en una plaza ó calle pública. Desde ya es fácil predecir, que será un nuevo refugio ó acicate para tribuna de los protestantes del orden social, hoy cómodamente instalados en los escalones de las estatuas de Garibaldi y de Mazzini. Enamorado del bello trabajo debido á este primoroso cincel, y al que valoro con todo el calor del entusiasmo, en obsequio al arte mismo y de los técnicos que se perfeccionarán, es que propongo el gran "hall" del teatro Colón ó uno de los mejores parajes del Jardín Botánico, donde su valor estético será admirado por los aficionados, sin la muchedumbre sectaria de las grandes manifestaciones partidistas.

JUAN DE GRIJALBA.

SONETOS

La Agonia

Sobre la blanca almohada descansa la cabeza
Tranquilamente inerme, y parece la almohada
Como un nimbo envolviendo la cabellera espesa.
Al cielo ven los ojos con ambigua mirada,

Y su boca, que en una primavera rosada
Fué toda purpurina como una fresca fresa,
Hoy parece nostálgica de la risa pasada
Y con el alma enferma lánguidamente reza.

Su carne que agoniza bajo el mustio marasmo
Es virginal y pura: no conoce el espasmo
Sensual, y por eso florece la esperanza

De que su alma angélica será por Dios ungida
Para el divino limbo de la eterna bonanza
Que le reserva en gracia más allá de la vida...

Dreamland

El jardín desfallece saturado en la honda
Angustia sameniana del enfermo crepúsculo,
Y aumentando la triste languidez de la fronda
En las cosas hay como la fatiga de un músculo.

El otoño ha ausentado con sus horas cruentas
La armonía poética de cromos y de trinos,
Y al impulso del viento, las hojas macilentas
Vuelan desorientadas como rotos destinos.

...Sobre un banco olvidado bajo la fronda mustia
Medita una clorótica enlutada, la angustia
De su vivir, y en tanto su corazón herido

Sangra con el hastío de los dolores viejos
Azorados sus ojos se han fijado muy lejos,
Como viendo el encanto de su dreamland perdido.

La aldea

Bajo el azul oscuro con que se viste el cielo
Se aduerme silenciosa la virtud aldeana,
Y las casitas blancas, perdidas sobre el suelo,
Bañadas por las luces de la luna lejana

Parecen cual palomas que han sentado su vuelo.
La tranquila floresta sus aromas emana,
Y flota por el ámbito ese nocturno velo
Que anestesia en las almas toda miseria humana.

Entre la fronda el viento deja oir su lamento
Cual si llorara quejas de algún remordimiento
A las estrellas, cándidas como los alabastros.

Bajo un vasto bostezo la noche pensativa,
Se extiende y en el cielo, como en expectativa,
Parecen unos viejos filósofos los astros.

La voz del viento

Un espeso silencio bajo la noche pesa
En las cosas veladas por sombras de Nirvana,
Y flota ubícuamente yo no sé qué inexpresa
Dolencia de una triste desolación humana.

Como en una pictórica fantasía la luna
Difunde su caricia de luz y eucaristía,
Que se filtra en mi alma, como para que se una
Su nostálgia de huérfana con mi melancolía.

Ocultos, como hablando desde algún infinito
En las sombras, los buhos han lanzado su grito.
Y expresando quién sabe qué delirios de amor

Dos nombres hay grabados en un añoso tronco,
Que al pasar roza el viento, con gemir casi bronco
Pregonando fatídico su amargo nevermor.

Nerio A. Rojas.

ESTADO ACTUAL DE LA LITERATURA EN VENEZUELA

La primera parte de esta reseña fué publicada en 1902 en la "Revue des Revues". Su estrechez, forzosa por cuanto debía reducirse á dar una idea general del estado de nuestra literatura, para aquella data, á un público extranjero, la acerca más á sumario ó índice de libros y de autores que á juicio crítico, pretensión que, por otra parte, no tuve al escribir tales páginas.

De 1902 á la fecha habría que agregar nombres nuevos, aunque sea con el único objeto de parecer equitativo con profesionales de la pluma, recién llegados á la publicidad, pero de innegable mérito. Sobre que en 1908 no conservaría el carácter de actualidad ese bosquejo si no mencionase la evolución del pensamiento nacional desde 1902 hasta hoy.

Entre lo más jugoso de esta cosecha de seis años cuéntanse acaso las obras de relación, análisis, y crítica histórica. La proximidad de 1910, centenario del movimiento de independencia, ha sembrado en los espíritus granos de curiosidad y de amor hacia hombres y cosas de la revolución libertadora.

No vacilo en colocar al frente de esos estudios, de índole diversa, según el temperamento de cada autor, y de más ó menor aliento, la obra casi desconocida en América, sin excluir á Venezuela, del doctor José Ladislao Andara, titulada "La Colonia". Esta obra, publicada en Curazao (á punto fijo olvidé cuando), es el primer volumen de una serie que prepara el autor, según anuncia, sobre nuestros orígenes y establecimiento político. El doctor Andara no es literato, de lo cual se

Del libro aparecido recientemente *Letras y Letrados de América*, reproducimos este brillante estudio de Rufino Blanco Fombona, el crítico reputado en toda América, sobre la literatura venezolana de la hora presente. Importante para nosotros por las noticias que trae sobre las cosas, los hombres y los libros de allá. Este artículo es además característico y digno de leerse por el independiente y valiente criterio con que todo lo juzga su autor, sin la mezquina preocupación de captarse simpatías y rodearse de popularidad mediante inmerecidos elogios. – N. DE LA D.

resiente su obra, escrita en una prosa pedestre y claudicante; pero es hombre de pensamiento claro, y estudia ese volumen, con cifras y datos precisos, el estado social de Venezuela en el período colonial que precedió á 1810.

La obra en donde el doctor Gil Fortoul refiere la "Historia Constitucional de Venezuela" es preciosa, por la constante ecuanimidad del pensamiento que la preside, y la sencilla pulcritud de lenguaje que la avalora, facilitando su lectura.

Si bien el que estas líneas traza no esté de acuerdo con muchas de las conclusiones del autor ni apruebe la muy somera ojeada por controvertidos pasos de nuestra historia, como el de la convención de Ocaña—que toca á Venezuela como parte integrante de la Gran Colombia—y que costó caro á Bolivar; como el de la guerra á muerte, por donde sacrificó Venezuela hasta la tercera parte de su población; aunque no pueda menos de censurar las suposiciones de Fortoul sobre la genealogía del Libertador—aventuradas por cuanto no las apoya en documentos;—aunque impruebe su demasiada diplomática lenidad para con algunos de los nacionalistas de la Gran Colombia, aplaudo la obra por el esfuerzo que representa. Pero quiero dejar constancia de que nadie, entre nosotros, tan largamente ha disfrutado de las libertades de la Patria como el doctor Gil Fortoul; y de cómo, merced á esas liberalidades, ninguno estuvo nunca en más propicias circunstancias para trabajo de índole semejante. En efecto, el doctor Gil Fortoul, ya sea en calidad de Cónsul, ó como Secretario de Legación y hasta de Encargado de Negocios, vive de tiempo atrás en Europa, en holganza y acomodo, á su amor egoista ó discretamente alejado de luchas partidarias, con la facilidad de registrar archivos y arrancar su secreto á vetustos documentos.

El doctor Gil Fortoul y el señor Hipólito Acosta, jefe de la policía de Caracas, son los únicos venezolanos que han permanecido en servicio de la nación, y á despecho de los más frecuentes y opuestos cambiamentos políticos, desde hace más de veinte años. Han tenido la fortuna ambos servidores—fortuna rara en todas partes y sobre todo en Venezuela—de merecer la confianza de cuanto gobierno se ha instalado en el Capitolio: desde Guzmán Blanco hasta Castro, pasando por Hermógenes López, Rojas Paúl, Andueza Palacio, los Villegas, Crespo y Andrade. Para ser absolutamente verídico diré que la patria se privó un período de tiempo de los servicios policiales de Hipólito Acosta: por los años cuando Rojas Paúl reaccionó contra la política y los hombres de Guzmán, lo mismo que durante la administración de Andueza, sucesor de Rojas Paúl. Luego vino Crespo á la presidencia; y Tosta García nombrado gobernador de Caracas, repuso en sus funciones al muy útil ciudadano Acosta. Más afortunado, Gil Fortoul

ha sido á veces reducido en categoría oficial, pero nunca alejado brutalmente del presupuesto. Cuando en tiempo del infeliz Andrade pudo Calcaño Mathieu, aquel borracho nauseabundo, deshonrar el Ministerio de Relaciones Exteriores, ejerciéndolo, Gil Fortoul, á quien Calcaño no podía ver ni en pintura, fué separado del servicio. Pero Gil corrió á Caracas. Poco después, el gobierno le acordaba una pensión—creo q' de 2000 bolívares mensuales—para escribir la "Historia Constitucional de Venezuela", que ya estaba escrita. Ha sido el peor tiempo para el doctor Gil Fortoul, ese, cuando el sollastre de Calcaño Mathieu le redujo á vivir en Caracas unos meses, y con sólo dos mil bolívares mensuales.

Celebremos, pues, con alborozo que el doctor Gil Fortoul haya vivido toda su vida en Europa y que consintiera en llevar su desprendimiento patriótico hasta servir interrumpidamente á los gobiernos liberales, á pesar de sus convicciones conservadoras. Celebremos que el gobierno de Andrade, primero hubiese pensionado al doctor Gil para que redactara la "Historia Constitucional", y que luego el gobierno de Castro le haya proporcionado los medios de concluirla y publicarla. Celebrémoslo, porque el doctor Gil Fortoul es digno de la mano que se le tiende; porque los gobiernos de Venezuela, tan esquivos y canallas á menudo con los pensadores y artistas nacionales, encariñándose con uno de ellos, y favoreciéndole, merecen bien hasta de aquellos mismos que posponen y olvidan. Este medio simbólico de coronar el pensamiento nacional en una sola cabeza no debiera, en justicia, dar asidero á censuras. Es muy hermoso... sobre todo para el beneficiado. Los reparos deben oponerse, más bien, á la manera cómo el hombre representativo del pensamiento nacional, favorecido por la patria, ha usado de las liberalidades oficiales, si en concepto de la imparcialidad—ó siquiera de la mayoría—no corresponde á las esperanzas que en él se fundaron. Desde luego yo creo que el doctor Gil Fortoul merece las distinciones de la República. Su obra es la prueba: libro hermosísimo, escrito con talento innegable. El autor ha aprovechado la copia de documentos que otros ingenios, patrios y extranjeros, como Blanco, Azpurúa y O'Leary han acumulado. Se argüirá que para eso no necesitaba Fortoul el haber salido de Venezuela; y al que arguya de tal suerte, le asistirá razón. Es lástima, en efecto, que el doctor Gil Fortoul, con las facilidades de tiempo, dinero y posición oficial de que disponía, no haya practicado búsquedas de valer, ni compulsado legajos preciosísimos, en los archivos europeos, según lo han hecho otros venezolanos menos favorecidos por la fortuna, como el señor Carlos Villanueva. En los archivos europeos existe, en mucha parte, nuestra historia por escribir. El doctor Gil Fortoul se ha reducido á seguir los viejos procedimientos his-

tóricos, auxiliándose de vez en cuando, es cierto, con documentos preciosos que algún amigo, como el propio Villanueva, le ha facilitado generosamente. De todas suertes, la obra del doctor Gil Fortoul es meritísima. Por desgracia tiene que suscitar comparación con la de Baralt. Pero aun sufriendo esa comparación, no nada cómoda, la obra del doctor Gil Fortoul sale airosa. La sola fecha de su publicación es un triunfo. Gil Fortoul podía disponer hoy de elementos de que Baralt, en su época, no disponía. Por eso la obra del doctor Gil es, al presente, y á pesar de sus deficiencias, la historia general de Venezuela más completa, más atractiva y más digna de leerse. El silencio sepulcral que la ha acogido en Venezuela, es injusticia manifiesta; y yo me complazco en expresarlo á voz en cuello.

La más brillante, aunque no la más profunda, de estas recientes incursiones en el bosque tupido y sonoro de nuestra patria historia, es la del Dr. Eloy G. González. Se titula ese libro: "Al margen de la Epopeya", con nombre inspirado, probablemente, en el título de un volumen de Jules Lemaitre: "En marge des vieux livres"; ó más bien en el título de una reciente obra del barón de Maricourt: "En marge de notre histoire". Es un bello alarde de talento narrativo. El sentimiento que presidió á la creación de la obra se interpreta por estas palabras del Prólogo, que escribe González: "En el desfile de la turba humana hacia la verdad, hacia la realidad áspera y fatal, la retaguardia, próxima á la penumbra de la selva ancestral, ama lo maravilloso y lo fantástico con tan hondo amor y tan tenaz ceguedad, que, al conocer algunos capítulos de este libro, los hombres de tradición, formados en la leyenda y encariñados con la conseja, han llegado hasta negar el testimonio escrito de los sucesos".

Obra de amenísima lectura, en cuyas páginas resuena como una música la prosa tribunicia de su autor, "Al margen de la Epopeya", libro de divulgación, en donde no faltan claros análisis de caractéres y de acciones, se parece á una serie de vastos frescos murales donde se mira, en la apostura que mejor les particulariza, á veces, y á veces en los tejemanejes de la política, á los grandes héroes de la Ilíada nacional. Será siempre, en su género, una de las obras solicitadas y que más merezcan leerse. "Dentro de la Cosiata" es otro volumen histórico de González donde pinta á Páez en las pequeñas dimensiones que tenía como hombre de estado.

No hubiera dejado para el penúltimo de esta lista el nombre del Dr. P. M. Arcaya, á no ser que este comentador, más que historiógrafo, no ha querido recoger sus comentarios en libro. Pero son de tanta entidad las páginas históricas del Dr. Arcaya, y tanta resonancia alcanza entre los conocedores, que silenciar el nombre de este pensador sería imposible

Sus estudios comparados de las lenguas indígenas de Venezuela, merecen el mayor aplauso. Yo lo aplaudo, si bien con la justísima desconfianza de que mi aplauso no lisonjée el autor, ni incline el público á la lectura de la obra lingüística de Arcaya, por cuanto yo carezco en absoluto de nociones en la materia. Así, mi aplauso es más bien de gratitud, por lo que en ese orden de conocimientos el Dr. Arcaya me ha enseñado. Puedo apreciarlo acaso mejor en su análisis de los prohombres de la independencia, semejantes en cierto modo al que hizo Taine de Napoleón.

Su exámen de la psicosis de Bolivar, aunque de vieja data, conviene recordarse como uno de los más intensos chorros de luz que hayan sido proyectados sobre el libertador. Su reciente estudio respecto de Páez, inserto en "El Cojo Ilustrado", correspondiente á 1° de Enero de 1908, es magnífico de observaciones sociológicas y psicológicas.

Arcaya es uno de los pensadores más eminentes y acondicionados que haya producido hasta ahora, no sólo nuestro país, sino la América española.

La postrera, por orden cronológico, de las obras históricas nacionales, es la que publica el Dr. Angel César Rivas con el título de "La segunda misión á España de don Fermín Toro": libro claro, sobrio, excelente. Gracias á la obra del Dr. Rivas, admiramos al patricio eminentísimo debatiéndose entre el desorden nacional y la intransigencia española, en uno de los más críticos y menguados momentos por que atravesó nuestro país. El medio político venezolano de la época (1859 1861) lo mismo que las ideas y figuras predominantes á la sazón en los centros dirigentes de Madrid, constituyen el fondo del cuadro en donde se destaca la prócera figura del admirable don Fermín Toro.

El nombre de ese orador y diplomático, famoso en nuestros anales, me trae á las puntas de la pluma el de un nieto suyo, Dr. Elías Toro, autor de recientes obras, una de sociología, y otra, muy interesante, de exploración: "Por las selvas de Guayana". A esta literatura científica, es necesario adscribir los nombres, durante los últimos seis años—del doctor Francisco Risquez, médico; del doctor José Santiago Rodríguez, criminalista; de don Manuel Clemente Urbaneja, que acaba de morir, decano y maestro del foro nacional; de Carlos León; del Dr. Luis Razetti, propagandista fervoroso de la teoría evolutiva, que jura por Darwin y se bate diaria y bravamente en periódicos y libros en favor de sus ideas; de Samuel Darío Maldonado, brillante hombre de letras y de ciencia, autor de una obra formidable: "En defensa de la antropología", donde Maldonado, con frases de cauterio y cruel-

dad de intención, deja muy mal parada, para no decir que pulveriza, la reputación de antropólogo (iba á decir antropófago) del Dr. Gil Fortoul.

El Dr. Alfredo Machado Hernández (y no cito más doctores) es de los que de esta recapitulación no pueden excluirse. Ha escrito, para optar á su título académico, una obrita que se llama "Ensayo sobre política sociológica hispano- americana".

Aunque producto de estudiante, chabacana en el estilo y atrabiliaria en el fondo, es una de las obras venezolanas que de mucho tiempo á esta parte he leído con más agrado, por la audacia de las ideas. La audacia de las ideas, en terreno político, alarma generalmente, dada la facilidad con que en política pueden propagarse las ideas de un hombre á un partido ó traducirse, cuando menos lo pensamos, en acciones de incalculable trascendencia. Si dispusiera de espacio suficiente expondría cómo este opúsculo, cuyas conclusiones extremas no apruebo, y algunas de cuyas ideas no comparto, lisonjea en mi espíritu, sin que el autor lo sospeche, ideas acariciadas y aún esbozadas por mí, redivivas ó coexistentes en otro cerebro, lo que prueba similitud mental, para juzgar de ciertos problemas, en los medios intelectuales de nuestra República.

Piensa el señor Machado Hernández y yo pienso como él y antes que él, que el individuo ejerce en nuestra sociedad más influencia que en las sociedades europeas. Sus palabras son estas: "La causación social opuesta, ó al menos diferente de la que priva en la sociología europea, y que consiste en la posibilidad, para nosotros, de una influencia muy notable del individuo en la vida colectiva..." (pág. 42).

Es necesario un distingo, sin embargo. La influencia del individuo, y hasta de las corporaciones, es ínfima entre nosotros, mientras el individuo no llega al poder; y es ínfima gracias á nuestros detestables hábitos políticos y á la desconfianza de todo esfuerzo que no sea el de conquistar ó conservar el gobierno por las armas. En cambio, cuando el individuo llega á las altas esferas de la administración, lo puede todo ó casi todo (el Estado soy yo), y ejerce una decisiva influencia personal; á veces raramente, plausible; á veces, lo más común, lamentable. En este sentido los venezolanos estamos muy atrás de Europa; pero esa modalidad de nuestra civilización á medias, según el concepto actual de la vida pública de los pueblos, favorece entre nosotros, más que en parte alguna, en la época presente, el desarrollo de la personalidad. Sería necesario remontarse á los días del renacimiento par encontrar el "Yo" imperante con tanto brío é intensidad. De esta "muy notable influencia del individuo en la vida colectiva", concluye el doctor Machado que hemos menes-

ter en el gobierno de "la severidad austera y saludable del "pater familias" de otra edad". No acepto esa conclusión. Si somos tan desgraciados como nación que mucho tiempo carecemos, por revoltosos é inhábiles, del ejercicio de la libertad, es preferible antes que el "pater familias" de los conservadores, que aspiran á tener los pueblos bajo tutela, una franca tiranía liberal, el buen tirano de Maquiavelo. Siento no disponer de más espacio para comentar ese interesante "Ensayo sobre política sociológica hispano-americana", cuyo principal mérito consiste en estudiar los asuntos americanos con criterio científico americano y no europeo, como se empeñan erróneamente en practicarlo casi todos los venezolanos que de estas cosas tratan ó han tratado. En cambio la primordial deficiencia del opúsculo es no reducir el título á sólo nuestro país, ya que el estado político de otros pueblos de América, aunque semejantes en ocasiones, no es idéntico al de Venezuela.

La novela y el cuento han tenido en esos últimos seis años nuevos y felices cultivadores. Uno de los más gentiles esfuerzos, en punto á novela, es quizás "Dyonisos" de Pedro César Dominici. Varias personas que la conocen, entre otras Carricarte, talentoso y entusiasta escritor de Cuba, la ponen sobre los cuernos de la luna. Aquellos que han leído á Lombard la aplauden menos. No puedo juzgar de esa novela porque no he tenido el placer de saborearla; pero, dada la fama de que goza el autor, me inclino á imaginarla excelente. No vacilo en colocarla, como Carricarte, sobre los cuernos de la luna, cuando su mismo autor, mi querido compañero el celebrado Pedro César Dominici, la considera una obra maestra, una obra insuperable.

En su libro "De Lutecia", crónicas enviadas á un periódico de Cuba, "desde Lutecia", ó dígase Paris, reciente obra de Dominici que publica Ollendorff, el autor de "Dyonisos", exclama: "¿Por qué, entonces, después de "Dyonisos", no haber dado á luz otra novela? Razones no me faltaron. En primer lugar el temor de desmerecer presentándome ahora con hija indigna de su hermana mayor..."

La modestia de Dominici es encantadora. Convencido de cuanto vale su novela, siente una desconfianza, que nada justifica, en igualarse á sí mismo. Pero trabajador infatigable, no puede permanecer en inacción y en silencio. Ahora se contenta con entregar á la publicidad, que vale como dar á los espíritus "d'élite", y por desgracia ¡ay! á la perversa crítica, "De Lutecia". Nos asegura el autor con una buena fe admirable, no nada semejante á la candidez, que "De Lutecia" es "libro sincero y probo, en cuyas páginas canta noblemente la inmensa voz del arte". Creámoslo.

Respecto de los cuentistas de última hora debe citarse con aplauso, el nombre de Carlos Paz García, quien, descarriado al principio, víctima de preciosismos de lenguaje inconducentes, é imitador de Díaz Rodríguez y de algún otro, empieza á trillar el camino modesto y seguro de nuestros campos villorrios nacionales, donde se encuentra con los olorosos cafetales maduros; con los humildes gañanes; con los guerrilleros selváticos; con los pico-de-plata bulliciosos y cantores; con la poesía humilde, pero nuestra, muy nuestra, de los ranchos de cameicte y de las núbiles mulatas campesinas.

Es imposible tampoco silenciar los nombres de José Austria, escritor pomposo; Baltazar Vallenilla Lanz, que prepara hace años una novela criolla; Leopoldo Landaete, periodista, polígrafo, de lo mejor entre los jóvenes; Julio H. Rosales, alma fina; Julio César Consalvi, estudiante de derecho; Ricardo José Castillo, espíritu serio y penetrante á quien tuve el honor de presentar en el pórtico de su primer libro; Emiliano Hernández, poeta y al mismo tiempo relator intenso, hombre de nervio y de pasión, que siente la hermosura del arte,—aventurero que anda de país en país con su pluma en la mano y en el hombro su costal de sueños; Rogelio Illaramendi, maracaibero como Hernández, de quien á la verdad no he leído cuentos, y á quien en rigor no sé en dónde colocar, porque todavía no ha encontrado su camino en las letras; pero cultivador de una prosa que tiene porvenir.

No me refiero, por supuesto, á los cuentistas arribados á celebridad en nuestro país, como Urbaneja Achelpolh y Fernández García, que continúan produciendo obras excelentes.

La cosecha lírica es de lo más copiosa; y, sin cuestión, de valer. Aparte Butrón Olivares, Guevara, Juan Santaella, Bruzual López, Arreaza, y el gallardísimo Rafael Recao, que han escrito muy poco, baste citar á Sergio Medina, Luis Correa y Alfredo Arvelo-Larriva, tres poetas de veras que nos ponen en aprieto á los poetas de la generación precedente.

Sergio Medina, elegantísimo rimador; canta emociones personales de un rebuscamiento exquisito y, probablemente lector de D'Anunnzio, viste sus sensaciones de opulento pero castigado y sobrio lirismo. Imita un poco á Lugones, y á otros autores; pero paso á paso va conquistando su puesto y acentuando su ser artístico.

Luis Correa, ático y fuerte, dotado por la naturaleza del don del canto, y asíduo observador de los mejores poetas americanos, ha sorprendido los secretos del arte—si es que existen tales secretos—y maneja su instrumento con soltura y elegancia, rivalizando con los mejores porta-liras de nuestra pa-

tria. Raisin ha traducido la fracés algunas composiciones de Luis Correa.

Alfredo Arvelo Larriva, mi compañero de prisión en Ciudad Bolivar, en 1905, que continúa enjaulado por una de tantas ironías de la suerte, habiendo nacido en la libertad de nuestras pampas, que él ha cantado, y siendo libérrimo por temperamento, es un colorista y un sentimental. Su poesía se nacionaliza y se personaliza cada vez más.

Pájaro enjaulado, como Arvelo Larriva, por haber destruído una vida ajena á picotazos, es un tordo campesino, un negrito de Río Chico. Se llama Dámaso Almeida. Fuera de Venezuela no lo conoce de seguro nadie; y es, sin embargo, muy digno de ser conocido. No se parece á "Plácido", el Cubano: aquel peinetero cuya musa popular se echó á perder con la imitación de los clásicos españoles. Almeida, que no sabe casi hablar, negro tinto, no ha tenido más cultura intelectual que la granjeada por medio de las tristes revistas literarias de Venezuela y de aquellos diarios políticos caraqueños que reproducen versos y cuentos para llenar espacio. Su poesía es rudimentaria, es mera descripción, á veces bárbara y grotesca, de sus campos infantiles, de las cosechas de cacao. Veréis pasar por sus canciones la turba más primitiva; os deslumbrará el sol; sestearéis á la sombra de bucares y yagrumos, mientras hombres y mujeres, en algarabía, recogen las mazorcas donde

en urnas de coral cuaja su almendra

la teobroma tropical, cantada virgilianamente por Bello.. Las lechuzas os asustarán; los monos harán cabriolas; dos culebras mapanares, enroscándose como en el caduceo de Mercurio, pelearán junto al tronco de un cotoperís; y cuando algún indiecito, á las orillas del caudaloso Tuy, juegue con un caimán, oiréis la voz de la prudencia que le grita desde lejos:

indio del demonio, deja ese animal.

Este obscuro, demasiado obscuro y humilde hijo del campo venezolano, jamás contará entre los más altos, pero sí entre los más ingenuos representantes de la poesía descriptiva de América; y si continúa cantando sus sencillas canciones, sin adulterarse de literatura como "Plácido", su nombre lo citarán en el porvenir los futuros historiadores de nuestras letras, no lejos del nombre de Andrés Bello, que era un sabio, ni del nombre de Gregorio Gutiérrez González, que era un admirable y culto poeta.

Entre nosotros ha existido siempre la tendencia á nacionalizar el arte; tendencia que descarriaron un día los académicos, en tiempo de Guzmán Blanco, y luego los imitadores del francesismo á ultranza. Ya nada, por fortuna, podría desviarnos del buen camino: nuestra literatura va siendo, cada vez más, reflejo sincero y humilde del alma nacional que,

si bien balbuciente y no típica todavía—por obra de los embrollos étnicos—empieza á delinearse, aunque bien confusamente. Se traduce nuestro nacionalismo en la novela, por la pintura de costumbres; en poesía lírica, por la pintura de paisajes, y por los alardes patrióticos en honor de los próceres de la independencia. No es mucho. Pero ese poco es bastante.

La epopeya de la Emancipación nos hizo, en este sentido, un bien. Habiendo producido héroes, no tardarían en llegar, como en efecto llegaron, los poetas que debían cantarlos. Poseemos en Venezuela nuestras canciones de Gesta; un romancero escrito, por lo común, en romances octosílabos, á imitación del español, del cual valdría la pena de entresacar algunos romances bastante hermosos y formar un florilegio.

La necesidad de ganarse la vida honrosamente por medio de la pluma, en revistas y diarios, ha formado, durante el postrer lustro, un juez de letras. El crítico se llama Jesús Semprúm. Conocido con ventaja de poco tiempo atrás, como cuentista y como poeta, "El Cojo Ilustrado" ha sido parte á que se revele en calidad de crítico. Empezó el Dr. Semprúm, cumpliendo para esa revista caraqueña el encargo de dar noticia de los nuevos libros americanos llegados á la redacción. Suscitada y manifiesta por casualidad la aptitud de juicio, el crítico ha continuado luego, aunque no con la amplitud que debiera, cultivando ese predio donde él cosecha ricos frutos. Defecto primordial de Semprúm, en cuanto crítico, es lo fragmentario de su obra; aunque esto se explique por el carácter de sus ensayos: "comptes-rendus", más bien que juicios espontáneos. Posee el Dr. Jesús Semprúm, á pesar de sus años todavía cortos—no creo que llegue á la treintena—vasta cultura científica y literaria; gusto seguro, exquisito; y espíritu hospitalario, abierto á todas las ideas, á todas las modalidades artísticas.

No es un espíritu fuerte, preocupado por la política y la historia, amante de pertinentes y jugosas digresiones, un pensador á lo Macaulay, como nuestro grande y malogrado Luis López Méndez; no va al fondo de las almas, ni desmenuza á picotazos de ironías, falsas reputaciones, como César Zumeta: su crítica no es pretexto á juegos malabares de ideas—como gusta de practicar ese paradógico y diez veces admirable Pedro Emilio Coll; pero es necesario insistir en que avaloran á Semprúm, como crítico, una virtud rarísima: la tendencia á comprender y explicarse, exento de prevenciones, toda celebridad; y una aptitud, no menos rara: la de tolerarlo todo dentro del arte, todo, hasta lo chocante, por antitético, á sus

preferencias intelectuales. El Dr. Jesús Semprúm, por ecuanimidad de alma y serenidad constante de juicio; por su temperamento nada fosfórico, más bien receptor que impulsivo, es un crítico de valer cuyas opiniones, generalmente acertadas, expuestas sin acritud ni pedantismo, llevan el sello de una absoluta sinceridad.

He dejado exprofeso para lo último el hablar de "La literatura venezolana en el siglo XIX", voluminosa y erudita obra del doctor Gonzalo Picón-Febres. Por el mérito intrínseco de ese libro; por la influencia que va á ejercer, dentro y fuera de la república, durante muchos años; por el mismo carácter de reseña, la obra de historia y crítica literarias, recién publicada por Picón-Febres, debe ocupar aquí uno de los puestos principales. Citándolo al fin, como lo hago, mi propósito consiste en que ese libro, resumen y florilegio de nuestra vida mental durante una centuria, sea broche de oro para cerrar esta ya larguísima enumeración.

Es injusticia tratar de esa primera historia de nuestras patrias letras en cuatro líneas. Es injusticia é irreverencia. Piénsese en la magnitud de esta labor de Picón-Febres, en la generosidad de espíritu que supone el estudiar á los trabajadores del pensamiento nacional durante un siglo, y presentarlos en frases por lo general apologéticas. Ha sido la de Picón-Febres, la obra entre nosotros más discutida, en los últimos años. Justa ó injusta, buena ó mediocre, su importancia es incuestionable. A esa obra irán á beber por mucho tiempo, como á fresco, abundoso manantial de datos y de juicios, los futuros historiadores. Correrá la suerte de toda obra historiográfica: será la mejor, mientras otra no la supere, relegándola á segundo término. Los descontentos no tienen sino ponerse á escribir una historia que haga olvidar la de Picón-Febres. Defectos tiene; ¡cómo no! El principal es la carencia de plan, ó la deficiencia del escogido; las entradas y salidas del autor de una época en otra; y digresiones interminables, á propósito de cualquier cosa. Picón-Febres, poeta enamorado de filigranas líricas y audaces arquitecturas métricas, se enreda en su lirismo cuando cae en la prosa, como se enreda en las propias alas el albatros de Baudelaire, hecho para tender el azul á golpes de remo, cuando en vez de volar por el infinito y claro espacio, vése condenado á caminar sobre mísera cubierta de buque. No es que literato de tanto fuste como Picón-Febres ignore el arte de prosar. No. Es que sus opiniones, á menudo, más que juicios críticos son juicios líricos. Pero esto mismo no es tan común, en rigor de verdad.

Recuérdense, el magnífico elogio de Pérez Bonalde, (pág. 304) y aquella certera dentellada al mamarracho descosido y grotesco titulado "Mimí", que, años atrás, quisieron que

aceptásemos como novela criolla (pág. 392-393). Recuérdense las suculentas páginas consagradas á Cecilio Acosta (142 y siguientes) que son de lo mejor en la obra, porque, abundantes en datos, pintan de cuerpo entero á ese Titán á quien llamó Díaz Rodríguez, "el más donairoso de nuestros prosadores", que fué por su hondo pensar, por aquella sabiduría sonriente, y por su peculiarísimo y gracioso estilo, uno de nuestros mayores ingenios.

Picón-Fébres, comprendedor y discípulo de Cecilio Acosta, quema orobias de entusiasmo á la memoria y en loa del varón preclarísimo que en magnífico momento de cólera escribió "la siniestra fantasía" de "Los espectros que son y uno que ya va á ser. Hace bien Picón-Fébres. Cecilio Acosta, es de juro,—y sé lo que estoy diciendo—uno de los tres ó cuatro prosadores castellanos más peregrinos y de más elegantes floreos en el siglo XIX. Y cuenta, insisto, que no olvido ni á Donoso Cortés, ni á Varela, ni á Castelar, ni á Pardo Bazán, ni á Valle Inclán, en España; ni á máximos estilistas ó graciosos prosadores de América tales como Baralt, Montalvo, Martí, Juan Vicente González, Juancho Uribe, Rodó, González Prada, Juan León Mera, Carnevali, Nicolás Heredia, Díaz Rodríguez y Rubén Darío.

Una cosa resplandece en la obra de Picón-Fébres: la carencia total de envidia. Rinde justicia, con alto concepto de la probidad intelectual á sus detractores en literatura, como Zumeta; á sus antipatías personales, como Jacinto López; á sus adversarios políticos, como Guzmán Blanco. Seríamos pues, ruines, regateando el aplauso á quien lo prodigó á manos llenas, y la justicia á quien supo tributarla hasta á sus enemigos.

R. Blanco Fombona.

LA DUDA

Blanca señora, la flor
Que ayer prendiste á mi ojal,
Si no lo interpreto mal
Es horóscopo de amor.
Blanca señora, la flor
Que ayer á mi ojal prendiste,
Me ha dejado serio y triste,
Y tú, no sabes, ahora,
Todo el mal, blanca señora,
Que al darme la flor me hiciste.

Señora, á mí como altivo
Ni el mismo cóndor me iguala;
¡Y sostengo con el ala
Lo que siento y lo que escribo!
Señora, yo como altivo
Rayo hasta la intrepidez,
Pero, mi fiera altivez
Ante esa flor se acoquina,
Porque esa flor es la espina:
Promesa y duda á la vez.

Sacudido por el hondo
Pensamiento de esa idea...
Esa flor... es la marea
Que agita este mar de fondo.
¡Ay! señora, allá en el hondo
Desconsuelo de mi ser,
Voy sintiendo florecer
Interrogante y sañuda,
La punzada de la duda
Que á mi ojal prendiste ayer!

(*) Del libro *Sursum*, próximo á aparecer.

Quizás, al verme cantar
Con tanta pena, señora,
Digas que el cóndor que implora
No puede con fuerza amar.
Yo te quisiera cantar
Todo lo que late en mí,
Porque supieras que si
Tengo algo mústias mis galas,
Es de tanto batir alas
Para llegar hasta tí!

DOMINGO A. ROBATTO.

TU HOMENAJE, BEBE

Cumple años tu hermana hoy...
¿Le regalas algo; dí?
¿Nada? Pues, criatura, voy
á salvarte. Háblale así:

"En los cuentos infantiles
se hace hablar á las muñecas,
y en sus frases más pueriles
y en sus inocentes muecas,

hay un raudal de poesía
que llena el alma de encanto,
y la inunda de alegría,
ó la predispone al llanto.

Y no es que cause alborozo
sólo al niño, la ficción,
sino que, ante el cuadro, el gozo
se infiltra en el corazón.

Porque en la inocente escena
De la infantil travesura
suele hallar el alma buena
un manantial de ternura.

Y si á reir ó á llorar
mueve entonces, á fé mía,
el caso es tan singular
que se llora de alegría.

Esto me pasa hoy á mí;
y, aunque falta la muñeca,
siento, hermana, un frenesí
que acaso traduzca en mueca.

Porque, al recordar, hermana,
que cumples ya quince abriles,
siento esa impresión arcana
de los cuentos infantiles.

Dado á llorar y á reir
estoy; pero, no sabría
explicarlo, á no sentir
llena el alma de alegría.

Y al no explicarme el proceso
de risa y llanto en tropel,
que desentrañe este beso
mi estado de alma, Isabel..."

JULIO S. CANATA.

LA TRAGEDIA DE LAS ALMAS

Desde muy temprano Villieres de Ronsard y Augusto Bredfel esperaban en la terraza de un café parisién, famoso por ser sitio obligado de los turistas que se confunden en la balumba de la gran ciudad, á Domenico Barretti, talentoso pintor italiano, que por ese entonces exponía varias de sus telas en el Salón. Aunque la larga espera, no era, por cierto, agradable, tampoco pecaba por fastidiosa.

En una mesa del bar, vecina á ellos, dos indígenas conversaban en idioma incomprensible, interrumpido á veces por algunas palabras en inglés, que atestiguaban la influencia que sobre ellos tienen los naturales de la "Isla enérgica".

La orquesta interpretaba valses inquietantes que llenaban de júbilo todas las almas. Las armoniosas notas recordaban ilusiones, triunfos de otros días, vagabundeos casi olvidados... En el jardín una fuente rimaba sus murmurios y en los frondosos árboles las aves cantaban su poema de la vida.

Villiers continuando una conversación anterior que había quedado inconclusa, exclamó:

—¡Qué tiempos aquéllos! César Borgia fué el más grande protector del desnudo. A no dudarlo era un artista, si se quiere sensual, pero privilegiado. De tal manera le seducían las formas, que después de haber conquistado una ciudad napolitana, reservóse las cuarenta más hermosas mujeres. Hasta en el vicio triunfaba el arte. Los pintores italianos buscaban la verdad, "la gracia, el movimiento, la voluptuosidad, la magnificencia del cuerpo bello, desnudo ó vestido, que levanta una pierna ó un brazo". Entonces había cultura artística, belleza de verdad. Hoy todo es mercantilismo y mentira: la hermosura humana no existe ya; todo es artificio y coqueteo. Indudablemente somos unos degenerados!

Después de una breve pausa, dijo en distinto tono:

—Y Barretti no llega.

—Seguramente se habrá olvidado de nosotros — dijo Bredfel;—habrá vendido por buen precio alguna de sus telas y estará contentísimo. Lo hallaremos en el Salón.

—No crea. Apenas se conmueve cuando logra "estos triunfos", como él los llama. Algo extraño le ha impedido cumplir su palabra.

Bredfel no supo qué responder. Admiraba la potencia creadora de Barretti y conocía superficialmente algunos pormenores de su vida privada. Otra pausa.

—Echemos á andar que la noche se aproxima—dijo Villiers.

Dejaron el café donde comenzaba la animación de todos los días, entre los acordes más enérgicos de la orquesta. Las aves callaban en los ramajes de impenetrable oscuridad, y la fuente seguía rimando su eterna canción.

A poco andar se separaron.

Dos días después Villiers de Ronsard contemplando por quincuagésima vez los cuadros del amigo, pensaba en la suerte del pintor, en esos días de ausencia misteriosa.

De pronto un muchachuelo imberbe, tocándole suavemente las espaldas, le entregó una carta que Barretti había escrito, á no dudarlo, en angustiosos instantes.

"Amigo: perdona ante todo mi inasistencia. No debes ignorar mi extraña vida. En esta ciudad muerta la he conocido, angelical criatura de pupilas azules, ave cautiva en un monasterio. La he robado del lecho de Dios y de la paz evangélica, para que conmigo fuese á vagar por el mundo, yo adorándola, ella admirándome. Necesitaba sus cariños como recompensa de mis fatigas artísticas. En este paraíso de ensueño he vivido varios años. Tú la conocías. Samain pudo cantarle:

Tes beaux yeus vivantes lá sous la lampa et ta bouche
Riche comme un beau fruit d'automne ruisselant,
Ta bouche et l'arc de ton sourire étincelant.
Tes yeux, ta bouche... O mon trésor ensorcelant!...
O pauvre coeur plein d'ombre oú ton soleil se couche!...

Pero la he perdido! Celosa de la mujer que me servía de modelo—porque ella jamás quiso verse reproducida en las telas—comenzó á temerme, á desconfiarme, hasta que cayó, desgraciada alma enferma, en manos de un amigo y colega. Después de las fatales palabras de despedida, no he tenido más noticias de ella. Me ha olvidado por completo. Su espíritu privilegiado se emborrachará de arte frente á las obras

magnas de los maestros griegos, y pensará en sus divinos ruiseñores: Goethe, Heine, Baudelaire... Verlaine. Feliz Cecilia! Ai posteri l'ardua sentenza."

Villiers apresuradamente retiróse del salón, pensando en una probable tragedia. Llamó á un cochero, que al azar, por ahí pasaba:

—Presto al café de la Academia—indicóle.

A esa hora hallaría á Bredfel reunido con algunos amigos, impecables admiradores del ajenjo y de la bohemia. Al llegar descendió del vehículo y puso varias monedas en las manos del cochero, que extrañado de tanta generosidad, exclamó:

—Gracias, señor—acompañando á las palabras un saludo desmedido de respeto y recocijo.

—Nosotros los caballeros del amor sensual—decía Constantino Urbini, uno de los bohemios, al tiempo que Villiers entraba al café—terminaremos creyendo en el amor místico y haciéndonos esclavos de la abstinencia. Sabréis que Atis murió entre los suspiros de las mujeres. "Bienaventurados los eunucos", decía Casiano, "bienaventurados", repito yo.

—Porque de ellos es el reino de la castidad—añadió Bredfel.

Cuando notaron á Villiers, algunos se pusieron de pie, mientras que Bredfel se adelantaba para saludarlo.

—¿Alguna novedad? Extraño es que á estas horas venga usted por aquí; ¿ó piensa cambiar de horario? Nos ha sorprendido usted en una picante conversación...

—Lo que no me extraña, por cierto—respondió Villiers. Efectivamente, algo nuevo me trae.

Todos callaron embargados por la ansiedad.

—He recibido una carta de Barretti que me hace pensar en tristes epílogos. El pobre amigo sufre terribles enfermedades morales! Es necesario—dijo á Bredfel—que nos encaminemos inmediatamente á su villa, pues debemos evitar la tragedia.

Estas palabras conmovieron á todos. Los bohemios silenciosos se interrogaban con los ojos. ¿Era posible una tragedia á dos meses del rapto?

Como el mutismo se hacía interminable en tales momentos, Villiers habló:

—¿Nos iremos por fin, Bredfel?

Augusto pesadamente se puso en camino con la consi-

guiente angustia, mientras Villiers saludaba á los bohemios diciéndoles:

—Más tarde os daré detalles.

El tiempo apremiaba y el viaje no podía postergarse. Por el tren del día se dirigieron á la población, donde Barretti había adquirido una villa, poco antes de la fuga de Cecilia.

Anochecía cuando el tren se puso en movimiento, de manera que llegarían al amanecer.

En las campiñas los labriegos, sudorosos y fatigados de la labor del día, dejaban sus arados, y las muchachas rozagantes y alegres, conducían las vacas al establo para ser ordeñadas al día siguiente. Más adelante, los jóvenes con boinas celestes y saco al hombro, iban cantando cierto romance del lugar, interrumpiéndolo alguno, para saludar, locuaz é ingenuamente, á los pasajeros. Y luego seguían ellos también...

Con las primeras claridades de la aurora, descendieron del tren. En la estación los esperaba un antiguo servidor de Barretti, que, al notarles, corrió hacia ellos:

—Señores....—y ahogó su palabra por el llanto. Villiers y Bredfel comprendiéndolo todo, inclinaron la cabeza, é inconscientemente se separaron para sufrir en lugares más apartados. El silencio fué el único homenaje tributado al artista...

Dos horas antes, Domenico Barretti desaparecía en las aguas estrechando el busto marmóreo de Cecilia, que el colega y amigo que la robó, había ejecutado en el último invierno, fatal invierno de los amores! Y tal fué la única venganza...

Pauvre ãme, c'est cela!

JULIO L. NOE.

LES ANS

—

L'an a fui. Son manteau transpercé flotte encore
A l'horizon. L'écho de son rire sonore
Se moque éperdûment de nos espoirs nouveaux,
Des rêves étoilés qu'enfante la chimére
Au sein d'obscurs logis á la paix ephémére:
Nos coeurs et nos cerveaux!

L'an nouveau-né sourit à sa gloire future
Et tend vers nous son front, pur de toute souillure,
Vierge encor de la marque austère du Destin:
Nos lèvres y mettront une ardente caresse
Pour qu'il soit indulgent á notre folle ivresse
Du soir et du matin,

Quand nous aurons enfin compris, qu'heure par heure
Le temps qui court nous dit que la vie est un leurre,
Que Dieu n'est qu'un vain mot et l'Amour trahison.

Mais l'homme est ainsi fait que son esprit crédule
Acceptera toujours—tel un moine en cellule
Le monde pour prison.

Tant qu'il aura l'espoir qu'une nouvelle année
Comblera ses désirs de jouissance éffrénée!

RAIMUNDO MANIGOT.

MAGDALENA

Delante de Jesús llegó abatida
la bella, la divina cortesana,
flor manchada al nacer, cuando se abría
al beso de la luz de la mañana.

La miró dulcemente el Hombre Bueno
y sintió compasión, piedad sincera,
por aquella mujer cuya hermosura
enlodaba el baldón de la ramera.

Y en vez de maldecirla como muchos,
ó en lugar de estallar en el encono,
la dulce voz del Nazareno dijo:
¡Levántate mujer! yo te perdono.

María de Magdala redimida,
¡el milagro mejor del Visionario!
¡Levántate mujer! Tal la palabra
más sublime del Hombre del Calvario.

ANTONIO DE TOMASO.

"LOS CRUZADOS DE LA CAUSA"

POR DON

Ramón María del Valle Inclán

La vieja alma española que fué bellamente trágica en sus inquisidores, tuvo una historia cruel y heróica en sus capitanes y dejó la leyenda de aquellas dulces visionarias que ardieran en místico fervor hasta volar al cielo, puso en todos sus actos un perfume romántico, por el tiempo más sutíl y grato.

Dios, Patria y Rey, hermoso y bélico lema de tres cruces: del martirio, del puñal y de las lises, encendió, por última vez, cirios votivos en el altar, fiebre de ideales en los hombres, y visiones en la suave quietud de los jardines conventuales.

La guerra carlista ha sido la última bella guerra de los españoles, el postrer arrebato romántico y legendario de la raza que un tiempo hizo pudiera exclamar aquél monarca fanático y visionario que dió su alma á Dios y un hijo á la Santa Inquisición: Jamás se pone el sol en mis dominios.

Don Ramón María del Valle Inclán, ese espíritu gran señor, cuya vida tiene mucho de la que hiciera brillar en luengas tierras el nombre de los famosos hidalgos españoles, y que no hace aún nueve años "vivía escribiendo novelas por entregas que firmaba orgullosamente, no sabiendo si lo hiciera por desdén ó por despecho", viene con "Los Cruzados de la Causa" á contarnos hazañas de monjas, mayorazgos, canónigos y aldeanos: Nobles monjas de blanca vestimenta, blancas manos, alma blanca; engolados señores con sangre de pontífices y de reyes é hijos canallas; abades, canónigos y santos párrocos que cobran la misa á Isabel y la dedican á Don Carlos; aldeanos humildes, creyentes y ladrones...

Y la prosa noble, augusta y serena como esos castillos medioevales que manchan el azul del cielo castellano con la

soberbia de sus almenas, va dejando una visión melancólica y dolorosa, un reguero de amargo sabor; ese sabor que tienen los besos cuando las almas no vienen á los labios.

Tengo una satisfacción: la de haber amado muy hondamente á ese novelesco marques de Bradomín, cuando aún para muchos Valle Inclán escribía en "letra lombarda".

Conocí cierta dama que tenía por breviario al Aretino. De mis manos recibió las "Sonatas". Más de una vez llegué á verlas entre el encaje de las almohadas. Guardo una carta de agradecimiento.

Sin embargo, castos y juveniles oídos que amara y respetara, de mis labios han aprendido los amores de María del Rosario, la niña Chole, Concha y María Antonieta, como en el jardín de Brandeso deprendían los mirlos la riveirana, de labios de aquel buen paje Florisel.

Hoy he tornado á encontrar á mi "viejo dandy".

Ha sido para mí un revivir de perfumados recuerdos. Aquella sensación de suavidad serena, como la que dan las manos maternales en nuestros cabellos ó la visión de esas procesiones aldeanas en que los niños cantan á María y las calles se alfombran de flores; aquel sentimiento piadoso como el que inspiran los cementerios con luna; aquel dolor inexplicable de los amores que no se han vivido; la paz que nos invade en el perfume de los huertos campesinos ó en las puestas de sol en los días lluviosos de la montaña, mientras vibra una esquila y canta el pastor; lo trágico, lo desolador, lo galante, lo irónico... Tal siento fielmente en la mágica resonancia de esa prosa; resonancia como de órgano cristalino que una santa ideal pulsara en la oquedad de las capillas abandonadas y en ruina que se encuentran á la linde de los barrancos y los bosques.

Una guerra romántica y loca sólo pudo hacerse por almas españolas; la del gran señor y la del abad y de la monja y del aldeano.

Y el recuerdo de esa guerra tan sólo podía revivirlo con todo su heráldico esplendor y alta poesía, quien tal vez fuera marqués, y ha sido fraile, para después llevar melena como los viejos segundones y ser manco y escribir libros.

E. Suárez Calimano.

GRECIA

POR ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

La obra de Carrillo, numerosa ya, se ha enriquecido con "Grecia".

Después de "El alma encantadora de París", "Literatura extranjera", "Almas y cerebros", "Entre encajes", las visiones de Tokio, Ceilán, China, Egipto, llenas de danzas sagradas, animales fabulosos y templos esculpidos que parecen maravillas, este soñador impenitente, ha dejado su planta por la tierra de los olivos y del cielo azul.

Carrillo que durante tantos días nos hablara de tantos y tantos tipos, mentalidades en absoluto contradictorias, escuelas que florecieron hace más de tres lustros con poetas que las hicieron célebres ó simplemente artistas desconocidos, olvidados ó no reconocidos como tales, ha llegado á un momento de su labor en que es necesario que las gentes se ocupen de él.

En América, donde el nombre de Carrillo ha enpezado á considerárselo como bandera, sus libros tienen una enorme aceptación.

Y hay que convenir, en que no es el público que se ocupa en estas fugaces cosas de pluma el que á diario lo cita, sino personas alejadas del reino espiritual de los elegidos.

A menudo he pensado que sus crónicas deben tener un especial sabor para avenirse á un tan variado círculo de temperamentos.

De ahí que cuando Alfredo Bianchi me dijo—es menester te ocupes de "Grecia", me sorprendí.Y lo peor, sorprendido sin saber la causa.

Sencillamente á Carrillo le había llegado su turno.

No ha de encontrarse en estos últimos tiempos ningún acontecimiento literario de trascendencia de que Carrillo no se haya convertido en eco.

Escritores, libros, acontecimientos, han tenido en este raro sujeto un fino interpretador, un ámplio—porque hay que de-

cirlo—uno de los más ámplios espíritus que puedan hallarse en cualquier literatura.

He aquí á mi juicio el punto capital de su obra. Llámese Zola, France, Huysmans, Maupassant, Carrillo ha sabido encontrar en cada uno lo que pocos se habrían dedicado á buscar.

Y así como hubiera hecho hablar á la Vénus célebre por la voz de su mutilación, y al leproso por la voz de sus llagas, igualmente hubiera sabido extraer la idéntica sensación de belleza que produce la euritmia de esa cara perfecta ó el dolor de ese cuerpo hecho costra.

Lo que para muchos,—y teniendo en muy alto la mentalidad de Carrillo—es únicamente labor de crónica, de grandes crónicas se entiende, ha sido en mí la demostración palpable de un espíritu que se ha prodigado en el martilleo de una incesante producción, y que á fuerza de prodigarse ha tenido forzosamente que repetirse.

Pero la repetición monótona de Carrillo no ha de amenguar su valía de escritor. Es la repetición del hilo de agua que cae y que cae, y que á fuerza de caer se hace música.

Y es música tan dulce y agradable que conmueve, y lo que conmueve, es sin duda alguna hermoso.

"Un hilo de agua que cae de una llave imperfecta, un hilo de agua manso y diáfano, que gorjea toda la noche y todas las noches cerca de mi alcoba, que canta á mi soledad y en ella me acompaña, un hilo de agua: ¡qué cosa más sencilla! Y sin embargo, esas gotas incesantes me han enseñado más que los libros".

Estas líneas de Nervo, son la condensación de lo que en páginas y páginas yo no pudiera llegar á expresar.

De manera que si la prosa de Gómez Carrillo tiene la triste, la dulce y doliente monotonía del hilo de agua que cae y que cae, loada sea ella. Loada una y mil veces por que habrá sabido arrancar de los enamorados, de lo sutil y lo vanal, la sonrisa meditativa de una silenciosa aprobación.

Sin embargo, más que el poeta y el prosista, lo que me enamora es el alma que se entrevee y presiente: alma rara de un raro sujeto. Pues, sinceramente, honradamente lo voy á confesar, yo me he enamorado del alma de Gómez Carrillo, como lo pudiera haber hecho con las carnes de una mujer.

Es con el mismo ademán y la misma sonrisa que de ha ocuparse de la bailarina que con sus mimos y coqueteos atrae millones y aplausos, como del cenobita que cierra sus puertas y sufre, y muere del dolor de saber mucho.

Y con el pensamiento de José de San Martín, ya que nó con la frase porque no la recuerdo, Carrillo ha de sentir más hondo que los versos de Hugo, la intensa poesía del filósofo

indio, que en las orilas del lejano Ganges, deja transcurrir los años curando las heridas de un caracol...

Una vida, y un caracol—¡Qué cosa más sencilla! diría Nervo.

Una vida que ha de pasar sin que nadie la note y un caracol que como tantos necesariamente morirá.Una vida que nada sabe de las otras vidas y que no obstante ha llegado á la postrer depuración de la más alta y noble de las filosofias.

Habrá que averiguar qué ocultas revoluciones se han de debatir en esas montañas de silencio y de inmovilidad, al poner todo su orgullo, y todo su dolor, y toda su miseria en las cicatrices de una larva que vive y muere como nosotros.

¡Y que continúen las gentes apasionándose por esa cosa ilusoria que llaman política, sin recordar que cada día que pasa es un día menos de goce que nos queda.

¡Oh filósofo, cómo te he amado al ver que á tan poco precio pueda hacerse un hombre tan bondadosamente cristiano!

———

Enrique Gómez Carrillo ha sido cronista, como pudiera ser filósofo, poeta, director en jefe de alguna peregrina parranda de zíngaros, ó algún galante bandido que hubiera dejado para su horda la laboriosidad del pillaje y del saqueo, mientras él, con el más puro donaire y las más finas maneras se entretendría en seducir aldeanas ó violar princesas.

Todo es cuestión de medio y obedece á una ley de fatalismo que cada vida lleva dentro de sí.

Carrillo en su prosa y en su crónica, ha dado lo que Hugo en su verso y Darío en el suyo. Las circunstancias han querido que sea esa la cuerda en que haya hecho sonar con agilidades de gimnasta los cascabeles mágicos de un ritmo desconocido por tan íntimo y personal. Por que además de sus crónicas, Carrillo tiene admirables novelas y cuentos dignos del mejor de los cuentistas Leed "Las Mujeres de Zola", y la obsesión del guillotinado ha de ser un clavo en vuestras sienes y una amargura en vuestras almas.

En cuanto á su prosa, tiene cualidades dignas de ser espepecificadas.

Al leerla me da sensaciones de algo tangible y que al tocarse se disgrega. De algo que se acerca y huye, que es raso y terciopelo á un tiempo, burbuja de champagne y polvo muy fino del más luminoso de los oros.

Sensación del tacto porque el terciopelo suaviza y hasta musicaliza los poros de la piel. Sensación de la vista porque el oro la ciega con sus reflejos. Sensación del oido porque todo ello va envuelto como en un "trémolo" dulcísimo que sigue más allá del último párrafo.

En "Entre encajes", la sutileza ha llegado al colmo de

su plasticidad. Son capítulos que se leen por repetidas veces, que se devoran más que se leen, y que constantemente alegran con la suave ironía que guardan en cada palabra.

Pero yo no he podido encontrar en Carrillo lo que llamaríamos una "sensación de gusto".

Es decir, una prosa que por tan sentida haga meditar demasiado ó que por la fortaleza épica que la inunda, la haga de una "sonoridad" de cobre á que sólo ha llegado entre nosotros el salvajismo lírico de Vargas Vila.

Lo que existe y en un grado superlativo, es una masturbación de la musicalidad, un refinamiento de la sutileza que está más en las palabras que en las ideas. Y sin llegar á la hábil colocación de aquellas para conseguir un ritmo ó cadencia es siempre un músico perfecto.

Y esto no obedece á procedimientos artísticos de que han sacado provecho otros escritores, sino de algo que fluye como impresión total y que me considero impotente para dar una mediana sensación.

La música de la palabra, esto es. Porque Carrillo no ha ahondado ninguna fibra. Es melancólico, con la melancolía de los que han visto y vivido demasiado, de los que han sentido las cosas de la vida con un dejo de estoica entereza, diciendo con la estrofa de Darío:

Gozad de la tierra que un
bien cierto encierra.
Gozad porque no estáis aún
bajo la tierra.

De ahí á llorar con la desesperación de los que se crucificaron á sí mismos en el dolor eterno de un quimérico ideal, media cierta distancia. No se estrelló ni con la Quimera. ni con "las blancas paredes del manicomio que le evocara Monsieur de Phocas. Ni ha blasfemado ante ningún Dios porque ha sido el dilettanti incrédulo—su incredulidad le ha servido de faro—de todos los ritos. Ni ha derribado ningún altar porque con un orgullo un tanto donjuanesco, ha servido de monje en las legiones cristianas y de bonzo en el regimiento interminable de Budha.

Me figuro una bailarina en el vértigo de sus cabriolas ante un público que desea poseerla, besarla, ahogarla entre sus brazos.

Como ella. Carrillo posee el encanto de hacerse gustar, como ella sabe sugestionar, como ella cuando el baile termina con sonrisas en los labios desaparece.

Místico á ratos y á ratos lujurioso, con la lujuria de los frailes conventuales y eruditos, recitaría versos de amor á la virgen á cuyos pies se prosterna en demanda de mercedes. Y nada sería de extraño que por todo ello le pidiera sinceramente su absolución.

Y si Carrillo lloró que me perdone, si alguna vez gimió sangre y sal, que me perdone. No he podido figurarme al Carrillo trágico, y mi amor es por el Carrillo galante y espadachín.

Tal vez fué para muchos el elogio y la palabra armoniosa, únicamente él, en silencio, ha de haberse pronunciado la más triste y doliente de las canciones. Sea Lorrain mi tabla salvadora y diga—"los ojos de los hombres escuchan: algunos hay que hablan, y todos especialmente solicitan, todos acechan y espían, pero ninguno mira. El hombre moderno no cree y de ahí por qué ha perdido la mirada".

Perdón Carrillo si mis pobres ojos miopes ya no saben mirar, ni ver, ni siquiera adivinar lo que hay más allá de las palabras armoniosas de las frases pulidas y de las caras que rien....

"Grecia" no desmiente la genealogía de su autor. Vaporoso ligero, sutil. Y siempre, constante, perennemente sutil.

Hubo caballeros de Malta, Carrillo lo fuera de la sutileza. Grecia" es un libro de arte y de erudición. Se confunden los misterios íntimos de las cortesanas famosas y los nuevos descendientes de esa raza llena de vigor que ya no nos logra enamorar con sus eternos sensualismos de pueblo que dió lecciones de Belleza y de Ritmo. Raza fuerte en verdad que dió al mundo el raro caso de un ciego que vió.

Y esta desilución por lo que no logra reavivar el espanto de los antiguos misterios, lo dice Carrillo en su Priére, frente al Acrópolis. Esa oración corta y sencilla bien se vale el libro:

—"Yo me he preguntado lleno de melancolía cómo mi alma podíase sentir helada en este santuario, mi pobre alma que lloró al pié del Gólgota, mi alma que en Sinaí sufrió el temblor terrible del misterio, mi alma que en Ceilán viendo la huella de Budha se llenó de dulces lágrimas, mi alma que en Nikko, ante disos de nombres bárbaros y de leyendas obscuras tuvo un estremecimiento de fe...

... Y lo mismo que el gran Renán he dicho en voz baja, sin exaltarme, mi oración ante el Acrópolis:

"¡Diosa de los ojos verdes, bendita seas!"...

Hay un instante en esta lucha larga y sin tregua en que los peregrinos necesitan rejuvenecer sus músculos. En que el cansancio invade y domina hasta desfallecer, en que una pereza triste no hace caer de bruces con la cabeza entre las manos y tornar los ojos hácia un pasado de muerte, de misterio y de sombra.

Se hace necasrio poetizar con la mirra de las edades extintas la vulgaridad de una vida sin objeto.

Y recorremos una acensión de segundos, pueblos y civilizaciones que de tan antiguos y viejos hasta los diccionarios olvidan sus nombres. Pueblos más antiguos y más viejos que el madero en que agonizara el ilustre crucificado, civilizaciones que ya gravitaron sobre la conciencia de los hombres, mucho antes que sus parábolas fueran Verbo, Acción y Tea.

Pueblos que se llamaron Egipto, Persia, India, Siria, Cártago. Ciudades como Menfis, Tebas, Nínive, Babilonia, Jerusalem... Ríos como el Ganges, el Nilo, el Tigris, el Eufrates, á cuyas orillas florecieron poblaciones. Y es un lloro amargo el que nos viene porque sabemos que en la agonía disgregatoria en que los siglos fenecen ya tenemos nuestro puesto designado. Como ellos nuestras ciudades han florecido sobre sus Tigris sus Eufrates, sus Nilo. Y los edificios se vendrán abajo, y lo templos han de desplomarse en ruinas y otras generaciones irán llenando los claros que la muerte deje, mientras ellos, con su silencio de doscientos mil años continuarán su curso reflejando la misma luna, y las mismas estrellas, y el mimo sol, que en épocas sin cálculo ni medida alumbraran la real testa orlada del más miserable como del más bondadoso de los Faraones.

Pueblos y civilizaciones que apenas si entre una vaguedad de bruma responden al conjuro de nuestras interrogaciones, enseñándonos el nombre de la dinastía que los humilló, de las carnicerías que sostuvieron, y pocas veces de los cantores anónimos que dibujaron sus versos con el tallo de los lirios, ó grabaron signos cabalísticos con la empuñadura de la hoja.

Dinastías, guerras, cantores, que llevan entre sí siglos y siglos de diferencia, que se suceden en un rodar interminable de años y de los cuales sólo unos cuantos tuvieron la no rara habilidad de que sus iniciales no pasaran desapercibidas en el maremán de las ondas que nada respetan...

Y parte de esto significa la vanal, lo externo, lo que ya para nosotros no tiene significado cierto y preciso.. Son dioses, nombres y religiones que hace veinte siglos dejaron de perturbarnos el espíritu, que se alejaron sin dejar huella, porque Osiris y Baal hubieron de sentirse solitarios, y tan solitarios, que prefirieron el destierro—¡y qué destierro!—á la indiferencia de nuestras pobres almas descreídas y escépticas.

—"¡Venciste Galileo!" — exclamó Juliano — "¡Venciste Galileo!" y tenía razón

Pero lo que se fué, lo que representó labor de días, horas, y meses, el trabajo mental de generaciones y generaciones, "eso, no volverá".

Y los historiadores callan, y los doctores siguen cómodamente dictando sus cátedras. No sospechan, y viven bien. Felices...

Yo me figuro aquellos pensadores egipcios que han de haber escrito libros y grandes libros, paseando á la hora de la siesta por entre los juncos del río sagrado ó adivinando los rastros de una eterna degracia en los cientos y cientos de pobres diablos que bajo los ardores del sol, por décadas y décadas, tuvieron como única tarea levantar pirámides de piedra sobre las arenas calcinadas de los desiertos. Y esos pensadores estarían desposeídos de los perjuicios que la gleba hace suyos, algunos, iconoclastas, , ó religiosos de veras, cuyos principios de arte sin saberlo, quizá nosotros imitemos...

Sólo las pirámides han resistido el empuje de los siglos, lo demás ha muerto, ó talvez duerma...

Y esto representa una poesía y una lección. Por eso los espíritus cultos gustan de aspirar la poesía de lo desolado y la lección de lo vano y lo mudable. Claro que ya no logra impresionarnos, sin embargo consigue emocionarnos.

Al no vivir una edad que no es la nuestra, en el reino de lo muerto, lloramos pensando en lo que seremos nosotros para los que nos sucedan. Y si algún encanto tienen las ruinas, es precisamente el encanto de dolor que inoculan.

Este es el caso de "Grecia". Como los romeros de Heine, Carrillo ha de haberse sentido enfermo un día. Enfermo de ruido y de Europa, y como los romeros ha partido en busca de salud. ¡Oh si ha de ser triste la partida de los romeros enfermos!

Y al no curarlo la diosa, al no experimentar lo que tantos experimentaron, Carrillo galante y agradecido de un milagro que no se le hizo no tiene más que una frase:

"¡Oh diosa de los ojos verdes, bendita seas!"

Y ya que estas ruinas no nos hablan en el lenguaje del corazón, suspiremos por los que nos hubieran enseñado á interpretarlas y á amarlas.

Sobre ellos para la esfinge que muda desde hace millones de años, ha de hablar.

Su lenguaje ha de ser para otros hombres que aprendan lo que no hemos podido aprender nosotros: á sacar el secreto guardado por las cosas que hablan en silencio y sin gesto, ó en un palabra á conversar con el silencio. La Esfinge puede ser Mahoma, Budha ó Cristo, porque los tres resumen la Esfinge formidable del dolor crucificado.

Cuando el madero clame por la voz de sus llagas, veinte mil pueblos gemirán desde sus cuevas de ceniza y de polvo, veinte mil muertos han de hablar ante la luz.

Y comprenderemos entonces el secreto de lo que se nos escapa y esfuma...

JORGE WALTER PERKINS.

LETRAS ITALIANAS

EL CONTAGIO NIETZSCHIANO EN ITALIA

No es de maravillarse que un pensador y un estilista tan nuevo y tan subjetivo como Federico Guillermo Nietzsche, haya conquistado una popularidad tan ruidosa también en Italia. Los más de sus lectores y de sus secuaces se encuentran, no entre los estudiosos y los doctos, ó entre los hombres de ciencia, sino entre los artistas y los literatos puros, precisamente porque Nietzsche como escritor, es uno de aquellos que, aún traducidos, hacen sentir á quien lée el calor latente que penetra su pensamiento y su expresión, por cuanto elaborada con arte. "Pectus est quod disertos facit".

Individualistas, aristócratas, intelectualistas, y todos los "refinados" del reino, han expresado en los círculos literarios y artísticos, con conferencias y en los diarios, su viva simpatía por el gran partidario de una doctrina diametralmente opuesta á todas las teorías democráticas, sociales, ecualitarias. Lo más entusiastas pertenecen al "vile pecus" de los que hablan de oidas; de aquellos mismos que en los círculos literarios discutían sobre las "Nerinas" y las "Silvias" de Leopardi, y luego sobre los "Parerga" de Schopenhauer, leidos á trozos en alguna mala traducción francesa, y repetidos con galanterí para provocar la atención interesada de las damas "de sociedad"—;y que hoy día declaman enfáticamente alguna frase suelta sin siquiera saber si es del "Also sprach Zaratustra" ó del "Der Wille zur Macht", asumiendo actitudes de superhombres y ostentando desprecio por los más, por la gente común, por el "rebaño humano".

Son estos, jóvenes abogados aspirantes á la diputación, colegiales reprobados en el exámen de último curso del Liceo, críticos noveles y politicastros en busca de lugares comunes y de frases para producir efecto: son los intelectualmente y moralmente débiles y enfermos de aquella parte de la sociedad que está abandonada al arbitrio de todos los audaces y á la lucha anárquica de todos los ambiciosos y de todos los ávidos, no gobernados más que por la ley de sus instintos y de sus pasiones.

De Nietzsche se han ocupado en Italia, también filósofos y escritores educados en otras regiones del pensamiento: Giacomo Barzellotti, Ettore Zoccoli, Iginio Petrone, Alessandro Chiappelli, Felice Tocco, Francesco Orestano y algunos más.

Zoccoli escribe que Nietzsche nos introduce "en el más fascinador laberinto del error que jamás haya sido tejido por mente humana con hilos de sombra y de luz, poblándole de vírgenes quimeras y de gnomos fabulosos, con el milagro rítmico de su prosa sinfónica".

Barzellotti sostiene y demuestra que Nietzsche no es ni pensador, ni filósofo, ni, por consiguiente, "escritor" en el sentido más alto, más verdadero, más "humano" de la palabra. Las líneas de su concepción de la vida, dice Barzellotti, no tienen fondo metafísico que las sostenga y las recoja; el pensamiento del escritor es inorgánico y fragmentario: lo es por la misma manera con que se produce y surge en haces de resplandores vivísimos, que iluminana de pronto en torno un ancho campo ideal. Luego los resplandores se esfuman y todo vuelve á ser oscuridad y silencio, más aún que en la mente, en el alma de los lectores.

Iginio Petrone, contraponiendo lo "humano" á lo "sobrehumano, demuestra que la obra de Nietzsche está impresa de un trágico humorismo que le comunica una poderosa significación estética, que es un factor, y no el último, de la fascinación que ejerce sobre los más selectos temples de literatos y artistas. Constata, empero, que la vida de Nietzsche se halla en absoluta antítesis con su pensamiento, y que reflejándose en la inmaculada pureza de su arte, redime las aberraciones de la doctrina.

El creador del sentimiento de la tierra—dice él—el hipercrítico del ascetismo, fue un asceta, un estilista, encadenado á la columna de la pureza por un ideal soberbio de perfección!

En conclusión, fácil es demostrar que la crítica de la obra nietzschiana se ha abandonado á dos excesos, al del entusiasmo y al de la demolición. Ahora bien, me parece, que en Italia (y en todo lugar!) (1) no ha sido aun puesta en plena luz la profunda significación que la obra de Nietzsche tiene en la historia de la filosofía. Considerando á esta, no como un sucederse desordenado de teorías, pero como un desarrollo progresivo, en el cual, en conjunto, una determinada teoría es el perfeccionamiento de la que le precede, y el gérmen de la que le sigue, la filosofía de Nietzsche representa, para nosotros, una vigorosa y eficaz reacción contra la filosofía de la humildad, contra el humanitarismo excesivo.

(1) Tampoco se refiere á ello Fouillée, quien, sin embargo, ha escrito uno de los más hermosos trabajos de crítica nietzschiana.

En efecto, el altruismo absoluto, como única norma de vida, es, en rigor, antimoral, cuando es entendido en el sentido de sacrificio total del propio bien en aras del ajeno, mientras que, es absolutamente moral, cuando significa el sacrificio del bien egoista por la virtud, es decir, por la actuación del bien objetivo, de los bienes más elevados, en que están en comunión mi persona y las ajenas. La piedad, como sentimiento moral exclusivo, sólo logra rebajar el tono de la vida ética, eliminando el sentimiento de la fuerza y de la dignidad individual, y el de la justicia: por su natural tendencia á la humanidad, ella llega á hacer despreciar otros valores éticos importantísimos, como la cultura, el sentimiento de la responsabilidad y de la iniciativa individual, y hasta el de los derechos y los respectivos deberes inherentes á la persona humana.

Nietzsche reacciona contra esta tendencia: reacciona, pero "excede" en el sentido completamente opuesto al de la filosofía de la humildad. Fuera menester conciliar, en un nuevo sistema, ambos puntos de vista contrarios.

ÚLTIMOS LIBROS

No puede decirse que en Italia no giman las prensas...

Con placer anunciamos el libro de versos de OLINDO MALAGODI, impreso por la Sociedad tipográfico—editora nacional de urín. Malagodi es ya conocido por otros trabajos, especialmente por la elegante publicación "Il Focolare e la Strada", que es un ensayo de poesía... en prosa, pues, de las 360 páginas del libro, sólo siete están en verso. El arte de Malagodi está disciplinada por el pensamiento, fortalecido por la reflexión, y de aquí la fuerza de su obra poética, que agita en nosotros la simpatía del sufrimiento humano.

Con fidelidad poderosa el pinta el pequeño mundo de antaño en disolución, ilustrando los movimientos de la estructura social, é iluminando, cual gran artista, el concepto novísimo en el arte, del contraste entre "el hogar" y "la calle". El libro es toda una lírica; un hermoso poema de sueños y esperanzas, constataciones de hechos sociales revestidos de poesía que canta las más amadas idealidades sentimentales. También "Calabria desolata" es una publicación animada de simple y espontáneo sentimiento de arte y de vivo y moderno espíritu social. Es el alma del periodista y del hombre, vibrante de contínuo entre los aspectos de las ruinas, de la miseria, de la desesperación, de las innumerables miserias que pesan sobre Calabria y la oprimen.

—ZANICHELLI de Bolonia, ha publicado el "Albo Carducciano", un espléndido volúmen in 4o. formato album, impreso en papel de gran lujo. Es una iconografía de la vida

y las obras de Giosué Carducci. Notable é interesantísima es la parte VII del volúmen que reproduce los autógrafos carduccianos y la parte IX, donde está ilustrada con espléndidas zincotipas la Italia cantada en los versos del poeta.

—El mismo ZANICHELLI ya ha publicado los primeros 18 volúmenes de la colección de las obras de Giosué Carducci, y los trabajos de crítica literaria, alrededor de la obra carducciana, de Ranzi, Picciola, Limentani, Chiarini. Con igual entusiasmo... editorial, ha publicado, aparte "Myricae" los "primeros y segundos poemitas", los "Cantos de Castelvecchio", "Las odas y los himnos", y los "Poemas conviviales", también la "Canción del Olifante" y la "Canción del Carrocio" de Giovanni Pascoli. El digno sucesor de Carducci en la universidad de Bolonia, ha sacado la inspiración de esas canciones de las tradiciones populares que se refieren al rubio príncipe tomado prisionero por los boloñeses en Fossalta. El sentimiento épico en estas admirables canciones, se levanta á altísima nobleza, en los recuerdos de un tiempo que vió renovarse conjuntamente en Italia el poder político y el intelectual.

La franca originalidad literaria y la fuerza de la idea naconal, han adquirido relieve en toda su belleza de la puerza de la lengua y la simplicidad sincera de pensamiento poético. Pascoli logra volver á traer al pensamiento del lector las haterribles de la Edad Media, dando un aliento de vida á los tiempos lejanos, de los cuales, empero, tantos monumentos existen ante los ojos de los italianos.

JUAN CHIABRA.

NOTA — En el próximo ndmero anunciaremos las principales publicaciones de las demás casas rditoriales italianas, Laterza, Biondo, Brocca, Scandron, etc.

—En general se hará una amplia, concienzuda y detallada reseña de todas las obras (novelas y poesías, comedias y dramas, obras de erítica literaria, artística y filosófica, etc.) que sean dirigidas á NOSOTROS, *Buen Orden núm. 357*, Buenos Aires.

De las revistas italianas que llegarán como canje de NOSOTROS se extractarán los articulos más importantes.

LETRAS ARGENTINAS

"La gloria de don Ramiro" por Enrique Larreta

Grande debe haber sido, sin duda, el goce íntimo que á Enrique Larreta reportara la tarea de desarrollar paso á paso "La gloria de don Ramiro", alejado de la vida febril en el recogimiento de la vetusta Avila, sin vanos apresuramientos, sólo guiado por un profundo amor de arte y la aspiración nobilísima de hacer obra hermosa y perdurable.

Se dice que cinco años ha estado Larreta trabajando su novela, y el gesto que subraya la afirmación es de asombro. ¡Cinco años! Por cierto que no alcanzarán jamás á comprenderlo los muchos que aquí como en todas partes parecen haberse propuesto batir el "record" de la producción libresca.

Pero Enrique Larreta tiene del arte un concepto, si ya raro entre nosotros en estos días que corren, algo más acertado que el común. El sabe que la obra que no se escribe con sangre, con la firme voluntad de llevarla á la perfección posible, ni es valedera, ni digna de atraer la atención de nadie. El, sin duda, conoce el estado de alma del artífice que labra el período infundiéndole nervio, calor, ritmo, con el mismo deleite no exento de amargura con que la madre acaricia el rostro de un hijo que la hiciera sufrir mucho; la fruición entusiasta con que se depone sobre la página en blanco el epíteto raro, expresivo, musical, ó la imagen fresca y poética, cual si fueran algo muy precioso, muy santo.

Es por eso que con la paciencia de un Flaubert aunada á su arte magnífico, ha escrito Larreta en el silencio "La gloria de don Ramiro", de juro con la plena confianza en que su labor se vería al fin coronada por éxito mayor y más duradero del que suelen lograr todos esos libros sietemesinos, malamente engendrados en la beodez de la vanidad del aplauso inmediato.

En una prosa admirable, que reune condiciones sobresalientes de sabor y color, de noble severidad en el giro amplio, rotundo, ó de ligereza graciosa en el empleo de la imagen; de

precisión, vigorosa ó suave, según los casos, en la notación del detalle, y de castiza propiedad en todo momento, ha escrito Larreta su novela, en la cual concíliase la esbeltez de cada una de sus páginas, de sus descripciones, de sus episodios, con la maciza aunque elegante contextura del conjunto.

Esta sí que es prosa sana y robusta, abundante en el léxico, suelta en el giro, finamente poética sin languidecimientos innecesarios, siempre exacta sin haber menester de tortura, y que posee además el don superior de continuar en la buena tradición de la lengua castellana.

Su pluma ya corre nerviosa sobre el papel, ya reposada; bien tiene sobresaltos de pesadilla, bien la serenidad de un lago; ora brota epítetos cálidos, sensuales, ora vagos, impregnados de dulzura; ya acaricia, ya muerde,—todo ello fundiéndose en una unidad admirable.

El diálogo, singularmente, que Larreta ha compuesto según la lengua del siglo XVI, época en que se desarrolla la acción, es de un inestimable valor. ¡Cómo interesan y cautivan los severos parlamentos del canónigo Vargas Osorio, macizos de sabiduría, erizados de silogismos, majestuosos como ropas talares; los entusiastas de don Diego de Bracamonte, cuya arrogancia flamea cual tea incendiaria; las sutilezas y el discreteo de doncellas y galanes!

Serios y largos estudios ha de haberle costado al autor esta novela, para lograr darnos en ella una pintura tan verídica y palpitante de la España de Felipe Segundo y de las figuras que en esa tela se destacan. No un detalle ha descuidado el novelista que pudiera contribuir al efecto total del cuadro, á evocar la imagen más aproximada de la realidad pretérita. "La gloria de don Ramiro" nos transporta de lleno al ambiente en que su acción se desenvuelve: sus personajes son creaciones de carne y hueso y no vacíos muñecos. Sus trajes, sus costumbres, su habla, sus setimientos y sus ideas los hacen revivir ante nuestros ojos en el fondo real de esas ciudades de Avila y Toledo, para cuyo conocimiento perfecto ha unido el autor la observación directa de su letargo actual al estudio de su glorioso pasado.

Dos mujeres dominan en la tela, Aixa y Beatriz, ambas dos vivas creaciones, que el lector ya no olvida, aun cuando deje de la mano la novela. Aixa, blanda y voluptuosa en los sacrificios de amor; piadosa y buena como una hermana en la asistencia de Ramiro enfermo; sublime en el martirio; fascinadora mezcla de sensualidad y santidad; Beatriz, á quien seguimos á través de todas sus mutaciones de coqueta, desde su niñez encantadora, con gravedades de matrona, cascabeleos de loquilla y precocidades de hembra, hasta su muerte trágica después del beso supremo.

Y los hombres también se destacan en plena luz, don Iñigo, don Alonso, Medrano, el Canónigo, Bracamonte, don Gonzalo.... El novelista es señor de la línea y del color, y sabe siempre en pocos trazos dar relieve á sus creaciones. No más de dos páginas le dedica á Felipe Segundo, mas bastan para no olvidar ya al tétrico monarca, á quien nos parece ver todavía señalar con perentorio además la puerta á don Alonso.

Sobre todos ellos, surge, empero, naturalmente, el protagonista de la novela. Don Ramiro es un alma harto compleja. A través de toda la obra le vemos debatirse entre la vitalidad poderosa de su temperamento y la religiosidad asfixiante del ambiente, que pesa sobre él como una lápida, incapacitándolo para todo libre vuelo. Ser sin voluntad, combatido entre su misticismo y su sensualidad, Ramiro abre de continuo las alas en locas aspiraciones de gozar, de remontar los aires; pero siempre vuelve á caer á tierra con las alas rotas, detenido en la ascensión por las ligaduras que fuertemente lo atan al temor del pecado. La fatal herencia, además, que lleva en sus venas, de sangre mora y cristiana, repugnantes entre sí, es el desgraciado destino que sobre él se cierne desde la cuna, y que volverán irremediable el hechizo fatal de Aixa y el cruel desvío de Beatriz, al cruzarse sus vidas con la de él.

Y para dar el carácter exacto á su protagonista, en quien la carne y el espíritu traban lucha encarnizada y sin tregua, y á ese mundo sobre el cual la pesada mortaja del catolicismo español no había podido ahogar las protestas siempre triunfantes de los sentidos, encendidos por el sol, embriagados de aromas, tentados por los demonios de la concupiscencia, Enrique Larreta ha necesitado emplear á un tiempo el lenguaje de la mística y el de las cosas terrenas, y á la verdad que lo ha hecho con dominio parejo de entrambos. Las escenas en que la pasión humana estalla y la carne proclama sus derechos son numerosas en "La gloria de don Ramiro" y todas audazmente descriptas. El vivo sentimiento de la forma y del color, del perfume y del sonido los tiene el autor, que en esto es artista bien "objetivo", si es permitido expresarse de este modo. Y usando de otra palabreja en boga, aunque de sentido igualmente indeterminado, puede decirse también que es un novelista "impersonal", en cuanto contempla las cosas de este mundo sin animosidad en pro o en contra, con mirada serena, imparcial, completamente olvidado de toda otra intención que no sea la de hacer obra de arte. Como ejemplo más característico de esto último, daría la pintura admirable del auto de fé, que llega á inspirar en el lector horror y repugnancia, sólo por el acento de verdad que surge de ese histórico cuadro de idólatra crueldad.

Sin embajes he de decirlo: "La gloria de don Ramiro" es la mejor novela que hasta la fecha haya escrito un argentino. Y me expreso de este modo, pues no sé si es justo decir: la mejor novela con que cuentan hasta la fecha las letras argentinas. Obra, en efecto, de inspiración española, pensada y escrita en España y allá editada, acaso pudiera excluírsela por tales motivos del catálogo de nuestras letras, prescindiendo del accidente que sea un compatriota su autor. Mas no. Ni por la materia ni por el idioma, "La gloria de don Ramiro" nos es ajena. No lo es por la materia, porque tiene para nosotros un interés histórico y sociológico enorme todo aquello que atañe á la grandeza y decadencia de la madre patria, con cuya vida nos han unido en todo tiempo los vínculos de la sangre, dependiendo del conocimiento del alma de su pueblo la aclaración de muchos de nuestros fenómenos sociales; y no lo es por la lengua, pues fuera locura admitir que ha de renegarse un libro escrito con libertad en buena prosa castiza, malgrado no sea dicha prosa la más familiar á la mayoría de nuestros escritores.

Argentina y bien argentina, es, por consiguiente, esta novela de Enrique Larreta, y ella debe enorgullecernos, como ha de ser también prez de las letras castellanas.

Y ahora, al terminar, me vuelve á la memoria el vaticinio que sobre este escritor formulara en 1896 Pablo Groussac, al presentarlo á los lectores de "La Biblioteca", á raíz de la publicación en ella de la fantasía griega "Antémis", en la cual Larreta, que entonces contaba apenas veintitrés años de edad, se revelaba ya un impecable prosista, aficionado á las reconstrucciones de épocas y ambientes lejanos.

Escribía de él Groussac entre otras cosas:

"Príncipe de la generación entrante con Estrada y algún otro, ¿tendrá esa energía persistente del esfuerzo, que retribuye y valoriza el don gratuito del talento? Sigue estudiando contra la pendiente peligrosa de la fortuna y el medio frívolo: es un gran signo. Otro vemos en él, no menos presagioso: desdeña las hipérboles de la camaradería que, semejantes á las tinturas para el cabello, sólo engañan á sus poseedores.. El tiempo dirá; entretanto, le damos nuestro voto."

No fué mal empleado el voto del historiador de Liniers. Ni ha perdido Larreta su principado de las letras, que, por derecho, podía adjudicarle Groussac, ni la pendiente de la fortuna lo hizo rodar, ni la frivolidad del medio lo ahogó: substrayéndose á este último persistió en el esfuerzo y dió así pulimento al diamante en bruto de su talento privilegiado. Además—y esto es lo más hermoso—sigue no cuidándose de los aplausos interesados ó inconscientes.

El tiempo ha dicho su palabra. Larreta ha cumplido todo lo que prometía; sin embargo, con ser ya una realidad, continúa siendo una alta esperanza para nuestras letras.

"El viaje á través de la estirpe y otras narraciones—Por Carlos O. Bunge.

En repetidas ocasiones he tenido oportunidad de referirme al talento fecundo de Carlos Octavio Bunge, que, si se impone por su franca espontaneidad, suele á veces irritarnos por el hecho de mostrarnos á un escritor que no siempre subordina, como debiera, la extensión á la intensidad de su labor.

He de confesar, sin embargo, que dicha labor me atrae cada día que pasa con mayores simpatías. Me atrae porque siempre he amado la consagración absoluta al estudio y á las letras, como la observo en Bunge, en cuya producción extensa figuran obras de positivo mérito como "Nuestra América" y "El Derecho"; y tanto más me atrae cuanto más va creciendo día á día mi tirria contra los impotentes que claman (ó mejor, murmuran, porque ni á clamar se atreven) contra los que verdaderamente trabajan, aun errando á veces, cosa harto humana.

Si se quisiera hacer girar la entera psicología literaria de Bunge alrededor de dos condiciones fundamentales de su espíritu, podría decirse que son sus características más salientes la espontaneidad brillante y... ¿por qué no?... la ingenuidad. Léase cualquiera de sus páginas: de pronto algo nos choca, interrumpiéndonos el placer de la lectura: es algún gesto enfático, alguna frase inoportuna ó cualesquiera otros rasgos que pueden calificarse de ingenuos, productos de una inteligencia viva, versátil, multiforme, juvenil.

No sé si me explico. Así como hay niños con alma de ancianos, hay hombres maduros con alma de niños. Por fortuna para él, Bunge es uno de estos últimos. De mi parte, puedo decir que es á ellos á quienes siempre he dado con preferencia el voto de mi aprecio ó de mi amistad. Y que Bunge me perdone, si mi psicología, que en este caso no presume de aguda, pues constata un hecho asaz evidente, contradice un tanto su acta de nacimiento.

El último libro del distinguido escritor, que me ha movido á hilvanar estas consideraciones, es "El viaje á través de la estirpe". Este libro de cuentos es, como "Thespis" del mismo autor, una buena obra en el género, dándole al adjetivo "bueno" toda su amplia significación, algo amenguada por el mal empleo.

El plato fuerte del volumen es "El viaje á través de la estirpe", extenso relato entre científico y fantástico, en el cual sólo es de lamentar el escaso desarrollo y profundidad que tiene en él la idea que le sirve de eje. ¡Cual poema admirable podría hacer con ese viaje desde el origen de la Vida hasta la aparición del hombre, un Lucrecio del porvenir que transformara las verdades ó las hipótesis de la ciencia en materia poética!...

En prosa llana Bunge ha tocado el asunto rápidamente, dándonos algo así como un catecismo evolucionista de fácil y amena lectura. En cuanto á la lógica de la narración, confieso que se me escapa. No porque los hombres descendamos todos de las más bajas formas de la animalidad es injusto y torpe el sentimiento de los aristócratas que se enorgullecen de su origen. Al problema, asunto del relato, de si degeneran los hijos de Lúcas y Teresa por culpa de la plebeya sangre de la madre ó de la aristocrática del padre, no aporta ninguna solución el tal viaje á través de la estirpe. Dicha solución no se halla rastreando nuestro común origen animal, sino las condiciones físicas, psicológicas y sociales de nuestros antepasados más cercanos.

Se completa el libro con tres narraciones de índole diversa: "La sirena", curiosamente fantástica; "¡Un valiente!", llena de aquel simpático humorismo que animaba "El capitán Pérez", uno de los mejores cuentos reunidos en "Thespis", y "La perfidia femenina", interesante disertación dialogada sobre la psicología de la mujer, ejemplificada por tres breves relatos que, seguramente, no han de ganarle á Bunge las simpatías del sexo gentil.

En resumen, un entretenido libro de cuentos que no desmerece de la restante producción ligera del mismo autor.

El libro de la duda y los cantos ingenuos—Por Carlos Alberto Leumann

Este libro de versos de Carlos Alberto Leumann deja en el lector perspicaz la clara impresión de que el espíritu del autor es, en la concepción de los temas, en la idea de su desarrollo, en la novedad y profundidad del pensamiento y en la frescura y riqueza de la fantasía, muy superior á su capacidad actual de traducirse en el milagro rítmico del verso.

Leumann no domina todavía ni la lengua ni la forma poética cuanto fuérale menester para la justa expresión verbal de su rica vida interior. Se repite á menudo que quien piensa bien, sabe asimismo decir bien: me parece, empero, que la afirmación es antojadiza, y que, gozando el artista

de una exhuberante lozanía de pensamiento puede no haber alcanzado aún al pleno dominio de la forma métrica ó tambien á no dominarla jamás, por este misterio psicológico que es la razón de que algunos sean almas esencialmente musicales y otros carezcan de ese precioso don de natura.

Alma musical Leumann lo es, mas no llegada todavía á la necesaria plenitud y adoleciente aun de falta de cultivo. Hasta la evidencia lo prueban en el libro los innecesarios rodeos; las redundancias inconvenientes; el abuso de gerundios al final del verso, para lograr fácilmente la rima; la repetición obligada de algunos adjetivos predilectos, con desventaja para la exactitud de la idea; ciertas combinaciones de palabras consonantes empleadas en diversos lugares... en una palabra, digámoslo con franqueza: el ripio frecuente.

De ahí que una fácil caracterización de "El libro de la duda y los cantos ingenuos" podría ser esta, asaz vulgar: que es una obra inferior á su autor.

Se divide el libro en dos secciones, como el mismo título lo indica. En "el libro de la duda" ha puesto Leumann su credo filosófico; en "los cantos ingenuos" ha derramado la parte juguetona y ligera de su espíritu.

He intentado formarme una idea de la filosofía del poeta por sus versos. Muy propia para ello es una de las composiciones del libro, la titulada "Serenidad"—aunque con propiedad discutible,—pues de veras que es poco sereno ese doloroso escepticismo que toda entera la agita. Hay, sin embargo, en dicha composición evidentes contradicciones que limitan la posibilidad de presentar en un sistema armónico la filosofía de Leumann. En honor de la verdad, desmintiendo aquí en particular lo que poco antes afirmé en general, he de decir que en "Serenidad" no es sólo la expresión verbal que vacila, sino también el pensamiento del autor, ya confuso, ya contradictorio. De ella se puede, no obstante, deducir que el poeta se ha despojado—idealmente, se sobreentiende—de toda pasión, de todo afán, y reducido á ser un pensamiento solitario. Todo es igual para él: en su alma el mal y el bien se equivalen. Su pensamiento se remonta sobre su propia vida y la contempla indiferente. Todo es vanidad. Más bien, todo acaso es ensueño; nada existe: sombra y materia son idénticas. Una quimera, una comedia ilusoria es nuestra misma vida.

Tal el pensamiento de la poesía, si tratamos de darle unidad. Paso sobre las oscuridades de concepto. De las contradicciones valga la siguiente de ejemplo:

Así al azar de adustas reflexiones
Sin sed, sin emociones,
Sólo presa de exangües devaneos,
Vagos deseos
Y oscuras
Ternuras,
Iba una vez pensando
Que cuando
Se sabe de las cosas el vacío,
Es profundo el hastío
Que embarga
Y es la vida muy larga...

Descartando la debilidad de la estrofa, ¿cómo es posible conciliar el "sin sed" con los "vagos deseos", y el "sin emociones" con las "oscuras ternuras" que hacen presa del alma del poeta? Los adjetivos "vago" y "oscuro" podrán servir para empalidecer el concepto, mas no bastan á anular ni los deseos ni las emociones. ¿Y cómo van de acuerdo además, ese hastío que nos embarga y la consideración de que es muy larga la vida, con la indiferencia, la "serenidad" cantadas?

No quiero insistir en este valbuenismo filosófico; pero créame mi amigo Leumann: contrasentidos de éstos hay muchos en "El libro de la duda".

La filosofía rápidamente esbozada del poema "Serenidad" es, salvo agregados sin importancia esencial y contradicciones aceptabilísimas cuando no están en la misma composición, más ó menos igual en todo el libro.

En "Más allá", poema hermoso y profundo por momentos, el poeta, arrancándose de la conciencia la impresión de la existencia, y arrojando al viento el sentimiento como un despojo, penetra,—dice

....bravío,
Donde no fué otro paso sino el mío,
Donde nunca voló de otros mortales
El pensamiento, atado á las señales
Que les dejan los padres á los hijos
En el cerebro como puntos fijos.

Felicísimo rasgo! De semejantes los hay frecuentes en el libro. Y el poeta conoce el "más allá"; pero—¡es una lástima!—no puede revelárnoslo, pues ni es describible en lenguaje humano, ni puede contenerlo nuestro limitado pensamiento. Toda esta última parte del poema tiene un vigor tal, que debo hacerme fuerza por consideraciones de espacio, para no transcribirla íntegra; como asimismo merecería ser transcripto, si estas notas bibliográficas pudieran pasar de

tales, el hermosísimo poema "El ángel bueno", sin duda alguna el mejor del libro, y en el cual armonizan admirablemente la originalidad y belleza del asunto con la versificación amplia y segura, sólo deslucida por dos ó tres tropiezos sin mayor trascendencia.

También una meritoria composición es el poema dramático "Nirvana", que denuncia la asiduidad de Leumann con los poetas románticos. Las ideas familiares del autor vuelven á hallarse en él. Los leopardianos

amaro e noia la vita; altro mai nulla,
e fango é il mondo.

podrían servir de epígrafe al poema. Y, también, como en el lírico admirable de Recanati, el amor y la muerte se unen en "Nirvana" en eterno connubio.

Una observación superficial á este poema: ¿por qué ha puesto Leumann el nombre de "Juana" á la protagonista? Pecado de vulgaridad en escritos de esta índole, que jamás perdonaría un ferviente dannunziano.

Otra cosa muy diversa del "libro de la duda" son "los cantos ingenuos". Ciertamente en ellos ha dado Leumann una nota personal que débesele tener en cuenta. Ingenuo es en verdad el espíritu de esos cantos: no por el asunto á menudo asaz atrevido, sino por la manera pueril y picaresca y despreocupada con que el poeta suele encararlo, puesta de manifiesto en los mismos títulos característicos, que mueven de por sí solos á curiosidad.

Su argumento, tenue, ligero á veces como un globo de jabón, es generalmente ingenioso. Ya es Cupido que vuela inútilmente á herir con sus flechas al niño Dios, y se venga más tarde hiriendo á la Magdalena; ya una zagala que con su amor devuelve la vida á un príncipe enfermo: muere la zagala, se entristece el hijo del rey, y al año siguiente... se casa con una bella princesa; ora es Manon Lescaut que, por natural bondad hace gozar á los pastorcillos inocentes; ora la Virgen que llora de envidia al oir tocar el clavicordio á Santa Cecilia; ó es una ninfa que por inoportuna esquivez, pierde la buena ocasión de solazarse con un fauno; ó un zagal que tiene celos del agua en que bañó su pie una pastora....

Otras poesías de índole más subjetiva hay en el libro, todas sentimentales, algunas en francés (un francés discutible): noto entre ellas un soneto, "De cómo mi alma va muriendo", que sabe á Stecchetti, cuya influencia siéntese también en el "Poema", puesto, no me explico el por qué, en "el libro de la duda"; "Visión", una de las más perfectas poesías de Leumann; las "Estancias" y la titulada "De lo que me hizo recordar una mujer".

La inspiración siempre fresca, á ratos traviesa y por instantes perfumada de una sutil melancolía; la imaginación delicada, y la rápida desenvoltura en el desarrollo del tema, son características de todas estas livianas composiciones, mucho más apreciables—aparte los defectos generales antes señalados,—que las de "el libro de la duda", á pesar, ó tal vez por eso mismo, de la falta en ellas de los trascendentalismos filosóficos de esa primera parte.

Y, precisamente, "El ángel bueno", que hemos indicado como la más completa composición del libro, está exento de tales trascendentalismos, que han de ser usados con circunspección y mesura. Este significativo ejemplo puede servir de consejo.

"Ideaciones"—Por Juan Más y Pi

Siempre que en nuestras librerías aparece algún buen libro de crítica literaria, me invade el corazón un gran contento. La han denigrado tanto á la pobrecita crítica que toda defensa de ella—y un buen libro es una defensa—no puede menos que alegrarnos á los que la queremos.

¡Si la han denigrado! Que lo digan si no los muchos autores que manifiestan sentir por ella tan olímpico desprecio, considerándola tarea de pedantes, de estériles ó de envidiosos, bien que no se olviden nunca de enviar sus libros á los diarios, en solicitación de la anhelada crónica! Siquiera lo dijesen por todos aquéllos que aquí como doquiera rebajan su nivel, volviéndola instrumento de personales odios, ambiciones ó simpatías, sólo igualada su falta de honradez por su ignorancia; pero no, cuando la condenan, lo hacen sin atenuantes ni distinciones, dándola por inútil, sin pensar que, como mil veces se ha dicho, la buena crítica, la verdadera, aun desprovista de su primordial objeto expositivo y analítico, conservaría el valor de un género literario, tan digno de respeto como cualquier otro, por las ideas que en él puede volcar el escritor, filósofo y artista á un tiempo. Mas, como el adagio viene repitiendo desde siglos, el número de los necios es infinito, y fuera risible quijotada la mía, si se me ocurriera presisamente á estas horas de indignarme de la antiquísima estulticia humana. Por ello he aprendido filosóficamente á soportar la tontería y á asentir con gravedad ante el disparate, reservándome la compensación, como dije poco antes, de decir á todos los vientos mi alegría cuando me entero de la aparición de algún nuevo libro de crítica, escrito por alguna pluma de aquí, de las bien cortadas.

Decir esto y agregar que dicha satisfacción la experimenté al recibir el último libro de Juan Mas y Pi, *Ideaciones*, me parecería una redundancia.

Bello libro á fé mía, *Ideaciones!* No es finísimo, sino modesto, el papel en que está impreso; no lo han editado los hermanos Moen, y se vende baratísimo; pero es un muy buen libro.

En él ha reunido Mas y Pi una parte de su enorme producción, dispersa en periódicos y revistas. Enorme sin exageración, pues Mas y Pi es de los pocos que han hecho entre nosotros de las letras y el periodísmo una profesión á la par que una misión noble y útil. El periodísmo es el plato en que, con mayores ó menores ganas, nos desayunamos diariamente todos aquellos á quienes nos dió un buen día por echarnos á escribir; sin embargo, ¿cuantos son los que lo ejercen con independencia y elevación tales, que no tuerzan su criterio ni por la esperanza de prebendas, en pago ó á cuenta de elogios pasados ó futuros, ni porque así lo exige la dirección del diario, en el cual es menester decir blanco lo que se cree negro? Entre ellos, á mi juicio, figura con derecho Mas y Pi.

La crítica literaria sobre todo, á la cual con preferencia se ha consagrado, la ha ejercido siempre con elevación poco común. Si una obra no le ha parecido bien, fuera de quien fuere, cuando ha creído oportuno decirlo, lo ha dicho, y si le ha gustado también lo ha dicho, aunque haya debido ir contra la corriente.

Crítico agudo, que todo lo vé en los libros y que sabe considerarlos desde los múltiples puntos de vista en que conviene situarse para su análisis completo, se inclina empero con marcada predilección á observar en ellos su faz ética ó social, sobre cualquier otra. Es un crítico moralista, que suele convertir sus estudios bibliográficos en arena de fecunda agitación de ideas, expuestas con seguro criterio en una prosa fácil y plena, á la cual infunde cierto tono oratorio el continuo entusiasmo de que la anima el escritor. No se ensaña con los libros ni con los autores; no es mordaz, no es acometivo: sus naturales enojos no transponen jamás los límites de la moderación.

La primera parte de *Ideaciones* está dedicada á los hombres y libros argentinos y americanos; la segunda á las letras y al pensamiento europeo. Y en esta segunda parte hay capítulos—verbigracia los que tratan de la "voluntad y el individuo en Ibsen", de "Remy de Gourmont", de la "doctrina de Nietzsche", de Martínez Sierra, de "Zola y la idea de justicia"—que por la seriedad filosófica que los informa, merecerían algo más que la simple notación á manera de índice, á que me obliga la imprescindible necesidad de limitarme.

En ellos es, donde, en la exposición que el crítico hace del pensamiento ajeno, leemos entre líneas el de él. Allí vemos cómo Mas y Pi ama la vida y cree en el porvenir. Porque él es un fuerte de espíritu, un combatiente por todo aquello que mar-

que una ascensión. Lo falso, lo convencional, los prejuicios tienen en él un irreconciliable adversario. Es individualista: cree en el progreso colectivo por la elevación de cada ser hacia un mundo mejor, en que el aire sea más puro y más respirable. Confía en un egoismo vital, alto y sereno, voluntad creadora, energía que impela, que encamine al hombre hacia la cumbre, siempre más allá. "En el egoismo— dice—se apoyan los más grandes y sólidos cerebros para plantear un futuro estado social de armonía y de paz". Y luego: "Del egoismo bien encaminado, del egoismo bien dirigido, de ese egoismo—gimnasia puede salir tarde ó temprano una nueva generación de hombres capaces de darse á sí mismos, de conquistar para sí mismos la felicidad que es el objeto real de esta eterna peregrinación por lo desconocido". El hombre sólo ha de sacrificarse por el hombre. Tal es su fórmula: "¡El hombre por el hombre!", derivada, á no dudarlo, del maxstirneriano: "yo no he fundado mi sistema sobre nada."

¡Bien por esta forzaleza espiritual, por su fé en el ideal por su confianza en la virtud del egoismo hecho energía propulsora! Todo ello es tónico, es vivificante, y tanto más apreciable en un sembrador de ideas como Mas y Pi, cuya diaria influencia siempre creciente sobre el público, ha de acabar á la larga por ser decisiva entre nosotros para marcar derroteros, señalar obstáculos é impedir lamentables desviaciones.

Por cierto que el biógrafo de Almafuerte es también su discípulo mejor.

Las nuevas tendencias literarias—Por Manuel Ugarte

Cierto señor Bazzano, en un artículo reciente repleto de perogrullesca sabiduría, que llevaba el inteligente título de "Hágame Vd. el favor de permitirme dos palabras", recordaba, á propósito de este nuevo libro de Ugarte, que cuando apareció "La joven literatura hispano-americana", levantaron ruidosa gritería los omitidos, entre quienes, según él, los gacetilleros eran los más.

Pasemos sobre esto de los "gacetilleros" que atacaron la antología de Ugarte, entre los cuales había nombres como los de José Enrique Rodó, Rufino Blanco Fombona y Juan Mas y Pi, y tratemos de darnos cuenta de la elevación de espíritu del señor Bazzano, quien, inspirándose tal vez en sus propios sentimientos, pone detrás de toda crítica tan bajas razones personales como las apuntadas.

Me interesa aclarar este punto—y es por ello que he metido en danza al señor Bazzano,—pues yo también, para honrar mi oficio de enciclopédico gacetillero, dí á su tiempo

en contra de la antología de marras, y no por cierto porque mi vanidad se hubiera sentido resentida de que en aquélla no aparecieran páginas que nunca he escrito.

Me parece, por otra parte, que Ugarte también lo pensó así, pues con nobleza que le honra no tomó á mal mis censuras, antes bien las tuvo por sinceras.

Me ha llegado ahora el momento—á pesar de la viva estimación que su alta inteligencia y su abierto corazón me inspiran—de reincidir en mi actitud adversa á la labor de divulgación crítica de nuestro compatriota, aunque por ello haya de ganarme el desprecio sublime del señor Bazzano, que, sin duda, argumentará de nuevo noblemente sobre inclusiones y exclusiones.

En "Las nuevas tendencias literarias" ha reunido Manuel Ugarte una serie de crónicas ya publicadas en diarios y revistas, y algunos prólogos, en todos los cuales con entusiasmo comunicativo expone sus teorías sobre la literatura actual y la del porvenir, manifestándose como siempre decidido partidario del arte social.

Aceptables ó no sus opiniones, tienen, sin embargo, esas páginas, los méritos de la generalidad de las del brillante cronista, á saber, la fecunda efusión, el delicado espíritu poético, la elevación de ideales y la seductora elocuencia.

Pero no es sobre estas cualidades de la prosa de Ugarte sobre las que hoy quiero detenerme una vez más, sino sobre la errada inclinación de muchas de las mencionadas crónicas, que el autor ha convertido en catálogos de nombres y en índices bibliográficos que acusan su falta de espíritu crítico y su aparente incapacidad de distinguir lo bueno de lo mediocre y éste de lo rematadamente malo.

Dice Ugarte que esta característica de sus libros que se le ha reprochado, es precisamente á sus ojos el único mérito de ellos. "Nuestros países—escribe—no reclaman censores rudos que ahoguen en gérmen todas las tentativas, sino cronistas conciliantes que, teniendo en cuenta las imperfecciones, acojan á los que luchan con una palabra afectuosa y un saludo cortés."

Completamente de acuerdo; pero siempre que nos entendamos sobre quienes son "los que luchan". Los artículos de "Las nuevas tendencias literarias" arrastran de todo en su generoso caudal: nombres ilustres y nombres oscuros, realidades y principiantes, verdaderos talentos y mistificadores conocidos, cuando no imbéciles sin perdón de Dios. Si Ugarte quizás lograra engañar á los lectores de "La Lectura" y de "La Revue", á nosotros no puede dárnosla á beber. Aquí bien nos conocemos los unos á los otros, y por encima de las apreciaciones individuales, posiblemente injustas y deformadas por la

pasión, suele surgir el juicio general de todos sobre cada escritor ó los que presumen de tales, que si también puede andar descarriado en determinadas ocasiones, en las más es acertado. ¡Si Ugarte supiera con cual sonrisa entre irónica y compasiva se leen ciertos nombres que ha echado á volar por las páginas de su libro, dándoles alas con un buen refuerzo de adjetivos elogiosos!

Discursos, críticas, conferencias, recopilaciones, libros versos, novelas, tésis univeritarias, sainetes, tragedias, obras especiales, por ahí va en confusa mezcla todo lo que Ugarte recibe en París, acompañado de alguna frasesita amable ó francamente elogiosa, la cual, por lo común, no da la menor idea sobre lo tratado, más bien, tanto puede referirse á ello como á cualquier otra cosa de la avalancha, así sea un sistema musical ó un comentario á una constitución.

Me abstendré de personalizarme. La tarea sería dolorosa para mí, susceptible cual es de la intervención de personales antipatías en cosas de índole tan general. Pero convénzase Ugarte: nombres hay en su libro—y lo peor es que él ha de saberlo mejor que nadie—que nunca debieron brotar de su pluma. Ni son ni serán nada, ni representan nada.

Pero Ugarte es demócrata también en literatura, y como tal tiende á nivelarlo todo. En su libro Darío ó Valencia, Sánchez ó Fortoul, entremézclanse fraternalmente, en interminables y heterogéneas retahilas de nombres, muchos de ellos tullidos, con los más vacíos, tontos y despreciados grafómanos de América. Los nombres grandes se achican en sus crónicas; los chicos se agrandan, y todo se confunde del modo más lamentable. Para quienes tienen la serena conciencia de su valer ya ha llegado el caso de sentirse seriamente molestados, cuando se vean citados en las crónicas literarias de Ugarte.

La culpa de esto reside en el descaminado concepto que del arte se comienza á tener. El socialismo también va entrando en este terreno, que debiera quedarle cerrado. En las páginas de Ugarte parecen ya escucharse los gritos de los proletarios de la literatura, pidiendo también ellos igualdad sobre la pauta de su miseria intelectual. Es la confusión de las ideas seculares, el derrumbe de las cumbres, la muerte del ideal, el enseñoreamiento de lo plebeyo. ¿Hay acaso diferencia entre "La gloria de don Ramiro" y un libro de pensamientos del señor Bernal? Ninguna, se contesta. El señor Bernal "ha hecho" él también como Enrique Larreta; ¿qué más se exige de él?

Las cosas ya no tienen valor; sólo lo conservan las palabras. No es el mérito del cuadro lo importante: lo que se necesita es un trozo de tela pintada que ocupe su lugar en la

pared. La obra admirable realizada es lo de menos: lo que hace al caso es que se siga escribiendo febrilmente para llenar esa función que en otro tiempo llamábase y síguese llamando "labor artística". Todo lo cual además suele esconderse bajo el disfraz de la necesidad del arte por la idea y de la utilidad social de la literatura, Y cuando nos resistimos á ver la utilidad social de cualquier tontería, siempre se nos puede contestar que es una obra más, el esfuerzo del espíritu de un hombre. ¿Que ese esfuerzo ha abortado? ¿Y qué importa? ¿No dije ya que lo importante es la intención, la palabra, y no la cosa realizada?

Pero vuelvo á "Las nuevas tendencias literarias". Leo en una de sus páginas:

"Hablar con indulgencia de todos los libros no es asegurar que todos son perfectos." Y nadie lleva la severidad hasta exigir puramente libros perfectos y menos en nuestra América, donde andan tan escasos, si es que los hay. Pero de ahí á hablar de todos los libros, no sólo con indulgencia, sino, por lo general, con desmedido elogio, va un largo trecho. Además, hasta la indulgencia pide sus límites.

También yo, actualmente adversario decidido de la crítica despiadada, peco tal vez de benévolo, lo cual, sin embargo, no me obliga á enaltecer cuanto pordiosero de la literatura merodea por estos pagos.

No, mil veces no. La labor indicada de Ugarte ni es seria ni útil, y muchos hasta desconfían de que sea honesta, pues creen, no diré con cuanta razón, que hay en ella algo del "te alabo para que me alabes".

Y si esto último no es cierto, es menester de todas maneras reconocer que á Ugarte lo inhabilitan para ejercer de crítico su optimismo á toda prueba, su benevolencia ilimitada y su caridad cristiana. Le falta el juicio sereno, indulgente si se quiere, pero equilibrado. Y tanto le falta esa serenidad de juicio, que, dejándose arrastrar por su amor propio herido, en una mala hora de olvido de su decantada benevolencia, incurrió en el antipático error de cometer con Rodó una injusticia evidente y de reincidir en ella al publicar ese documento de polémica en un libro en que se hinchan á tantas nulidades, ineptas hasta para leer con corrección la prosa castigada del crítico uruguayo.

Y á la verdad que todo lo señalado es de lamentar, pues Ugarte se halla en excelentes condiciones para ser de verdadera utilidad para las letras americanas, suscitando mediante sus cartas, sus crónicas y sus libros, interés en un país por los literatos de otro, alentando á los buenos, y estrechando vínculos entre los escritores, los verdaderos, de habla española.

ROBERTO F. GIUSTI.

LA DEMOSTRACIÓN A JUAN MAS Y PI

Juan Mas y Pi acaso proteste de esta denominación. La cena íntima en la cual congregóse un selecto grupo de intelectuales en el restaurant Ferrari, el 6 del corriente, no fué propiamente, según lo estipulado, una demostración al talentoso crítico, quien sólo permitió que, aprovechando de la reunión mensual ya definitivamente denominada "el almorzáculo", se le saludara por el éxito de su último libro "Ideaciones".

Asistieron á ella Juan Mas y Pi, Salvador M. Boucau, Florencio Sánchez, Carlos de Soussens, Enrique Banchs, Marcelo del Mazo, Federico S. Mertens, Evaristo Carriego, Guarro Vilarnau, Rafael Arrieta, Alvaro Melian Lafinur, Emilio Ravignani, Alfredo Costa Rubert, Jorge G. Borges, Macedonio Fernández, Josué A. Quesada, Carlos Schafer, Salvador Diez Mori, N. Larrea, Alfredo A. Bianchi y Roberto Giusti.

La más franca cordialidad animó la comida. A la hora de los discursos, y fueron muchos los que se pronunciaron, sin aparato, y frecuentemente convertidos en diálogos por las interrupciones del auditorio, se dijeron muchas cosas bellas y nobles y se habló bien—rara avis—de numerosos ausentes ofreció oficialmente la demostración Marcelo del Mazo, con un caballeresco discurso que á continuación reproducimos. Las breves palabras con que Mas y Pi contestó, acreditaron una vez más la alta sinceridad de su espíritu, consciente, en su modestia, de su valer. Recordemos también que Mas y Pi quiso cerrar dignamente la reunión, leyendo unas hermosas páginas, tal vez olvidadas—todo un credo artístico—de Francisco Sicardi.

La Dirección.

Discurso de Marcelo del Mazo

Algunos hombres bien intencionados, pocos, han dirijido sus esfuerzos á alentar la produción literaria. Anhelaban un

porvenir que hiciera olvidar horas de mediocridad, de atrevimientos y de apatía. Pero, como ha llegado á admitirse el mal gusto de las vehemencias, aún cuando en los gestos del propagandista hubiera la nobleza de una indicación fraterna ó de un viril reproche, esos hombres, sin esperar el fruto, han moderado una lucha para la que á veces robaban tiempo á la labor-pan. Apenados han visto los sitios de los directores espirituales asaltados por personas que los conquistaban por medios condenables. La crítica de letras, teatro ó ámpliamente artística de los principales diarios de esta ciudad, ha caído en poder de ellos, y cuando perduraba el recuerdo de predecesores dignos, ciertos nombramientos causaron en su momento, una gradación perfecta de emociones en la gama de lo irónico á lo simplemente triste.

Si críticos musicales ¡cuántas veces esperamos en vano ser ilustrados por sus juicios, sobre la manera de los autores ó la corrección de los intérpretes!

Y en pintura, ó en artes plásticas, críticos privados de preparación elemental nos ofrecieron, no sesudos estudios, sino una enumeración de obras, adjetivándolas, según iban oyéndolas calificar en la exposición respectiva.

Si encargados de juzgar libros viejos, se atuvieron á lo dicho; si libros nuevos, en una fraseología vulgar apagaron tal vez con necedades ó gracias fáciles el esfuerzo inicial, ese esfuerzo que pedía la limosna de un consejo para perdurar en la senda difícil de que nos habla el prologuista de Baudelaire, consejo que según Mas y Pí, les fuera imprescindible para no desertar.

Permanecen algunos espíritus, profundamente equilibrados, traduciendo en hechos sus prédicas,contribuyendo al bien estar de los que escriben. Han hecho mucho, desde decir verdades, pecado digno de crucifixión, hasta impedir divulgación de mentiras; desde contribuir con sus peculios hasta luchar con el ejemplo, contrarrestando la pública opinión que se tiene de los artistas, por que algunos suman á esta fama, la de sus vidas groseras. Y hasta han tenido tiempo para luchar contra el egotismo, esa hipertrofia del yo que les hace olvidar á algunos hombres, que en todo cuerpo humano hay una carroña á plazo fijo!

Citar, es dejar de citar: me alcance el perdón de los olvidados.

Roberto Payró es uno; para ese ausente que siempre luchó por el bien; que prodigóse levantándonos un extremo del velo en "El triunfo de los otros"; que fundó una "Sociedad de Escritores", cuya destrucción habrá llevado á su alma una

amargura más, porque es vandálica ó incalificable esa destrucción; por ese ausente, pido que se manifieste la simpatía de esta pequeña asamblea.

Y don Carlos Vega Belgrano, que hace de las columnas de "El Tiempo" un refugio para las más nobles ideas y un medio para exteriorizar las formas literarias igualmente nobles.

Y Juan Pablo Echagüe, un crítico dueño de los títulos de honrado y leal; jamás embanderado, siempre pronto á señalar la bondad de algún cerebro que surge.

Y el cisne helvético, Carlos de Soussens, cuyo estilo es una lección para los que torturan la frase, y cuya solicitud, un agua que humedeció la simiente á noveles sembradores.

Y dos hombres jóvenes, Alfredo Bianchi y Roberto Giusti, que han sacado del caos—"Hágase la luz y la luz fué"—un libro mensual de alta cultura.

Y Juan Mas y Pí, que hoy saludamos.

Mas y Pi tiene el amor de las letras. Lo lleva en su espíritu, como una santa llama de la que es templo y vestal. Comenta y expone la obra de los preclaros y la de los que se inician. La de los de América y de Europa. Nos dá al día sus impresiones de Baroja, Azorin, Eugenio de Castro; analiza á Ibsen ó á Gourmont ó á Guerra Junqueiro, Cruz é Souza, Unamuno, Zola, Leopoldo Alas, D'Annunzio, y á los nuestros: Payró, César Duayen, y á otros, infatigable y profundo; escribe sobre la interpretación de Nietzche, temeroso del egoismo humano, pronto á justificar sus atentados con las páginas del obscuro filósofo. Y, cuando olvidamos los argentinos á Almafuerte, él nos dice que aún vive el apóstol; ordena y analiza la inmensa obra, trabaja por su publicación y sufre cuando "Lamentaciones" permanece en los estantes de las mismas librerías donde se agotan libros de fácil comprensión en el Paseo de Julio y en el inmenso suburbio de Buenos Aires, tan inmenso, que á veces me parece que mi ciudad, ella toda, no fuera sino el suburbio de alguna Chicago gigantesca!

Para los sencillos, para los complejos, tiene su crítica la plasticidad suficiente, el cariño necesario, la honradez que no juzga á primera lectura sino releyendo; siendo su método tan analítico y ordenado dentro de la interperetación que conviene al medio donde el libro fué elaborado, dentro de tal independencia de juicio que hace posible esta paradoja: Mas y Pí es durante la preparación de sus comentarios , un desdoblamiento del alma del autor que investiga la belleza, el error ó la oportunidad de su propia obra.

Para hablar del credo crítico del autor de "Ideaciones", habría que transcribir íntegramente su "De crítica literaria" y capítulos de diversos estudios, pues su síntesis convierte á esas páginas en verdaderas cartillas críticas, escritas con una

energía poderosa, jamás agresiva, y con un sentido común tan poco común, que podría obligarse "Ideaciones"" como un manual saludable á todos esos señores que siguen aferrados al error de considerar la crítica de que medran, como un oficio equivalente al de los maestros palmetas. Mas y Pí acepta en la crítica, con Caryle la simpatía, el amor con Guyau y textualmente, nos la define así: "Es la razón erigida
" en juez. Ella alumbra y guía al extraviado estudioso, po-
" niendo al lado de las radicales observaciones la noble du-
" da, evitando la recrudescencia de la pasión siempre extra-
" viada en sus juicios".

Hago votos porque nuestro amigo, lleno de un pesimismo —que no lo dice en sus escritos—nacido de la observación del medio en que actúa, se sienta confortado por el triunfo, lento pero inminente de sus prédicas. Hago votos por que no abandone nuestra ciudad, un día apellidada "Atenas del Plata", luego "La gran Aldea" y hoy, aun llena de esperanza que sus mejores hijos, nativos ó adoptivos, han de impedirle la horrible justicia de un tercer apellido que podría ser: "Nueva Cartago".

NOTAS Y COMENTARIOS

El congreso Internacional de Filosofía de Heidelberg

Nuestro colaborador extranjero, Mr. Emile Duprat, nos envía la siguiente nota sobre el Congreso Internacional de Filosofía habido últimamente en Heidelberg:

"Es en la vieja ciudad universitaria de Heidelberg donde se han reunido desde el 31 de agosto al 5 de septiembre de 1908 los miembros del Tercer Congreso Internacional de Filosofía. El congreso fué organizado bajo la presidencia del Prof. Windelband, con el concurso gentil de las autoridades municipales del gran ducado. Hicieron acto de presencia alrededor de 300 filósofos (1): las comunicaciones fueron sobremanera numerosas y relacionadas con los más diversos asuntos. Señalaremos aquí simplemente las discusiones más importantes.

En primer lugar, Josiah Royce estudió el "problema de la verdad á la luz de las investigaciones recientes". Su comunicación, muy meditada, suscitó una apasionada discusión sobre el pragmatismo.

Schiller (Oxford), criticó agudamente la noción racionalista de la verdad.

Se pudo comprobar que en general los alemanes eran absolutamente refractarios al sistema de pensamiento pragmatista. Las nuevas doctrinas fueron defendidas por una interesante minoría de ingleses y de americanos.

Boutroux expuso con alto acierto el progreso del pensamiento filosófico en Francia desde 1867. Benedetto Croce dió una conferencia sobre la "intuición pura y el carácter lírico del arte."Maier (Tubingen) analizó la filosofía religiosa de David Strauss y Windelband estudió "el concepto

---

(1) Entre los pensadores de lengua alemana señalemos á Windelband, Deussen, O. Külpe, Driesch, Ebbinghaus, Jerusalem, Lasson; entre los franceses, á Boutroux, Couturat, Léon, Delbos, Rauh, Rey, Mayerson, Delacroix; la Gran Bretaña y América estaban representadas por J. M. Baldwin, J. Royce, Armstrong, F. C. S. Schiller, P. Carus, Rasdhall; muy pocos los españoles, M. d'Oro (Barcelona), García Calderón (Londres). Este último estudió rápidamente el movimiento filosófico sud-americano. Algunos filósofos italianos, entre los cuales cabe nombrar á B. Croce, Anagioli, Vailati, Pearo, hallábanse también en el Congreso.

de la ley''. En las reuniones que celebraron las diversas secciones hubo igualmente muchas comunicaciones interesantes; en su mayoría fueron muy breves á causa del limitado tiempo concedido á cada orador.

Pero la impresión de conjunto que produce el Congreso evidencia que existe una actividad filosófica muy laboriosa, tanto en Europa como en América.

El próximo congreso se celebrará en 1911, en la ciudad de Boloña, bajo la presidencia del profesor Enriquez. Esperamos que en esa ocasión se pondrán en debate las cuestiones que han motivado la mayor parte de las comunicaciones actuales; de esta manera los debates tendrán más unidad y trascendencia. En efecto, últimamente la actividad de los congresistas se ha desparramado de un modo un poco vago alrededor de temas muy diversos aunque interesantes. Es indudable que el pensamiento filosófico ganará más circunscribiéndose á asuntos vastos pero particularmente definidos.''

Nuestro nuevo administrador

Abandonada la administración de NOSOTROS por nuestro colaborador Alfredo Costa Rubert, distraído por otras tareas, ha aceptado desempeñarla el señor Emilio J. Ravignani, cuya inteligente actividad es segura promesa de que continuará la labor eficaz del administrador saliente.

Bien puede decirse que el señor Ravignani no es un elemento relaciones con NOSOTROS que indicará al público no hubiese tomado en su marcha una participación directa, la acompañó siempre con sus simpatías y su favor, siendo de ella uno de sus más fervientes propagantistas, inspirado á un tiempo por la antigua amistad que le une á sus directores y por el interés que siente por toda obra de cultura, por humilde que sea.

Estudiante universitario, próximo á doctorarse, es en efecto el señor Ravignani un espíritu selecto, que gusta de cultivar en silencio y con tesón su jardín espiritual, sin presumir de literato, pues le son familiares las raras virtudes de la discreción y de la modestia consciente de su valer.

Todo lo cual no le impide ser ante todo un hombre práctico, capaz de aplicar sus energías á cualquier empresa con la seguridad del éxito final. Comprobación evidente de ello es su actuación en el directorio del ''Instituto de Enseñanza General'', asociación de jóvenes que ya ha tenido más iniciativas en parte realizadas que otras muchas de más alto fuste, y de la cual últimamente fué designado presidente.

¡Que la Fortuna, siempre variable, sea la constante com-

pañera de nuestro nuevo administrador, el más sólido pilar, como es sabido, de esta casa!

Rivista di Scienza (Scientia)

Nuestro distinguido colaborador Mr. Emile Duprat, residente en Francia, nos envía un prospecto de la interesante revista internacional de síntesis científica, "Scientia", que se publica en Milán. Esta revista, que tiene por colaboradores á los maestros de la ciencia universal, establece desde este momento relaciones con NOSOTROS que indican al público europeo, así como NOSOTROS traerá en adelante, mediante M. Duprat, un breve resumen de los artículos de mayor importancia que en ella aparezcan.

Reproducimos á continuación el prospecto de esta valiosa publicación, á la verdad recomendable á todos los espíritus preocupados por las cuestiones científicas más generales:

"La revista di Scienza (Scientia)", ha sido fundada á fin de contrabalancear los perniciosos efectos de las especializaciones científicas excesivas. Ella publica artículos que atañen á las ramas diversas de la investigación teórica, desde las matemáticas á la sociología, y que son de interés general: ella permite de este modo á sus lectores de mantenerse al corriente de todo el movimiento científico contemporáneo.

"Scientia" aparece cuatro veces por año en entregas de 200 á 220 páginas, formando, á fin de cada año, dos hermosos volúmenes de 400 á 440 páginas, impresas en tipos nuevos y sobre papel elegido.

'A partir del mes de Enero de 1909 "Scientia" une al texto principal que lleva los artículos en la lengua de sus autores, un suplemento con la traducción francesa de todos los artículos originales alemanes, ingleses é italianos. La Revista se vuelve así completamente accesible á todos los lectores que, aparte de su propio idioma, sólo conocen la lengua francesa."

Constituyen la dirección de esta importante publicación los señores G. Bruni, A. Dionisi, F. Enriques, A. Giardina y E. Rignano. Su dirección y administración se halla en Milán, via Aurelio Saffi II. El precio del abono, según la Unión Postal es de 25 francos.

A todo esto cabe, sin embargo, hacer una observación, y es la del completo olvido en que se han tenido en el prospecto los países de habla española—en los cuales se excluye la posibilidad de la aparición de buenos artículos científicos —como igualmente se han dejado de lado en lo referente al abono, puesto que la Administración no tiene agente alguno ni en España ni en ninguna república americana.

Algo le queda todavía que hacer por este lado á la dirección y administración de "Scientia". Se lo señalamos.

Ecce homo

En este número comenzamos la publicación de la última obra de Federico Nietzsche, "Ecce homo", su autobiografía, escrita con poca anterioridad á la manifestación en él de la locura que había de hundir para siempre en las tinieblas á una de las mentes más luminosas que registra la historia del pensamiento humano.

"Ecce homo" ha sido publicado por primera vez en los países latinos por el "Mercure de France", en sus últimos números, vertido al francés por Henri Albert, el traductor de la obra completa del autor de "Así hablaba Zaratustra." "Nosotros" da por primera vez la traducción española de "Ecce homo", que continuará en los dos ó tres números siguientes.

Un incidente de los juegos florales de Bogoá

En el pasado mes de Diciembre se celebraron brillantes juegos florales en la ciudad de Bogotá. La noblemente culta Colombia, coronó con justicia á un joven poeta, Angel María Céspedes, revelado en esa ocasión.

En momentos en que la reina de la fiesta prendió en el pecho del poeta la simbólica violeta de oro, el Ministro de Relaciones Exteriores leyó desde el palco presidencial este decreto que honra al gobierno que lo produjo:

"El Presidente de la República, en uso de sus facultades legales y considerando: 1º. Que el objeto de los Decretos números 1457 de 1906 y 432 y 1466 de 1907 fué facilitar á algunos jóvenes colombianos, de los que más se distinguieran por sus capacidades el que pudieran perfeccionar sus estudios en el Exterior en bien del país, y por este medio estimular á la juventud; y 2º. Que las nobles prendas intelectuales y morales del joven Angel María Céspedes, quien ha sido laureado en los Juegos Florales de la fecha, lo hacen acreedor á ocupar uno de estos puestos, que en la actualidad está vacante, decreta: Artículo único. Nómbrase Canciller del Consulado de Colombia en Nueva York al señor Angel María Céspedes, quien continuará sus estudios en los Estados Unidos bajo la dirección y con el apoyo de la Legación de Colombia en Washington y de dicho Consulado. Comuníquese y publíquese. Dado en Bogotá, á 2 de diciembre de 1908. —R. REYES. El Ministro de Relaciones Exteriores, Francisco José Urrutia."

Advertencias

Y llegemos al capítulo obligado de todos los números.

En este como en los anteriores, debe esta dirección pedir disculpa á sus lectores por el atraso con que la revista ha salido, y nuevamente en número doble, atraso originado por diversas circunstancias que se tratará de evitar en lo sucesivo.

Cabe también advertir que, por razones de impresión según el sistema de linotipo, todo aquello que debía ir en bastardilla ha sido menester ponerlo entre comillas, siendo esto de señalar principalmente en el "Ecce Homo" de Nietzsche, abundantísimo en palabras y expresiones, cuyo sentido propúsose recalcar el genial pensador alemán.

Error de caja

En la composición de Carlos Alberto Leumann, que publicamos en el número último de NOSOTROS se deslizaron varios errores que rectificamos. El verdadero título de la poesía es: "Del lloro de los abedules por la tristeza del hijo del rey". En el séptimo cuarteto, el cuarto verso es: "Y albos encajes".

El noveno cuarteto debe decir en su segundo verso: "La zagala de traje gris raído".

Libros recibidos

Alfredo Parodié Montero. —"Rimas selváticas" "Poesías). Biblioteca Nacional "Non plus ultra". Buenos Aires, 1908.

Manuel Ugarte.—"Las nuevas tendencias literarias".—F. Sempére y compañía, editores.

"Anales de Instrucción Primaria", Tomo V, núms. 5 á 9.—Montevideo, 1908.

Juan Mas y Pi. — Ideaciones". F. Granada y Cía., editores.—Barcelona.

Carlos Suríguez y Acha. — "En la Pampa". — N. Tommasi, editor.

Leopoldo Lugones. — "Lunario sentimental". — Arnoldo Moen y hermano, editores. — Buenos Aires, 1909.

Doctor Ernesto León O'Dena. — Enseñanza de la Moral Cívica".—(Conferencia patrocinada por la Sociedad Fomento de la Educación Común del Consejo Escolar 5o.)—Buenos Aires, 1909.

Juan Alvarez.—"Orígenes de la música argentina".—1908.

NOSOTROS.